

UNIVERSIDAD DEL ACONCAGUA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TESINA DE LICENCIATURA

**“ACERCA DE LOS PADRES EN LA
CLÍNICA PSICOANALÍTICA CON
NIÑOS”**

DIRECTORA: Lic. Mabel Adriana Gómez.

ALUMNA: Laura Monge.

Mendoza, Marzo de 2006.

HOJA DE EVALUACIÓN

TRIBUNAL.

Presidente:

Vocal:

Vocal:

Prof. Invitada: Lic. Mabel Adriana Gómez.

Resumen

El objetivo de este trabajo consiste en abordar un tema que en la historia del psicoanálisis con niños se presentó siempre como un problema difícil de resolver: la presencia de los padres. La situación analítica con un niño implica una particularidad: es otro, sus padres, o algún adulto a cargo, quien realiza el pedido de consulta por un niño.

Esta presencia de los padres en el consultorio, parece haber representado más bien un obstáculo para el tratamiento de un niño, generando una diversidad de cuestiones y problemas desde el punto de vista teórico y técnico para los analistas de distintas épocas. Frente a esto, generaron diferentes respuestas, sin llegar a un acuerdo sobre la manera de tratarlos.

Por eso, para mostrar la complejidad de estos temas, se realizará un breve recorrido histórico sobre el psicoanálisis con niños, abordando los desarrollos teóricos de algunos importantes analistas abocados a esta práctica: Anna Freud, Melanie Klein, D. W. Winnicott, Arminda Aberastury, y Françoise Doltó.

En función de lograr algún esclarecimiento en torno esta problemática en relación a la presencia de los padres en el análisis de un niño, se profundizará en los conceptos psicoanalíticos, tomado principalmente a Sigmund Freud y Jacques Freud, y por esta vía se intentará trazar algún camino posible para el quehacer con los padres en la clínica. Esto se intentará proponiendo una articulación a partir de viñetas tomadas de tres casos clínicos.

INDICE

Hoja de evaluación.....	3
Resumen.....	4
Índice.....	5
Agradecimientos.....	6
INTRODUCCIÓN.....	7
PROCEDIMIENTOS.....	11
PRIMERA PARTE.....	13
CAPITULO I: “ASPECTOS GENERALES DEL PSICOANÁLISIS CON NIÑOS. LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA Y LOS PADRES”.....	
1. Lo infantil y los padres, desde Freud.....	15
2. Breve recorrido histórico sobre el psicoanálisis con niños.....	24
2.1 Anna Freud.....	24
2.2 Melanie Klein.....	27
2.3 D.W. Winnicott.....	29
2.4 Arminda Aberastury.....	32
2.5 Françoise Doltó.....	35
 CAPITULO II: “ACERCA DE LOS PADRES EN LA CONSTITUCIÓN SUBJETIVA”.....	
2.1 DESDE FREUD.....	39
2.1.1 El “Otro prehistórico” y el armado de la realidad psíquica.....	39
2.1.2 El niño pulsional.....	47
2.1.3 Narcisismo y amor parental.....	51
2.1.4 El mito del complejo de Edipo.....	58
2.1.5 La noción de padre en Freud.....	64
2.2 DESDE LACAN.....	69
2.2.1 El discurso del Gran Otro. El inconsciente como estructura de lenguaje.....	69
2.2.2 Un lugar en el deseo.....	74
2.2.2.1 Alienación y Separación.....	74
2.2.2.2 El deseo del Otro.....	79
2.2.3 La constelación familiar.....	84
2.2.4 La Madre como encarnación en el lugar del Otro.....	89
2.2.5 El Padre como el representante de la autoridad de la ley.....	93
2.2.6 La Metáfora Paterna.....	100
2.2.7 El esquema Rho: (M) y (P) como operadores lógicos.....	107
2.2.8 Una definición operacional del Edipo.....	111
2.2.9 La sexualidad femenina y la versión del padre.....	116
2.2.10 El Otro y las respuestas del niño.....	126
 SEGUNDA PARTE. CASUÍSTICA	 134
CONCLUSIONES.....	155
BILBIOGRAFÍA.....	162

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por estar siempre, por su afecto, su generosidad, por permitirme elegir y alentarme en mis deseos, por “banca” tanto...

A mis hermanos, que me enseñan día a día a convivir con las diferencias.

A la Lic. Mabel Gómez, por su paciencia, por acompañarme y orientarme en la dirección de esta tesina, porque allí también está ella.

A mis compañeras de estudio, Eleonora, Valentina y Victoria, por su amistad, por todo lo compartido.

A mis amigas del alma, Lau B., Lau RM, y Lis.

A mi Bobe, por amorosa presencia, sus anécdotas, sus “embelequerías”.

A mi Yeye, porque a él le debo la alegría de mi infancia.

A mi abuelo Hugo, porque me transmite la ternura, y porque también hizo posible la realización de esta carrera.

A mi tío Bernardo, por su sabia transmisión de la vida.

A mis tías, tíos y primos, por todos los momentos vividos.

A Lucía y Valentina, y Elio, mis profesores queridos, por despertar mi amor y mi pasión por la danza.

A Ana Jerez, por su guía y colaboración en este trabajo.

A todos los que aportaron ideas y me acompañaron en este camino.

¡GRACIAS!

INTRODUCCIÓN

Cuando se trata del psicoanálisis de un niño, se plantea una situación particular: el niño no acude sólo al consultorio, es traído por sus padres o por algún adulto a cargo, o bien viene derivado de alguna institución. Algún Otro es quien realiza el pedido de consulta por un niño, suponiendo en él algún padecimiento. Por esta condición, el análisis de un niño reviste una complejidad especial, pues ¿qué es lo que allí se pone en juego? La presencia de los padres, ha suscitado así una diversidad de cuestiones y planteado muchos problemas teóricos y técnicos para los analistas de distintas épocas, por lo que resulta ser una cuestión importante que merece ser estudiada.

Recorriendo la historia del psicoanálisis, es posible encontrar en la teoría de Sigmund Freud aquellas circunstancias que lo llevaron a sostener la posibilidad de aplicar el psicoanálisis a niños. Fue a partir del análisis de sus pacientes adultos, cuando descubrió que el determinismo de sus síntomas se hallaban en experiencias de los primeros años de su infancia. Esto condujo a Freud al estudio de la infancia, con el descubrimiento de la sexualidad infantil y del complejo de Edipo. Sólo varios años más tarde, tras haber comprobado que el caso Juanito había dado buenos resultados, llegó a afirmar que el psicoanálisis podía ser aplicado a niños, porque la experiencia así lo había demostrado.

Sin embargo, no dejó de señalar ciertas particularidades en torno a esta práctica. Hay allí una indicación técnica de Freud: que se debe “aunar” al trabajo con el niño “algún influjo analítico sobre sus progenitores”, porque puede esperarse que los padres sean quienes dificulten el tratamiento de un niño. Ya Freud consideraba la presencia de los padres como un obstáculo, y propone que es necesario algún quehacer con ellos para posibilitar el análisis de un niño.

Paralelamente, a partir del año 1920, ya se había comenzado a debatir dentro de la comunidad analítica sobre las cuestiones concernientes al modo de llevar a cabo el análisis de un niño. Es posible hallar la génesis y el florecimiento de esta práctica, a partir de la labor de importantes analistas abocados a ella, entre los cuales se hallan Anna Freud, Melanie Klein, D. W. Winnicott, Arminda Aberastury, y Françoise Doltó, cuyos desarrollos teóricos escriben el devenir histórico del psicoanálisis aplicado a niños, que tiene la particularidad de estar marcado por dificultades y desacuerdos.

Además de tener que enfrentarse a ciertas cuestiones en torno a las posibilidades del trabajo con el niño, se encontraron con ese hecho que Freud observó: *la presencia real de los padres en el consultorio cuando se trata del análisis de un niño*. Esta presencia no fue algo sencillo de resolver, hubo de constituir desde el comienzo más bien un obstáculo, un tema complicado para los analistas, y frente a lo cual produjeron diversas posturas.

Entre las dificultades que supone esta presencia parental, desde el punto de vista de la técnica, aparece la cuestión de incluirlos o no en el tratamiento, de qué manera su consideración puede posibilitar o interferir el trabajo con el niño, y cuál es la operatoria posible con ellos. En cuanto a esto, la experiencia condujo a algunos analistas, por ejemplo, a dejar de lado a los padres, porque obtuvieron que su inclusión obstaculizaba el trabajo con el niño, y decidieron trabajar únicamente con él, mientras otros encontraron beneficioso realizar entrevistas con ellos, mientras se trabaja principalmente con el niño.

Lo que orienta estas decisiones en cuanto a la forma de operar con los padres es el marco teórico desde el cual se trabaja. Se encuentra que hubo acuerdo entre los analistas en que los padres son de suma importancia en la vida del niño, y se logró finalmente establecer que el análisis de un niño no es sin padres. El problema es de qué manera considerarlos en el análisis, y definir esto implica atender primordialmente el problema de la conceptualización de los padres desde el punto de vista de la teoría psicoanalítica, porque esto es lo que va a orientar la práctica clínica.

El objetivo de esta investigación es lograr algún esclarecimiento en torno a este problema de la presencia de los padres en el análisis de un niño, ya que sigue siendo motivo de discusión en la actualidad, como un eco de las huellas de una prehistoria atravesada por dificultades y controversias.

Los interrogantes que emergen frente a todas estas cuestiones son los siguientes: cuando se habla de "la presencia de los padres", ¿de qué presencia y de qué padres se trata para el psicoanálisis?. ¿Se tratará para la constitución subjetiva de un niño de la presencia de esa mamá y ese papá biológicos que están allí en el consultorio? ¿A dónde ir a buscar la presencia o ausencia de los padres? ¿se tratará de que los padres cobren su estatuto en la estructura porque son la mamá y el papá

de carne y hueso, con la misma sangre que el niño y que viven en la misma casa con él?

Para intentar dar alguna respuesta a esto, se propondrá, a partir de la teoría de Jacques Lacan, la siguiente hipótesis de trabajo: *Si sostiene que el inconsciente de un sujeto “está estructurado como un lenguaje”, y que es el “discurso del Otro”, entonces se trata de un lugar significativo a ser encarnado, a ser ocupado por algún otro significativo. Se llama “padres” a quienes encarnan ese lugar. Por lo tanto, no se trata necesariamente de los padres reales o biológicos.*

Este supuesto guiará el desarrollo de esta investigación, y para dar cuenta de él se recurrirá a profundizar sobre los conceptos de la teoría psicoanalítica, a partir principalmente de Freud y Lacan.

Para abordar todas estas cuestiones, la primera parte del presente trabajo consistirá en un recorrido por los principales desarrollos teóricos en torno al psicoanálisis con niños. Se atenderá a los conceptos construidos en torno a la infancia, a lo infantil y a la instancia parental, y a las indicaciones teóricas y técnicas en torno a la operatoria posible con los padres. Se lo hará desde la teoría de Freud y desde las diferentes posturas de algunos reconocidos analistas ya mencionados: Anna Freud, Melanie Klein, D. W. Winnicott, Arminda Aberastury y Françoise Doltó. Esto permitirá desplegar la problemática suscitada en torno a la presencia y el quehacer con los padres.

En la segunda parte, se abordarán los conceptos elaborados por Freud y Lacan para delimitar el lugar que ocupan los padres en relación a la constitución subjetiva del niño, para lograr establecer qué se entiende por madre y padre desde el psicoanálisis, qué relación tiene la propia posición subjetiva de los padres en relación con el padecimiento del niño. Por la vía de estos esclarecimientos, se intentará formular una manera de operar con los padres, “una definición operacional del Edipo”, una forma que permita salvar el obstáculo que su presencia ha generado, y rescatar la posibilidad de esa presencia en la cura de un niño.

Por último, se tomarán viñetas clínicas de tres casos diferentes para la articulación teórica, para luego arribar a las conclusiones.

PROCEDIMIENTOS

El estudio a realizar se plantea como una investigación exploratoria descriptiva. Se abordará el estudio de teorías y conceptos relacionados con la temática elegida, con el objetivo de llegar a responder a los interrogantes planteados.

Esta investigación se propone profundizar y comprender el problema desde diferentes perspectivas de modo que pueda ser utilizada por quienes estén interesados con fines educativos.

Al comienzo se abordará el problema de la presencia de los padres en el psicoanálisis de un niño, a partir de la teoría de Sigmund Freud, y desde una perspectiva histórica, se recorrerán brevemente los principales desarrollos teóricos de algunos reconocidos analistas, abocados a la práctica del psicoanálisis con niños: Anna Freud, Melanie Klein, D. W. Winnicott, Arminda Aberastury, y Françoise Doltó, para lograr un acercamiento al problema y mostrar las dificultades con que se encontraron al respecto.

En un segundo capítulo, se intentará una profundización del tema desde las ideas de Freud y Lacan, para mostrar sus teorizaciones respecto de cómo tomar a los padres en psicoanálisis, qué se entiende por madre y padre en la constitución subjetiva, y desde la técnica, se intentará formular alguna operatoria posible con los padres. Se abordarán conceptos fundamentales como: deseo, pulsión, complejo de Edipo, Deseo del Otro, Metáfora Paterna, entre otros. También se agregarán algunas ideas de otros analistas, entre ellos, Jacques - Allain Miller y de Diana Rabinovich.

Por último, se llevará a cabo la articulación de los aportes teóricos a partir de viñetas tomadas de tres casos clínicos. Se eligieron tres casos, para poder dar cuenta de diferentes cuestiones importantes acerca de la problemática de los padres: el primero fue extraído del trabajo de una analista "Un error, una entrevista", el segundo fue tomado del propio trabajo realizado en las prácticas profesionales en la facultad, y el tercero, refiere a un caso del análisis de un niño trabajado por un analista porteño. Se utilizarán estos casos, para poder reflexionar y despejar los obstáculos que históricamente ha generado la presencia de los padres en el consultorio.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

“ASPECTOS GENERALES DEL PSICOANÁLISIS CON NIÑOS. LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA Y LOS PADRES”

En esta primera parte, se abordarán los principales desarrollos teóricos en torno al psicoanálisis con niños. Se atenderá especialmente a las indicaciones técnicas en torno al lugar y a la operatoria posible con los padres en esta práctica.

Es preciso comenzar con la delimitación de los conceptos construidos en torno a “la infancia”, a “lo infantil” y a la instancia parental, desde la teoría de Freud, a partir de lo cual será posible seguir aquellas circunstancias que dieron cabida a la posibilidad de aplicar el psicoanálisis a niños.

A continuación, en un breve recorrido a lo largo de la historia del psicoanálisis con niños, se investigarán las diversas posturas que en torno a la práctica con niños han adoptado diferentes analistas.

1. Lo infantil y los padres, desde Freud

Es posible hallar en la teoría de Freud, aquellas circunstancias que lo llevaron, desde sus primeros descubrimientos, a tomar en consideración a la infancia. Esto posibilitará definir y diferenciar “lo infantil” de lo que es propio del niño, o de la infancia, a partir de la distinción que establece entre “neurosis de la infancia” y “neurosis infantil”. De esta manera, se podrá comprender cómo llegó Freud a sostener la posibilidad de aplicación del psicoanálisis a niños, con la consideración del lugar que en él otorga a los padres.

En la Conferencia 34, Freud describe el motivo que primero lo condujo a considerar a la infancia:

“Cuando en el tratamiento de un neurótico adulto pesquisábamos el determinismo {Determinierung} de sus síntomas, por regla general, éramos conducidos hacia atrás. El conocimiento de las etiologías posteriores resultaba insuficiente tanto para la comprensión como para el efecto terapéutico. Ello nos obligó a familiarizarnos con las particularidades psíquicas de la infancia (...). Discernimos que a los primeros años de vida (hasta el quinto tal vez) le corresponde por varias razones

*una particular significatividad. En primer lugar, porque contienen el florecimiento temprano de la sexualidad, que deja como secuela incitaciones decisivas para la vida sexual de la madurez. En segundo lugar, porque las impresiones de ese período afectan a un ser inacabado y endeble en el que producen el efecto de traumas. De la tormenta de afectos que provocan, él yo no puede defenderse sino es por vía de represión, y así adquiere en la infancia todas sus predisposiciones a contraer luego neurosis y perturbaciones funcionales”.*¹

Entonces, fue el análisis de sus pacientes adultos neuróticos, lo que condujo a Freud al estudio de la infancia, porque descubrió que sus síntomas encontraban en ella su determinismo. Por este camino llegó más tarde a afirmar, que el psicoanálisis puede ser aplicado al niño.

Si el adulto lo llevó a la infancia, se puede pensar que “lo infantil”, no es privativo del niño. Porque, en primer lugar, Freud descubre la sexualidad infantil desde su experiencia del análisis de pacientes adultos, porque ellos le hablaban de los recuerdos y fantasías de los años de su infancia. En segundo lugar, por el lugar específico que ocupa lo infantil con respecto a las neurosis, por el tipo de temporalidad que caracteriza al inconsciente y a la producción de síntomas.

Por esto, es necesario precisar qué es “**lo infantil**”, para poder distinguir aquello que es “**del niño**”, de aquello que es constitutivo del sujeto.

En 1893, Freud comenzó sus estudios sobre la histeria a partir del tratamiento de sus pacientes adultos, y allí descubre que el síntoma en la histeria, se origina a partir de un trauma psíquico, cuya ocasión se encuentra en la niñez temprana. Por trauma psíquico, se entiende un hecho que en el momento de ser vivido no fue suficientemente elaborado, no pudiéndosele dar algún sentido. Este acontecimiento, al momento de producirse no es objeto de represión, sólo en un segundo tiempo un nuevo acontecimiento evoca el primero y entonces se reprime.

Freud ya marca aquí una temporalidad especial en la formación del síntoma. Habla de dos tiempos necesarios para su conformación, que pueden leerse en el caso Emma, donde la joven no puede entrar a una tienda porque resignifica más tarde un

¹ FREUD, Sigmund, *34ª Conferencia. Esclarecimientos, aplicaciones y orientaciones (1932-1933)*, Tomo XXII, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires. p.136

acontecimiento que vivió en un tiempo anterior, que fue la intención sexual de un hombre hacia ella.

Este modo de la temporalidad psíquica, es definido por el concepto de **Nachträglich**: retroacción, que implica que experiencias toman otro sentido posteriormente, en función de otras experiencias, cobrando así eficacia psíquica.

Se trata de vivencias traumáticas que caen así en el olvido, y aparecerán bajo la forma de “recuerdos encubridores”, cuya formación explica este modo de la temporalidad: donde un recuerdo posterior, es utilizado como pantalla para ocultar un suceso temprano.

Así se comprende, de qué se trata en cuanto a los recuerdos de la infancia relatados, al igual que en los recuerdos encubridores. Según Freud, en el psiquismo no se inscribe el acontecimiento en su materialidad, sino que se trata de la inscripción de huellas mnémicas cuyos nexos conforman los diferentes sistemas del aparato psíquico. Los recuerdos de la infancia no están contenidos en el inconsciente y afloran, son formaciones, que tienen que ver con representaciones reprimidas y que han desplazado su energía a este relato, lo que se explica por el modo de funcionamiento del psiquismo (proceso primario y secundario), que interviene en las formaciones del inconsciente. Los procesos inconscientes, explica Freud, son “atemporales”, el tiempo no los altera.

Freud observó que en las causas de las neurosis, los traumas psíquicos se componían de vivencias de contenido sexual. Se trata de escenas de seducción sexual que consisten en atentados o insinuaciones llevadas a cabo por parte de un adulto hacia un niño, quien sufre pasivamente estas acciones. Aquí Freud consideraba estas vivencias infantiles de seducción sexual como realmente acontecidas.

Posteriormente, abandona esta teoría de la seducción y el papel patógeno de los traumas infantiles reales, puesto que discierne que aquellas escenas de seducción no habían ocurrido realmente y que sólo eran producto de fantasías creadas por el paciente. Empero, estas fantasías tienen estatuto de “**realidad psíquica**”, y en la neurosis valen más que la realidad material. La realidad psíquica, quiere decir que

algo adquiere para el sujeto valor de realidad en su psiquismo, en tanto produce efectos, sin importar si la escena ocurrió realmente, o fue ficticia.

Con este descubrimiento, la **sexualidad** deja de ser una cuestión de accidente y pasa a ser estructural del sujeto, encuentro traumático con la sexualidad desde el origen. Se puede decir, que todos sufrimos de lo infantil, en tanto todos nacemos prematuros en el deseo en tanto que sexual. Esto llevó a Freud al estudio de la sexualidad infantil, y a toparse con el complejo de Edipo.

En “La interpretación de los sueños” (1900), Freud también destaca la importancia de las escenas infantiles, que se hayan en la formación del sueño. El deseo representado en el sueño, corresponde a un deseo sexual infantil inconsciente, reprimido, que sólo puede devenir consciente de una forma disfrazada en el sueño. Esto quiere decir, que “lo infantil” está ligado a las primeras huellas indestructibles de la experiencia de satisfacción, que lo acontecido en la infancia deja huellas imborrables en el psiquismo, no desaparece, retorna.

En “El interés por el psicoanálisis” (1913), Freud destaca esta extraordinaria significatividad que las impresiones de la primera infancia poseen para un hombre, para toda su posterior orientación. La paradoja es que, justamente, esas impresiones no se conservan en la memoria de años posteriores: *“La mayoría de nosotros tenemos una laguna en nuestra memoria de nuestros primeros años infantiles, de los que conservamos sólo unos jirones de recuerdo”*.²

Se entiende que el niño habita una zona propia bloqueada a la memoria del adulto, debido a la amnesia infantil, como si fuese un lugar perdido, una especie de agujero negro en constante desplazamiento, al que no se puede acceder, y del que sólo se conservan algunos trozos de recuerdo, recuerdos encubridores.

*“Así el niño que imaginamos haber sido no es más que la proyección del adulto que busca recuperar su pasado y que al hacerlo lo inventa de nuevo, temporalidad que como decíamos antes implica un futuro anterior.”*³

² FREUD, Sigmund, *El interés por el psicoanálisis (1913)*, Tomo XIII, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.185.

³ GOLDEMBERG, Isabel, *El niño y los discursos*.

Para explicar la relación con el pasado histórico de la infancia, que es pesquizable en el hombre adulto, sostiene que este pasado no es, destruido o devorado por sus retoños, como lo es el histórico, sino que conserva su eficacia.

Este modo de la temporalidad (retroacción), permite rechazar la idea de un determinismo lineal de la historia del sujeto, como la acción del pasado sobre el presente, lo que va en contra de la idea de desarrollo y cronología. Por eso, todo sujeto, ya sea niño, adolescente o adulto, lleva algo de lo infantil. Lo que ocurre es que en el adulto eso es la marca, la huella, de ese destiempo inscripto para siempre en la estructura del inconsciente. De lo que se trata aquí es de los tiempos lógicos de la constitución de la realidad psíquica.

La neurosis infantil es una respuesta constitutiva del sujeto. Lo infantil, aparece como ese momento lógico necesario para construir la neurosis infantil. En cambio, el tiempo de la infancia de cada sujeto es aquello que aparece como perdido, olvidado.

Freud hace la diferenciación, en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), entre las “**neurosis de la infancia**” y las “**neurosis infantiles**”. En el caso Juanito, plantea el caso de una neurosis de la infancia, que se desplegó en la niñez y fue tratada como tal. Se entiende que esto es lo propio del niño, que se refiere a que el niño está haciendo su neurosis y sufre por su neurosis. En 1920, Freud dirá que la etiología es en relación a las series complementarias, y que la neurosis infantil no es una excepción, sino la regla. En el Hombre de los lobos, describe una neurosis infantil que aparece en la reconstrucción hecha en el análisis de adultos.

Ahora, es necesario delimitar en Freud, qué caracteriza a la situación particular del niño, que lo diferencia del adulto, para comprender más adelante algunas cuestiones en torno a la clínica.

En primer lugar, se puede observar lo que Freud describió en “El Proyecto”, el **estado de desvalimiento e indefensión** en que el niño se encuentra en este tiempo. Esto hace necesaria la relación del niño a un otro auxiliar, que lo cuide, proteja y satisfaga sus necesidades para seguir con vida.

En segundo lugar, el niño **tiene sexualidad** y se ejercita en ella. Se observó que Freud descubrió la sexualidad infantil en el adulto, y que como tal es estructural constitutiva del sujeto. Esto abrió el camino a Freud para el estudio de la vida sexual infantil, que revela en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), donde dice que el desarrollo de la vida sexual comienza en la infancia. Allí dice lo que es el niño: “**un perverso polimorfo**”. No se trata del ser inocente, ni del angelito, o del monstruito. Es el “niño pulsional”, en pleno encuentro con la sexualidad. Lo característico del niño, es que se entrega a la búsqueda de placer por medio de diversas actividades a través de otras zonas corporales y no mediante la unión sexual con el sexo opuesto. La sexualidad del niño, aparece como con un exceso, que lo lleva a estar más dispuesto a transgredir, porque en él todavía no se ha instaurado plenamente la represión.

En tercer lugar, el niño está **haciendo su neurosis**. Ese “exceso de sexualidad” en el niño, debe ser ordenado y acotado, y esto es lo que está aconteciendo en él, en la construcción de su neurosis. Aquí es central el complejo de Edipo, porque por esta vía las pulsiones sexuales se van a articular y se elegirá una posición sexuada, respuesta que constituye la neurosis infantil. En el Edipo, Freud asigna un lugar central al papel del padre y de la madre en relación a lo que acontece en el niño.

Ahora es posible pasar en la teoría freudiana, a la cuestión de la práctica analítica con niños. Freud sólo acogió en su experiencia a un niño de 5 años. Se trata del caso Juanito, que se puede considerar el primer psicoanálisis de un niño, que Freud recoge en 1909, en el texto “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”.

Freud y sus colaboradores se reunían en las denominadas “sesiones de los miércoles por la tarde”, donde seguían con interés la investigación del psicoanálisis. Es ahí donde Max Graf, el padre de Juanito, comenta las vicisitudes del despertar sexual de su hijo. Tras dos años de observación, el niño desarrolla una fobia, y es el padre, quien emprenderá el psicoanálisis de su hijo, bajo la supervisión de Freud, a quien relatará las ocurrencias de Juanito.

Del análisis de Juanito, surge la pregunta por su validez desde el punto de vista de la teoría psicoanalítica que orienta la práctica clínica. Lo que se puede deducir del caso, es que Freud aplicó con el niño, los mismos operadores conceptuales que con

los adultos. Es decir, puso a trabajar la transferencia de Juanito, y se valió del síntoma del niño: su fobia a los caballos, para enlazarlo a la cura y buscar su descifrado. Sin embargo, años después, establecerá algunas consideraciones en torno al trabajo con niños.

Fue el padre de Juanito quien se esforzó en aplicar el método psicoanalítico con su hijo, para que éste pudiera librarse de la fobia. Prestó su escucha al material que por medio de la palabra expresaba Juanito, posibilitando así el despliegue de sus producciones inconscientes en cuanto a ocurrencias, sueños y fantasías.

Juanito aplica a su material sus teorías sexuales infantiles, fantasías que surgen del complejo de castración, sin recibir incitación alguna para ello. El análisis dio lugar a que el niño planteara sus enigmas (¿de dónde vienen los niños?) y pueda elaborar sus respuestas. Juanito está desplegando su neurosis, donde pasa de la angustia a la fobia como respuesta, y a su posterior resolución. Freud trabaja con el padre de Juanito, estableciendo esclarecimientos que llevarán al niño finalmente a la resolución del Edipo. El complejo de Edipo en Juanito, muestra la predominancia, que Freud supone en la infancia, de los vínculos sexuales del niño con sus progenitores.

El análisis de Juanito, había suscitado en su momento gran interés y no poca desconfianza. Pero el tratamiento aplicado por su padre parece haber dado buenos resultados. En 1922, Freud recibe la visita de Juanito, ya con diecinueve años, quien manifiesta no padecer ningún trastorno. En ese momento, las cuestiones concernientes a la analizabilidad de los niños y al modo en que se podía llevar a cabo el análisis, empezaban a ser objeto de debate en la comunidad analítica.

En la publicación del historial de Juanito, Freud no se pronunció sobre la conveniencia del análisis para todos los niños, y fue cauteloso en cuanto a la generalización de la experiencia. Recién en la "Conferencia 34" (1932-1933) precisará:

"Se demostró que el niño es un objeto muy favorable para la terapia analítica; los éxitos son radicales y duraderos. Desde luego, es preciso modificar en gran medida la técnica de tratamiento elaborada para adultos. Psicológicamente el niño es un objeto diverso del adulto, todavía no posee un superyó, no tolera mucho los métodos de la asociación libre, y la transferencia desempeña otro papel, puesto que los progenitores reales siguen presentes. Las resistencias internas que combatimos en

el adulto están sustituidas en el niño, las más de las veces, por dificultades externas. Cuando los padres se erigen en portadores de la resistencia, a menudo pelagra la meta del análisis o este mismo, y por eso suele ser necesario aunar al análisis del niño algún influjo analítico sobre sus progenitores.”⁴

Aquí Freud afirma que es posible tratar psicoanalíticamente al niño, ya que la experiencia ha demostrado que se pueden obtener buenos resultados. Sin embargo, debido a las particularidades de la niñez, el tratamiento de un niño entrañará diferencias con respecto al del adulto, lo que implica introducir modificaciones en la técnica psicoanalítica.

Como se observó anteriormente, aquello que caracteriza al niño, es el estado de desvalimiento e indefensión en que se encuentra, que hace necesaria su relación a otro que le permita vivir. He aquí el lugar de suma importancia que Freud otorga a los padres, o a quienes los sustituyan en sus funciones, ya que será por las marcas que le vienen de estos Otros que el niño constituirá la realidad de su inconsciente.

En el niño prevalecen sus primeros vínculos, con la madre y el padre, su libido aún no se ha desplazado de los objetos primarios, para sustituirlos por otros. El niño **depende lógicamente de los padres**, necesita de esta anterioridad lógica de alguien que lo proteja, lo anticipe y lo signifique.

A partir de esta situación en que se encuentra el niño, se puede comprender la **“presencia real de los padres”** de la que habla Freud en el caso de la clínica con niños, puesto que serán ellos quienes consultarán por el niño. A su vez, plantea esta presencia como un obstáculo, en la medida en que la resistencia puede provenir de ellos.

“En el niño, donde se podría contar con los mayores éxitos, hallamos las dificultades externas de la situación parental, que, empero, forman parte de la condición infantil”⁵.

Por eso afirma que será necesario a su vez trabajar con los padres, para despejar los obstáculos y posibilitar el análisis del niño. Esta presencia ineludible de los padres en el análisis, lleva a plantear el papel que jugará la transferencia. Como se

⁴ op.cit., p.137

⁵ op. cit. p.142.

trata de más de un sujeto en juego, se plantea la posibilidad de admitir una transferencia de los padres hacia el analista, y una transferencia del niño que adquirirá entonces ciertas particularidades.

Además, Freud refiere la dificultad de la asociación libre en el niño, por lo que indica otro modo de operar con él en el análisis. Aquella dificultad, puede entenderse a partir de la definición del niño pulsional. Es necesaria la represión para que el niño hable, ya por la prohibición de la satisfacción pulsional plena, por esta pérdida, el niño podrá acceder a la palabra. El niño está atravesando el tiempo de su constitución, por lo tanto, se necesita tiempo para que pueda jugar con las palabras y articularlas. En el encuentro con la sexualidad, en tanto el niño todavía no dispone de los recursos simbólicos necesarios, responde más con el cuerpo, con la acción. Entonces, ¿cuál es la actividad preferida del niño?

En 1908, Freud dirá que es el juego, y que al igual que el poeta, el niño ordena las cosas de su mundo de una manera que le agrada, se toma en serio su juego y lo inviste afectivamente.

Freud se interesó por esclarecer el mecanismo psíquico que interviene en el juego del niño, y llevó a cabo la observación del juego de un niño, el “fort-da”, cuyos resultados revela en “Más allá del principio del placer” (1920). Los factores esenciales en la actividad lúdica del niño que descubre Freud, fueron posteriormente utilizados en la práctica psicoanalítica del juego con el niño.

Por otro lado, en la “Conferencia 34” Freud también sugiere tomar medidas desde la psicoprofilaxis con el niño, por el hecho de que la neurosis lo predispone a contraer más tarde graves enfermedades.

Para Freud, el trato que los padres tienen para con sus hijos, influye en su crecimiento. Por eso, también como medida preventiva, Freud sostiene que, aunque es un objetivo irrealizable conseguir que la mayoría de los padres y madres entren en análisis, sería más beneficioso para el niño que sus padres hayan experimentado un análisis. Porque *“entre otras cosas la intelección de los defectos de su propia educación, tratarán a sus hijos con mayor inteligencia y les ahorran buena parte de lo que ellos sufrieron”*⁶.

⁶ op cit. p.139.

2. Breve recorrido histórico sobre el psicoanálisis con niños

La historia del psicoanálisis con niños, construida por la labor de diferentes analistas, parece estar atravesada por desacuerdos y debates. Cuestión que se revela en forma visible en el enfrentamiento entre Melanie Klein y Anna Freud, en la época en que la cuestión del análisis con niños empezaba a ser objeto de controversias. Se trata de una práctica en torno a la cual los analistas se han encontrado con inconvenientes, en torno a aspectos teóricos y a su aplicación técnica, dando diferentes soluciones.

Dentro de estos inconvenientes, se encuentra la presencia de los padres, que parece haber representado un obstáculo para el trabajo con el niño. Ante esto, varios interrogantes difíciles de resolver se fueron planteando: el lugar otorgado a los padres en la clínica, si es necesario o perjudicial o más beneficioso incluirlos en el tratamiento de un niño, de qué forma operar con ellos, el papel que jugará la transferencia, cuestiones ante las cuales han adoptado distintas posturas, sin lograr acuerdos.

Sin embargo, la mayoría de los analistas han considerado que los padres son de suma importancia en la vida del niño, y que de alguna manera hay que considerarlos.

Estas cuestiones serán desplegadas a continuación, abordando brevemente los aportes teóricos de algunas las principales figuras de este campo: Anna Freud, Melanie Klein, D. W. Winnicott, Arminda Aberastury y Françoise Doltó.

2.1 Anna Freud

Anna Freud inicia su labor como psicoanalista con una base profundamente pedagógica, fruto de sus estudios como maestra. Nombrada miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena en 1922, se convierte oficialmente en “psicoanalista infantil”.

En su primera época, Anna Freud se plantea los problemas más serios de la clínica con niños. Y en un segundo momento, realiza un estudio del desarrollo psicoevolutivo del niño.

En “El Psicoanálisis del niño” de 1927, sostiene que a diferencia del adulto, el niño es un “ser inmaduro y dependiente”. Esto afecta la validez del pedido de análisis para un niño, ya que ha establecido pautas para considerar a un paciente analizable: la conciencia de enfermedad, la confianza en el análisis y en el analista, y la decisión interior de analizarse.

Por eso, propone un período de entrevistas preliminares que llama período de “entrenamiento”, frente a la necesidad de suscitar en el niño una conciencia de enfermedad y estrechar unos lazos que ganen el afecto del niño.

Le interesaba lograr con el niño un acuerdo de palabra respecto de su deseo de curación, que el niño lo formulara explícitamente. También precisaba del lado de los padres el deseo de apoyo consciente y explícito.

Exige que los niños manifiesten “ser analizables”. Es decir, lo que para Anna Freud posibilita el análisis de un niño es que éste pueda formular un pedido de análisis. Parece hacer caso del texto manifiesto, la formulación que hace el niño, y también la que hacen los padres, desde lo consciente, desde el yo, como lo que da cabida al inicio de un análisis.

Esto lleva a la necesidad de diferenciar lo que es el *pedido* como exterior, texto manifiesto, motivo de consulta, de lo que es la *demanda*, forma articulada del deseo inconsciente, que es lo que interesa establecer en el análisis más allá del pedido. Anna Freud confundiría pedido con demanda, quedándose en el pedido.

En relación a la transferencia, en el caso del niño, considera que éste sólo cree en las personas amadas y sólo es capaz de hacer algo cuando lo hace por amor a alguien.

La pedagogía le sirve a Anna Freud para luchar contra la transferencia negativa de un niño, contra la incomodidad de sus manifestaciones pulsionales. Para ella, es preciso lograr una transferencia positiva: “...*el analista de niños puede serlo todo*

*menos una sombra*⁷. Aquí se puede apreciar la *pregnancia imaginaria* que tiene el que sostiene una práctica con niños.

Se interesó por el papel de los padres y educadores en la formación del niño. Propiciaba una educación de los niños, una formación psicoanalítica, que comprendiera cuáles eran los medios más convenientes, cuál es la dosis adecuada de satisfacción permitida y las limitaciones impuestas a la vida pulsional.

Interesa destacar, en función del propósito de este trabajo, que Anna F. tiene en cuenta la estructura familiar en el trabajo con el niño. Le interesó pensar el problema en relación con el hogar, considerando el niño sujeto a sus otros significativos, estando así expuesto al devenir de su vida de relación; del mismo modo que estará expuesta la eficacia en un análisis.

En función de esto, Anna F. les otorga a los padres un lugar en el análisis. Entiende que es preciso obtener de ellos su colaboración, porque de lo contrario el análisis se resentiría por falta de material. Una débil transferencia parental aumenta las resistencias en el niño. Aquí aparece la dificultad que entraña en el tratamiento de un niño la presencia de los padres.

Concibe un superyó débil en el niño, dependiente de la autoridad externa, de los padres. Como el niño no tiene la habilidad para controlar sus instintos, necesita del analista una guía educacional.

El analista infantil debe adaptarse a la situación particular de sus pacientes, agregando a su preparación psicoanalítica una pedagógica. Necesita de conocimientos pedagógicos teóricos y prácticos para poder juzgar las influencias educativas, asumiendo funciones de educación durante todo el tratamiento.

La etapa posterior en su obra está marcada por su relación con los representantes de la escuela del yo, interesándole el tema del "domeñamiento del instinto". En "Normalidad y patología en la niñez" de 1965, sostiene la importancia del método de observación directa, registra un sistema de conducta, desde el cual se infiere, desde el lado del actuar, una posición inconsciente del niño. Considera linealmente que la distorsión de la función yoica, de la conducta, indica patología.

⁷ FREUD, Anna, *El Psicoanálisis del niño*, Ed. Horme, 1970, p.59.

Es importante destacar que Anna Freud siguió sosteniendo, aún en etapas posteriores de su obra, su preocupación por la dependencia estructural del niño de la asistencia de sus progenitores, la importancia de los cuidados maternos y de la vida en el medio familiar.

"En el tratamiento, especialmente los más pequeños revelan hasta qué punto se encuentran dominados por el mundo objetal, es decir, la medida en que el ambiente llega a influir para determinar su conducta y su patología, tales como las actitudes protectoras o de rechazo, cariñosas o indiferentes, críticas o de admiración por los padres así como la armonía o discordia en la vida matrimonial de los progenitores"⁸.

Lleva a un primer lugar la primacía de la relación del niño con los padres durante la infancia, y la importancia que tiene en esta época la influencia de las personas más significativas de su entorno sobre su constitución. Esto explica que Anna no deje de tomar en cuenta a los padres en el tratamiento.

Esto se observa en el caso Andy, donde trabaja conjuntamente con Andy y su madre. Se rescata aquí la escucha paralela que sostiene esta modalidad simultánea de la transferencia en el caso de la clínica con niños.

De acuerdo con lo expuesto, se puede concluir que Anna Freud se acerca a la problemática del niño desde una perspectiva educadora y evolutiva, directiva con el niño y orientadora para con los padres.

1.2.2 Melanie Klein

Klein se había psicoanalizado con S. Ferenczi y K. Abraham, y ambos supieron ver en ella su habilidad para entender y observar a los niños. Esto, la hacía apta para dedicarse de lleno al análisis de niños.

Klein descubre la posibilidad del análisis temprano, considerando un inconsciente constituido en niños pequeños y la existencia de un superyó temprano.

⁸ Ibídem. p. 45

El niño le permitió a Klein pensar el psicoanálisis, comenzando en 1921 a interrogar a su hijo Eric para comprobar la validez de los conceptos analíticos.

Se reconoce que Klein eleva al niño a la dignidad del discurso analítico. Si bien al principio se acerca desde un sesgo pedagógico, pasa rápidamente a independizar el mundo interno del niño que funciona como un a priori instintivo: superyó temprano, fantasías originarias y más tarde envidia primaria, son los conceptos que utiliza.

El aporte de Klein a la teoría psicoanalítica deriva de la técnica de juego. Siguiendo a Freud, introduce el juego como dimensión de lenguaje posible y como soporte de la constitución de la fantasía, lo que equivale a la asociación libre en la transferencia. El juego aparece como el medio para acceder al inconsciente del niño, ya que en él se encarnan las fantasías freudianas.

El análisis de una niña, Rita, de dos años y nueve meses, fue llevado a cabo en el hogar de la niña. Ésta padecía terrores nocturnos y fobias a animales, siendo muy ambivalente hacia su madre. También existían sentimientos de ambivalencia de la madre hacia Klein, lo que interfería de manera negativa en el trabajo con la niña y en la transferencia. Se encontró con la presencia de la mamá como un obstáculo para el trabajo con la niña.

Por estos motivos, Klein establecerá una separación entre la situación analítica y el entorno familiar. Concluye que el psicoanálisis no debería llevarse a cabo en la casa del niño, y que se necesita de un espacio propio para el procedimiento psicoanalítico, donde el paciente pueda sentir que el análisis y la habitación de juegos es distinta de la vida del hogar.

La técnica de juego también permite el análisis de la situación de transferencia, donde el paciente repite emociones y conflictos anteriores. Klein considera que el niño transfiere al analista los mismos sentimientos amorosos y hostiles que originariamente se dirigen a los padres. Interpreta la transferencia negativa y adapta el método analítico de los adultos al psicoanálisis de los niños.

Klein trabajó dando una significación posible a los niños que venían desbordados de pulsión, como en su primer caso, Rita. Se trata de que el analista otorga una configuración puesta en palabras conocidas para el niño, con el modelo de las fantasías originarias. Así, el trabajo analítico consiste en la formulación de la

fantasía inconsciente. Conjuga cómo la psique responde a la realidad de sus experiencias interpretándolas subjetivamente.

El analista da una significación a las fantasías originarias produciendo una consolidación del mundo imaginario empobrecido.

Klein trabaja en los casos graves donde la pulsión se actúa en relación con la persona del analista, tratando de circunscribir lo no inscripto de la satisfacción pulsional. Pero así tiende a consolidar el circuito imaginario, lo que taponar el déficit de operación de la falta en la estructura. Esto explicaría las situaciones de gran agresividad que se creaban en estos casos.

Se puede observar que Klein, no recurrió a los padres para posibilitar el análisis, ni siquiera en esos casos graves. Parece no dar un lugar de particular importancia a los padres en el tratamiento, no confía en el trabajo directo con ellos, y tampoco los considera en relación a la transferencia. Se podría decir que en Klein los padres son quienes sostienen externamente un encuadre, ya que no consideró un trabajo posible con ellos. Klein trabaja con la pareja parental interna del niño como estructura de la fantasía. Sostiene que la cura de un niño producirá modificaciones en la familia, puesto que valida la eficacia del análisis.

1.2.3 Donald W. Winnicott

La aproximación de Winnicott al psicoanálisis se inicia después de haberse formado como médico pediatra. Su aporte más importante en relación con la teoría y con la clínica es el concepto de “objeto transicional”, creación de Winnicott en 1951.

El objeto transicional representa el pecho materno, o el objeto de la primera relación. En la teoría freudiana adquiere el valor de representante de la representación del objeto perdido por estructura, y prueba su inscripción a través de la encarnación en un objeto externo.

Sobre el objeto transicional se considera lo siguiente:

- Es anterior a la prueba de realidad, es el que posibilitará el acceso a la misma y, por otro lado, permitirá el sostén de la fantasía, eje de la posibilidad de creación.
- Tiene valor de acceso a la relación con otros objetos.
- Puede convertirse en fetiche y persistir en el adulto.
- Como consecuencia de la organización erótica anal, puede representar las heces, de manera que sostiene el anclaje pulsional.

Winnicott concede a la madre un lugar importante en la constitución subjetiva del niño. Será la madre en la posición de “suficientemente buena”, quien posibilitará el surgimiento del objeto transicional, y esto se sustenta desde tres vertientes en la teoría de Winnicott, que delimitan el lugar de la función materna y que apuntan a la creación del mundo objetal:

- La preocupación maternal primaria.
- La teoría de la ilusión-desilusión.
- El papel de espejo del rostro materno.

La teoría de la ilusión-desilusión, es el fundamento de la teoría del objeto transicional, ya que posibilita la recreación de un área de la experiencia, buscando algo ausente. La ilusión se sostiene en el objeto transicional, como la única posibilidad de recrear el seno materno. La madre es quien ofrece al bebé la oportunidad de crearse la ilusión de que su pecho es parte de él.

Se trata de dos formas diferentes de objeto: el objeto transicional que el niño recrea a través de la madre y, en una anterioridad lógica, el lugar de objeto transicional, como objeto de deseo, que tiene el niño para su madre, en tanto le garantizará el pasaje a la relación con los objetos, permitiendo como zona intermedia el objeto transicional.

Esto ocurrirá para Winnicott en la medida en que la madre pueda asumir el papel de la “madre suficientemente buena”, que hace a la función materna, como ambiente facilitador, capaz de contener y sostener al niño en crecimiento.

A este primer estado de la madre, Winnicott lo llama “preocupación maternal primaria”. Este momento es anterior lógicamente a la constitución del objeto transicional, que da cuenta de la emergencia del deseo en el niño.

La madre que pueda lograr ese ejercicio de “madre enteramente dedicada” permite el despliegue de las tendencias innatas del desarrollo. La frustración extrema en cuanto a las necesidades, produce en el niño una sensación de autoaniquilamiento.

Para Winnicott, el valor de la pulsión de muerte aparece como consecuencia de la separación materna. Desestima el valor de la ausencia materna, positivizando la satisfacción de la necesidad. Existe una intensa dependencia del niño respecto de la madre como estructural, evidenciada en la capacidad de ella para reflejar la preocupación maternal primaria.

Ubicada en esa preocupación, la madre sostiene la ilusión-desilusión. En una primera etapa, brinda al bebé la oportunidad de crearse la ilusión de que el pecho es de él, y parece ser creado por él. *“La tarea posterior de la madre es desilusionar al bebé en forma gradual pero no lo logrará si al principio no le ofreció suficientes oportunidades de ilusión”*⁹.

Un segundo momento, cuando la madre introduce la desilusión, es el de recuperar el pecho a través de la experiencia del objeto transicional. Sostiene la ilusión de la creación en el niño, la verdad de la ficción.

Considera como progreso del análisis, la posibilidad de obtener el objeto de realidad o de la fantasía como una forma de creación. El sujeto es a través del objeto real o fantaseado, por lo que el juego, la creatividad y el uso del objeto definirán la posición del sujeto.

Se encuentra en Winnicott un lugar determinado otorgado a los padres en el análisis. Él tiene en cuenta lo que llama la influencia de los factores ambientales en el padecimiento del niño, entre los que se encuentra el entorno familiar. Precisa que los padres sensibles son aquellos que escuchan a sus hijos, que pueden ser informados y dar sus opiniones con respecto a los procedimientos que se deben seguir.

Destaca la importancia de la transferencia con los padres, que han depositado la confianza en él. Pone en cuestión lo que él llama el “informe de los padres”. Dice, “No soy tan ingenuo” para llegar a conclusiones finales basándome en lo que dicen los padres. Esto remite a la manera de operar del analista en la cura, que abre un espacio

⁹ WINNICOTT, D.W., *Realidad y Juego*, Editorial Gedisa, 1987, p.28.

para la escucha del discurso parental, pero lo toma como referente y no como conclusivo, sino como algo a trabajar con el niño principalmente.

La prevalencia de la producción del niño, tras la oferta del analista, es fundamental. Es el niño, que con su aceptación o rechazo dirige la consulta.

Winnicott inventa el análisis “a pedido”, en el sentido del pedido espaciado fuera de los encuadres tradicionales. En el caso Piggie, esto es lo que hacen los padres. Dieciséis sesiones entre julio de 1954 y octubre de 1966. El pedido de los padres queda formulado en cada carta que antecede al encuentro con Piggie.

El concepto de demanda en Winnicott, se hace patente como un auténtico llamado al Otro. De parte de los padres o de la niña, ese Otro es ese doctor que entiende del *babycar* y la mamá negra. Allí la niña formula el llamado: “Mamá llévame donde el Dr. Winnicott”, “Vine a Londres quiero saber sobre la mamá negra y el *babycar*”.

Winnicott precisa en este caso la importancia de la demanda articulada en el pedido de Piggie de verlo. Ella pide al analista un saber acerca de sus fantasmas. Winnicott escucha en Piggie una posición frente al saber inconsciente.

Por esto la enseñanza de Winnicott es fundamental, porque escucha, al menos de inicio, la pregunta del niño en relación a la constitución de ese saber. Este espacio transicional instala una forma de demanda de análisis.

1.2.4 Arminda Aberastury

Arminda Aberastury introdujo y difundió la práctica del psicoanálisis de niños en la Argentina. Sus enseñanzas, basadas en la teoría kleiniana, fueron un referente casi hegemónico durante muchos años en Argentina.

En cuanto a su técnica, resulta importante atender a una forma especial que Aberastury diseñó para conducir y utilizar las *entrevistas con los padres*.

Se trata de entrevistas cuidadosamente elaboradas para que los padres hablen del hijo y de su relación con él. Se realiza una “entrevista inicial” tendiente a aliviar su

angustia y culpa, lo que se logra haciéndose cargo el analista de la enfermedad o conflicto, y situándose desde el primer momento como analista del hijo.

Esta primera entrevista está orientada a una exhaustiva anamnesis, ya que antes de ver al niño se debe conocer: el motivo de consulta, la historia del niño, cómo se desarrolla un día de su vida diaria, un domingo o feriado, y el día de su cumpleaños, cómo es la relación de los padres entre ellos, con sus hijos y con el medio familiar inmediato.

Posteriormente, inicia el trabajo con el niño, y tras haber elaborado un diagnóstico, propone concertar una "entrevista posterior" con los padres. En ella se observan las posibilidades de iniciar un tratamiento con el niño, de ser necesario.

Aberastury hace referencia a la necesaria participación de los padres en el tratamiento: *"En efecto, debemos contar con la participación de ellos desde la iniciación del tratamiento porque el niño no es un ser independiente social ni emocionalmente"*¹⁰.

Pero pronto se encontró con las dificultades que agregan los padres a la ya complicada tarea de analizar a un niño:

"Uno de los obstáculos fundamentales consistía en la necesidad de manejar una transferencia doble y a veces triple. [...] durante muchos años seguí la norma clásica de tener entrevistas con los padres y en cierta medida estas entrevistas me servían para tener una idea de la evolución del tratamiento, y para aconsejar a éstos. La experiencia me fue haciendo ver que ésta no era una buena solución a la neurosis familiar, ya que los motivos de la conducta equivocada eran inconscientes y no podían modificarse por normas conscientes.

*Comprendí, por ejemplo, que cuando el padre o la madre reincidían en el colecho o en el castigo corporal, yo me transformaba en una figura muy perseguidora y la culpa que sentían la canalizaban en agresión, dificultando así el tratamiento. [...] El conflicto se agravaba al no ser interpretable, ya que ellos no estaban en tratamiento y los llevaba a la interrupción del análisis"*¹¹.

Aberastury se encontró así con dificultades y con obstáculos en relación al trabajo con los padres, llegando a decir que las entrevistas con ellos no posibilitaban sino que perjudicaban la posibilidad de análisis del niño.

¹⁰ ABERASTURY, Arminda, *Teoría y técnica del Psicoanálisis del Niño*, Ediciones Paidós, 1978, p.135.

¹¹ *Ibíd*em, p. 136.

A raíz de esto, comenzó a distanciar las entrevistas, y con respecto al papel que juegan los padres en el tratamiento concluyó que no conviene dar consejos a los padres aun cuando se trate de situaciones sumamente equivocadas, como colecho, castigos corporales, etc. Sostiene que: *“...la función del padre se limita a enviar al hijo al análisis y pagar el tratamiento”*¹².

Ante las dificultades, Aberastury prácticamente deja a los padres afuera. Además, dice que si los padres quedan fuera de la acción terapéutica, su vínculo transferencial con el analista “es más manejable”, al estar menos expuesto a las frustraciones que conlleva un contacto que sólo resulta superficial y de apoyo. Porque si bien considera la transferencia con los padres, no interviene con ellos por medio de la interpretación, considerando que quien está en análisis es el niño exclusivamente.

*“Sostengo que es sólo la mejoría del niño la que condiciona un real cambio en el medio ambiente familiar y por lo tanto trabajo con él en una relación bipersonal como en el análisis de adultos”*¹³.

*“Esta me impulsó a suprimir casi totalmente las entrevistas con los padres, excepto cuando manifiestan tal necesidad de la entrevista que el negarla llegaría a ser perturbador”*¹⁴.

Así, aunque Aberastury considera la unidad hijo-padres, orientó su práctica al trabajo con el niño principalmente, sosteniendo que esto promoverá cambios en la familia.

De su experiencia extrajo que la mejor forma de operar con los padres consiste en realizar entrevistas semidirigidas, que serán las menos posibles, y el analista se abstendrá de dar consejos. Estas entrevistas sirven para obtener información relevante acerca de la historia del niño y la relación con las personas más significativas, y para aliviar la angustia que traen los padres.

Aberastury recomendaba recurrir en algunos casos al “grupo de orientación de madres”, donde se interpretaban y resolvían los conflictos, además de ofrecer optimistas posibilidades para la profilaxis de las neurosis infantiles.

¹² *Ibíd*em, p.139.

¹³ *Ibíd*em, p. 133.

¹⁴ *Ibíd*em p. 138.

Por esto, se deduce que Aberastury piensa que los padres tienen cierta responsabilidad en las dificultades que presenta el hijo, pero, ante esto, lo que le resultó muy dificultoso fue hallar un quehacer adecuado con ellos.

1.2.5 Françoise Doltó

Doltó comienza la práctica psicoanalítica de niños en 1938, siguiendo el consejo de Sophie Morguensten, primera psicoanalista de niños en Francia.

En cuanto a las técnicas utilizada en el análisis de niños, Doltó se valía de los dibujos y el modelado, como producciones que representan auténticos fantasmas, desde los que se pueden descifrar las estructuras del inconsciente. El propio niño aporta los elementos de la interpretación con lo que dice acerca de sus producciones.

Trabaja con el concepto de “imagen del cuerpo”, que hace de mediador de las tres instancias psíquicas (ello, yo y superyó) en las representaciones alegóricas que el sujeto aporta. La imagen del cuerpo ha de ser revelada por el diálogo analítico.

Doltó diferencia la imagen del cuerpo del esquema corporal. Éste último “es una realidad de hecho”, es el mismo para todos. En cambio, la imagen del cuerpo es singular, inconsciente, ligada a su historia y se estructura en la relación con el otro.

Doltó otorga un lugar de gran importancia a la relación los padres con su hijo y con su padecimiento. Los adultos son responsables de la humanización y educación de su hijo, son los que deben implementar aquellas castraciones a sus pulsiones arcaicas y deben permitirles adquirir las sublimaciones pertinentes. La manera en que los padres ejercen esta función, influye en la constitución de la imagen del cuerpo del niño.

Doltó explica que el papel del psicoanalista no es sustituir por un deseo sano, el deseo supuestamente patológico de los padres, ni “raptar” al niño de los padres o educadores, que, teóricamente, serían malos para él. Por el contrario, se debe hacerle

saber al niño, que el analista cuenta con la confianza de los padres, los cuales siguen siendo responsables, para que él alcance su propia comprensión de porqué sufre.

Por todo esto, Doltó otorga un lugar a los padres en el análisis del niño, proponiendo el trabajo con ellos. Frente a los niños que aún no han abordado el Edipo, insiste en *“verlos al comienzo delante de sus padres, después ver con frecuencia a los padres solos y, cada vez que el niño lo desea, dejar asistir a éstos a las sesiones y hasta participar en ellas”*.¹⁵

A partir de sus dibujos, de lo que habla el niño es de su padre, su madre, sus hermanos, del analista en relación con él y de las interpretaciones, relativas a tal o cual fantasma. Sin embargo, habla de sus personas más significativas tal como se las representa en su vida fantasmática, en relación a su propia subjetivación, y será a esto a lo que se atenderá, a lo que comunica su vida inconsciente sobre esta vivencia.

Doltó alude a la importancia de la “relación intersíquica” con el otro, en particular con la madre, en cuanto a la estructuración psíquica del niño. Los padres definen el mundo relacional del niño, focalizando su deseo.

Explica que el niño permanece ligado libidinalmente a los padres, vínculo fundamental sostenido en un tiempo en que se está estructurando su psiquismo. Por consiguiente, no cabe esperar que en la transferencia, sobre el analista recaiga la libido que todavía no se ha desasido del vínculo con los padres.

Doltó expresa que para el niño en tratamiento, y en trance de evolución en familia hacia el Edipo y la castración del deseo genital, *“es importante que los padres asuman su puesto de responsables del niño y de su castración, afirmando su deseo autónomo de adultos, con su confianza en sí mismos tal como se sienten adultos entre adultos de su edad; en síntesis, ese narcisismo que tienen que conservar”*¹⁶.

Sostiene que es necesario asumir en ciertos casos la escucha del discurso de un niño y el trabajo de la sesión en presencia de uno de sus padres, mientras que el niño tenga deseo de una presencia protectora en relación con la persona del analista.

¹⁵ *Ibídem*, p. 25.

¹⁶ *Ibídem*, p. 29

Afirma que el analista ha de respetar el lugar que tienen los padres para el niño, no intentará sustituirlos en su lugar. En cambio, trabajará con ellos, y teniendo en cuenta que su presencia es fundamental para el hijo, los incluirá en el tratamiento.

Doltó dice que si bien la consulta de los padres o educadores es por un síntoma en el niño, puede ser que resulte que el paciente a tratar no sea éste.

Las sesiones preliminares con los padres, sin la presencia del niño, pueden mejorar por sí mismas considerablemente el estado del niño. Es decir, que puede ser que sean los padres, en su relación, o alguno de ellos, angustiado por una neurosis personal, quienes provoquen un síntoma reactivo en el niño.

“Ocho veces sobre diez, el sujeto a tratar no es el niño sino una de las personas, hermano mayor o padre, de su entorno, del que el niño es, ignorándolo unos y otro, el ‘reactivo’ que ha alertado a la familia”¹⁷

De este modo, se ve la importancia que otorga Doltó a la estructura familiar en relación a síntoma del niño. Frente a un niño con algún padecimiento, plantea que del lado de los padres, es importante que sigan siendo sus educadores, animados por un proyecto pedagógico y por un deseo de dirección respecto al hijo.

¹⁷ Ibídem, p. 30

CAPÍTULO II

ACERCA DE LOS PADRES EN LA CONSTITUCIÓN SUBJETIVA

2.1 DESDE FREUD

2.1.1 El “Otro prehistórico” y el armado de la realidad psíquica

En el comienzo de su vida, para que un ser humano pueda subsistir y desarrollarse, *necesita de alguien* que le haya dado un lugar y lo sostenga con vida.

Freud desarrolla este tema en “El proyecto de psicología para neurólogos”, donde plantea una característica que explica que necesariamente el ser humano al nacer se encuentre en relación a alguien. Se trata de un estado de *desvalimiento* y *prematurez* que hace al bebé incapaz por sí mismo de satisfacer sus necesidades básicas. En consecuencia, en su situación de **desamparo original**, debe haber alguien que asista, proteja y cuide al bebé para que éste pueda seguir con vida.

Freud despliega esta situación en torno a la **vivencia de satisfacción** como momento constitutivo: frente a una necesidad interna, como el hambre, se produce una tensión en el bebé que lleva a una descarga motriz, el llanto y el berreo, pero ésta no conduce a un aligeramiento. Siendo el niño incapaz de realizar la acción específica, procurarse alimento, Freud explica que sólo podrá calmar su necesidad mediante el “**auxilio ajeno**”, la intervención de “un individuo experimentado” que advierte su estado y le aporta un objeto, el alimento. Mediante el llanto y el grito, el bebé atrae la atención de otra persona que realiza por él la acción específica, que produce la vivencia de satisfacción que cancela el estímulo interno. Lo que instala dicha vivencia es la inscripción en psiquismo de huellas mnémicas.

Cuando se habla en esta experiencia de *otra persona* que interviene en relación al niño, ¿de quién se trata?.

Se trata de alguien cuyo lugar surge por el desamparo e indefensión del bebé al nacer. Se puede pensar que generalmente será la madre, quien lo ayudó

primeramente a vivir, lo tuvo en su vientre y lo satisfizo a través de los dispositivos de su cuerpo. Luego del nacimiento, ella sería quien se encargaría de seguir auxiliando al bebé. Pero muchas veces, puesto que no hay instinto materno, será alguna otra persona quien cumpla esta función. Lo importante es que debe haber algún personaje, *la madre o sustituto*, que cumpla esa función por la cual el bebé se satisfaga.

Freud destaca la función de la comunicación en esta experiencia, ya que por la incapacidad del niño de realizar la acción específica, aparece el otro como mediador, la madre o sustituto, que interpreta y responde al llanto del bebé. Esta función otorgada al otro permite al niño el ingreso a la cultura, y así es como se encuentra, como dice Freud, a disposición de la moralidad del otro, y en función de la cual empieza a constituir su propia moralidad.

Freud habla del “**complejo del prójimo**”, que tiene dos posiciones: por un lado, se mantiene reunido como una *cosa del mundo*, y por otro, es comprendido por una actividad de la memoria sobre el propio cuerpo del sujeto. Sobre el semejante (Nebenmensch), el niño aprende a distinguir los rasgos únicos del otro y asocia sus movimientos con los movimientos del cuerpo del otro.

Se trata de un “complejo” porque implica un conjunto de representaciones que parten del semejante, a partir de lo cual empieza a armarse una red compleja en el desarrollo del psiquismo del bebé.

Freud califica al “prójimo” diciendo que es un objeto que brinda aquella percepción de la satisfacción primera, parecido al sujeto que lo percibe: “...un objeto como este es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto-hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el humano a discernir”¹⁸.

Esto significa que la madre es el primer objeto para el niño, porque es el objeto que le brindó la satisfacción primera, dejando las primeras marcas en el psiquismo del niño de aquello que le dio y lo satisfizo. Lo que se inscribe no es una copia de la percepción tenida, no es la madre ni el alimento, sino una representación de esa vivencia.

¹⁸ FREUD, Sigmund, *Proyecto de psicología*, Tomo I, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p. 376.

A raíz de que la madre no podrá más que interpretar desde su subjetividad las necesidades biológicas del niño, no podrá dar la respuesta biológica exacta, no podrá encajar en la cabeza del niño, y le dará lo que “cree” que necesita. Por eso, el otro también es el primer objeto-hostil, ya que algo quedará no satisfecho, un quantum pulsional, como energía no ligada y sentida como displacer.

La madre, ante el desvalimiento del niño, se encuentra dotada por un poder vital y absoluto, es omnipotente, porque puede satisfacerlo y calmarlo en su prematuridad. De su arbitrio dependerá la constitución del sujeto y el objeto, de ella depende responder o no al grito del niño y darle un objeto.

Sobre la dimensión que adquiere este primer otro constitutivo Freud dice en la “Carta 52”: “...*aquel otro prehistórico inolvidable a quien ninguno posterior iguala ya*”¹⁹.

La madre, deviene para el niño un Otro irreplicable porque tiene que ver con las marcas de la vivencia de satisfacción única, mayor, salvadora. Es un Otro prehistórico, ya que puede pensarse como anterior al comienzo de la escritura de la historia de una subjetividad. Porque como objeto que satisfizo tiene un carácter mítico, se perderá para siempre, instalando en el sujeto una búsqueda de interminable de repetir ese primer encuentro. Y ese Otro es inolvidable, porque dejó una marca imborrable por la cual se intentará recobrar ese objeto de la primera experiencia de satisfacción.

De acuerdo a esta experiencia, se puede deducir *la importancia de la existencia de alguien, ya sean los padres o sustitutos*, que encarna esta función que implica cuidados, asistencia y protección hacia el bebé. Porque estas personas con las cuales se vincula el niño son las que le permitirán vivir, ya que es sólo por su intermedio que va a constituir su subjetividad.

¿Qué es lo que se produce en el ser humano como consecuencia de la primera experiencia de satisfacción? Es el **deseo**. Si el objeto de la primera satisfacción está perdido, no se lo volverá a encontrar jamás. Entonces, el deseo, es lo que emerge de esa diferencia entre el placer buscado y el hallado.

¹⁹ *Ibíd*em, p. 280.

La experiencia de satisfacción culmina en la instalación de lo que Freud denominó la *“huella mnésica desiderativa”*: *“...la cual se convierte en la meta de la realización del sujeto por su coincidencia con la forma propia de realización del proceso primario, vale decir la identidad de percepción, en la que se busca no conocer un objeto, sino re-conocerlo”*²⁰.

Por vía alucinatoria, el niño buscará establecer una identidad de percepción, repetir aquella percepción primera que dejó la vivencia de satisfacción, reencontrar a ese Otro inolvidable. Pero la alucinación finge, sin lograr restablecer aquella percepción, y da cuenta de que el objeto se ha perdido para siempre. El objeto no se encuentra en la realidad, sino sólo como una representación de la fantasía. Esto da cuenta de la creación de la realidad como **realidad psíquica** para el sujeto.

Es el objeto de la necesidad el que se constituye en **objeto perdido** y, por lo tanto, ya no se puede hablar de satisfacción de la necesidad en el humano. Será una necesidad que, al ser transformada por la mediación del primer Otro prehistórico, se constituirá en “necesidad lógica”, pues perdió su relación con lo instintivo para tener que ver con las marcas de aquél otro.

Esto explica la distinción que hace Freud entre la satisfacción de la necesidad y la realización del deseo. Implica la no complementariedad entre el sujeto y el objeto en la satisfacción humana.

Aquello que apunta a investir aquella representación primera mediante la alucinación es el deseo, que emergió allí donde algo llegó. Es una moción que dejó como resto la experiencia de satisfacción, los “estados de deseo”, que es lo que mueve al sujeto a volver a encontrar ese objeto. El encuentro siempre fallido hace que se genere la necesidad de búsqueda en la vida, para ligar el quantum pulsional puesto que así algo del deseo se realiza.

Con la vivencia de satisfacción se introduce una modificación en el funcionamiento del aparato psíquico desde el punto de vista económico. Con la satisfacción se produce un añadido de placer, y ese plus de placer es el que se

²⁰ RABINOVICH, Diana, *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer*, en *La experiencia de satisfacción en su articulación con el más allá del principio del placer en los seminarios II y VII*, Editorial Manantial, p. 26-27.

conseguirá mediante la realización del deseo. Esto significa una ruptura de la homeostasis del organismo, ya que impone al aparato psíquico el “placer de desear”.

Esto rompe también con el principio de constancia, el que es sustituido por el principio de placer que regula el curso de los procesos psíquicos, y que orienta a disminuir la tensión displacentera y a producir placer.

Esto condice con la definición que da Freud del deseo, como corriente del aparato psíquico que arranca del displacer y apunta al placer.

El primer sistema, el proceso primario, no puede hacer otra cosa que desear. Este desear es el modo de trabajo del aparato anímico a nivel del inconsciente, que consiste en que la energía fluye libremente cargando las huellas que dejó la experiencia de satisfacción, tratando de volver a encontrar a ese Otro inolvidable.

“Solo la ausencia de la satisfacción esperada, el desengaño, trajo por consecuencia que se abandonase ese intento de satisfacción por vía alucinatoria. En lugar de él, el aparato psíquico debió resolverse a representar las constelaciones reales del mundo exterior y a procurar la alteración real.”²¹

Por lo tanto, como la alucinación no basta, se inicia otro proceso. La excitación experimenta un rodeo mediante el cual se intenta lograr ahora la “identidad de pensamiento”, tratando de hacer coincidir el recuerdo de la imagen mnémica con una percepción del mundo externo. Así, es posible llegar a la realización de deseo.

Se trata del relevamiento del principio de placer por el principio de realidad, que se rige por el proceso secundario que caracteriza al sistema preconscious-consciente, que implica que la energía es ligada a representaciones-palabra, donde la satisfacción es aplazada en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior.

De esta manera, el principio de realidad está al servicio del principio del placer, porque permite ligar energía del aparato psíquico a representaciones que permitirán una satisfacción posible en la realidad.

Esto implica que el deseo inconsciente se realizará invistiendo objetos del mundo exterior a nivel del sistema preconscious-consciente. Esta búsqueda tiene su origen en el objeto perdido. Por eso, lo que se inviste viene de esa corriente energética

²¹ FREUD, Sigmund, *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, Tomo XII, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p. 224.

del inconsciente, que es el deseo, que al ser eterno e indestructible, remite a una búsqueda interminable, que siempre será un desplazamiento de una a otra cosa. El deseo es algo que moviliza y se lo lleva a un objeto concreto, y allí algo del deseo se alcanza y se consigue, pero no todo.

En el deseo, no se trata de deseo de algo, porque es a nivel inconsciente, circula siguiendo el recorrido de las huellas mnémicas allí inscriptas.

Se ha articulado el deseo con el placer, y el placer tiene que ver entonces con cargas ligadas, con ligar energía del aparato psíquico que es lo que lleva a buscar algo que produce bienestar para el sujeto.

Por lo tanto, se entiende que el proceso primario, es incapaz de incluir algo desagradable en el interior de la trama de pensamiento. Lo desagradable es el displacer, los “estados de afecto”, que también tiene que ver con una cantidad de energía, que si sobrepasa cierto límite alcanza el umbral del dolor.

La **experiencia de dolor** es la contraparte de la experiencia de satisfacción. El dolor se reconoce junto al displacer. En la experiencia de satisfacción, algo de la necesidad quedó insatisfecho, apareciendo como objeto-hostil. Esto es origen de displacer, ya que hay un resto, un quantum pulsional no ligado a las huellas del deseo y que produce una elevación de la tensión, lo que se percibe como disrupción energética que sobrecarga el aparato anímico. Como el psiquismo primitivo del niño no tiene cómo tramitar semejante irrupción, puede llegar al dolor.

Ante el displacer se genera la **represión primaria**: *“...de la vivencia de dolor resulta una repulsión, una desinclinación a mantener investida la imagen mnémica hostil”²²*

El afecto displacentero o penoso de unas representaciones, producto del intento fallido reproducir la vivencia de satisfacción, lleva a la represión. La represión designa el proceso por el cual se separa la representación del afecto, donde la representación es lo que se reprime y el afecto es lo que se desplazará o quedará como angustia.

La represión primaria, va a constituir el inconsciente, lo reprimido primario. Lo que se reprime son las primeras huellas de aquel Otro inolvidable.

²² Op cit. p.367

A partir de la primera vivencia única e irrepetible, no pueden más que inscribirse otras marcas por pura diferencia de lo que había, que así complejizan el aparato anímico.

En cuanto a la constitución del aparato psíquico, en la “Carta 52” Freud describe la manera en que se inscriben los acontecimientos en la memoria. Dice que el psiquismo se ha generado por estratificación sucesiva. Se trata de transcripciones que tienen una sucesión temporal y se van reordenando según ciertos nexos, en distintas épocas de la vida.

La primera de estas transcripciones, se refiere a los primeros signos perceptivos referidos a la vivencia de satisfacción, por completo insusceptible de conciencia. La segunda, son las huellas que se inscriben por diferencia y conforman el inconsciente, que se ordenan por otros nexos y son igualmente insusceptibles de conciencia. La tercera transcripción, corresponde al preconscious, ligada a representaciones-palabra, correspondientes al yo. Las investiduras pueden devenir conscientes. Este pensar secundario, es de efecto posterior en el orden del tiempo (retroacción).

En “Lo inconsciente” (1915) Freud llama a estas inscripciones: representación-representante. Se refiere a la agencia representante en lo psíquico, lo que permite diferenciarla de la representación preconscious.

Esto remite al concepto de **pulsión**, que Freud da en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915):

“...un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma...”²³

Freud traza una distinción entre la pulsión y su representante psíquico. Lo que hay en el psiquismo es algo que representa a la pulsión. Esto quiere decir, que no se la puede conocer sino a través de sus representantes, la representación a la que se encuentra adherida. La pulsión, o se adhiere a una representación o sale como estado afectivo.

Freud caracteriza a la pulsión como una fuerza constante, que actúa en el interior del cuerpo. Se trata del factor *esfuerzo*, que lleva a trabajar al aparato psíquico.

²³ FREUD, Sigmund, *Pulsiones y destinos de pulsión*, Tomo XIV, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.108.

Se trata de un movimiento que circula por cargas libres, donde no hay camino ordenado por donde transita. La *meta* de la pulsión es la satisfacción, que se alcanza cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión. La *fuerza* de la pulsión se refiere al proceso somático interior a un órgano o una parte del cuerpo.

Para satisfacerse, la pulsión busca un objeto: *“Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción”*²⁴.

Que la pulsión no tenga un objeto determinado para lograr la satisfacción condice con la condición del objeto como perdido, no hay un objeto que satisfaga plenamente sino que por él algo de la pulsión se satisface.

A la pulsión sólo le interesa conseguir la satisfacción, y se satisface en el recorrido, en el trayecto que delimita al objeto que no alcanza porque está perdido.

Aquí se hace necesario articular, el concepto de pulsión con el deseo, porque en ambos casos se trata de una búsqueda, pero que tiene dos vías diferentes. Esa búsqueda concierne al objeto perdido. Por un lado, hay una pérdida del objeto natural de la satisfacción de la necesidad, y esto tiene que ver con la pulsión porque tiene su fuente en las necesidades del organismo. Por otro lado, se pierde el objeto de la vivencia de satisfacción, que tiene que ver con el procesamiento de la necesidad por las marcas que introdujo el Otro prehistórico.

En cierto momento, la pulsión puede fijarse a un objeto, que viene en lugar del objeto perdido. Pero sólo lo contornea, y, en un ir y volver, se satisface buscando insistentemente el objeto perdido. En esta insistencia hay satisfacción, pero como fuerza disruptiva, puede ir más allá del principio del placer. Se trata de la insistencia, que lleva a la repetición, donde se repite el actuar a pesar del displacer que produce.

Freud hace la distinción: la pulsión se satisface y el deseo se realiza. Esta realización del deseo, implica una corriente energética que viene de lo inconsciente, y que se va a deslizar por huellas mnémicas, por un camino trazado y ordenado, intentando la ligazón a algo. En cambio, la pulsión aparece como energía no ligada, no hay uniformidad por donde transita y en este recorrido se satisface, pero nunca plenamente.

²⁴ *Ibidem*, p.118.

El factor pulsionante es una fuerza, un motor, que va detrás del deseo, se acopla a él y lo moviliza para que circule por las huellas mnémicas del psiquismo. El deseo, regido por el principio del placer, intenta enmarcar y posibilitar la satisfacción pulsional. Cuando el deseo se realiza, algo de la pulsión también se satisface.

El problema es cuando la pulsión aparece como disrupción en el aparato anímico, como un quantum no ligado y se sale del camino del deseo. Allí busca la satisfacción insistente y hay repetición, que lleva al malestar.

2.1.2 El niño pulsional

Lo que descubre Freud es que el niño tiene sexualidad y la ejerce activamente, es decir, que ya en la infancia comienza la vida sexual.

¿Por qué se llama “pulsional” al niño? Si se retoma el tema de la pulsión, Freud dice que la pulsión es sexual. Esto tiene que ver con el hecho de que la pulsión tiene su origen en zonas del cuerpo, y que su nacimiento tiene que ver con la satisfacción de una necesidad orgánica. De esta satisfacción, del hambre, por ejemplo, se obtuvo un placer, y este placer que se buscará conseguir en adelante es lo que hace a la **sexualidad**, ligada a la pulsión.

Esta búsqueda se genera porque el objeto de la necesidad humana está perdido, porque por la mediación de la madre, la necesidad fue transformada, instalándose allí la búsqueda interminable de ese objeto. Por lo tanto no hay objeto que colme plenamente al sujeto. La sexualidad se desliga del objeto “natural”, y así es como se crea la sexualidad.

Ya en la infancia, se instala una búsqueda de placer, y en esto consiste la sexualidad. Entonces, cuando se habla del niño pulsional, se habla del niño en pleno ejercicio de la sexualidad, que realiza toda una serie de actividades para conseguir placer, un placer que no se puede reducir ni a la genitalidad ni a la satisfacción de una necesidad biológica.

Siguiendo a Freud, en “Tres ensayos de teoría sexual” de 1905, explica porqué se ha descuidado la “vida sexual infantil”, refiriendo la razón de este descuido al fenómeno psíquico de la **amnesia**, que cubre los primeros años de la infancia:

“(...) la amnesia infantil, que convierte la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, por así decir prehistórico, y le oculta los comienzos de su propia vida sexual, es la culpable de que no se haya otorgado valor al período infantil en el desarrollo de la vida sexual...”²⁵.

Se trata en verdad de un tiempo lógico, porque las experiencias que han sido reprimidas en la infancia no desaparecen, sino que dejan las huellas más profundas en el psiquismo, produciendo efectos en todo el desarrollo posterior (nachtraglich).

Freud explica cómo comienza la sexualidad en el niño, diciendo que se exterioriza primero bajo la forma del **autoerotismo**. Esto significa que la pulsión sexual se satisface en el propio cuerpo. Nace apuntalándose a las funciones que sirven a la conservación de la vida y luego se separan de éstas.

Es importante destacar que aunque el autoerotismo implica alcanzar la satisfacción en el propio cuerpo, no por ello deja de ser importante el vínculo con el otro, ya que para la erotización de ese cuerpo por parte del niño es fundamental que aquellas personas que lo cuidan lo hayan libidinizado primero. Se puede decir que el “arranque erógeno” proviene del Otro.

En la primera actividad del niño, el mamar del pecho materno, éste experimentó un placer que intentará renovar mediante el chupeteo, que consiste en el contacto de succión con la boca que no tiene por fin la nutrición. Esto explica la creación de la sexualidad, esa búsqueda de placer más allá de la satisfacción de la necesidad.

Los labios cobran así el valor de zona erógena, y la excitación sexual, nace, se apoya y se satisface en ella. La actividad autoerótica necesitaría del contacto de la zona erógena con otra parte del cuerpo (succión del pulgar).

²⁵ FREUD, Sigmund, *Tres ensayos de teoría sexual*, Tomo VII, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.158.

De la misma manera, la zona anal y las zonas genitales cobrarán un valor erógeno en la infancia, apuntalándose la sexualidad a la función excrementicia y de micción respectivamente. El niño se procurará placer mediante la estimulación de estas zonas erógenas (placer de órgano).

De esta manera, Freud caracteriza a la sexualidad infantil como **perversa y polimorfa**, donde se trata de pulsiones parciales que aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta, desconectadas entre sí. Se trata del niño pulsional, que bajo la influencia de la seducción (hecho de estructura), se convertirá en un perverso polimorfo, dispuesto a todas las transgresiones posibles, hasta que éstas tropiecen con los diques psíquicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral.

Cuando se dice que el niño es sexualmente “perverso”, se entiende que busca placer no del modo en que normalmente lo haría un adulto, es decir, mediante la unión sexual con un objeto del sexo opuesto. La perversión tiene que ver con que el niño sólo conoce un genital, el masculino. Para él todos poseen pene, no conoce qué es lo que hace a lo femenino y cómo funciona lo genital entre los sexos. Entonces, el niño, en quien todavía no se ha establecido la función genital que tiene como fin la reproducción, está más dispuesto a buscar satisfacción por medio de otras zonas corporales, mediante el chupeteo, la retención de excrementos, y también hace uso de la zona genital pero no de la forma en que se caracteriza a la sexualidad en el adulto.

La perversión tiene relación con esa pérdida para el ser humano del objeto específico de la satisfacción y la finalidad orgánica. La sexualidad en el niño se halla sometida a las pulsiones parciales, y ligada así a la diversidad de zonas erógenas.

La predisposición a la perversión es un hecho constitutivo, confirmado por existencia de la sexualidad infantil. Y en tanto se halla antes de establecerse las funciones genitales propiamente dichas, puede describirse como disposición perversa polimorfa.

Freud resaltó el carácter contingente del objeto de la pulsión parcial, por lo que el placer puede conseguirse de muy variadas formas, que no tienen que ver exclusivamente con la genitalidad. En esto reside el carácter “polimorfo” de la sexualidad en la infancia.

Estas características definen en la infancia al niño pulsional, como manifestando un “exceso de sexualidad”, por lo que se lo puede llamar un

“transgresor”. Esto se debería a que la represión en el niño todavía no se ha instalado plenamente. Los diques psíquicos, que se erigen por efecto de la represión, son los que provocarán una desviación de las metas sexuales y orientarán hacia otras metas, apareciendo la sublimación, el interés por aprender e investigar, lo que da inicio al período de latencia.

En “Pulsiones y destinos de pulsión”, Freud dice que las pulsiones sexuales parciales que brotan de distintas funciones orgánicas al comienzo, que actúan con independencia unas de otras, sólo después se unifican y se subordinan al primado del falo. En la niñez se establece el primado de la zona genital, pero no está al servicio de la reproducción, ya que ésta es la última fase que atraviesa la organización sexual que se afirma en la pubertad.

En la infancia se realiza ya la primera **elección de objeto**, donde las aspiraciones sexuales convergen y se dirigen a una persona única, sobre la que quieren alcanzar su meta. Pero esto no se consigue, ya que debido a la represión que inaugura el período de latencia, las metas sexuales experimentan un atemperamiento, y figuran como la corriente tierna de la vida sexual.

El segundo tiempo de la elección de objeto se realiza en la pubertad, donde se renuncia a objetos infantiles y se inicia la corriente sensual.

El hallazgo de objeto se prepara así desde la temprana infancia. El niño pierde su primer objeto sexual, la madre, e intenta restablecer esa relación originaria, paradigmática de todo vínculo de amor posterior, en la pubertad.

Es preciso aclarar aquí lo que es la elección de objeto definitiva y su relación con el objeto de las pulsiones parciales. Se establecen dos series diferentes: la serie pulsional, donde tomando al otro sólo como su apoyo, la pulsión parcial nace apuntalada en la necesidad y hace de la parte del cuerpo elegida un uso particular; y la serie de la elección de objeto, que partiendo del autoerotismo, pasa por el narcisismo y culmina en la elección de objeto.

El narcisismo, hecho constitutivo, es la fase intermedia fundamental que permitirá la elección de objeto, que se funda en la elección del semejante. Además, determina la prevalencia de la dupla amor-odio.

En 1923 ambas series convergen en la fase fálica, donde las pulsiones parciales se reúnen bajo la primacía del falo permitiendo el acceso a la genitalidad en la vida adulta. El complejo de Edipo es el articulador de ambas series.

En su primera aparición, las pulsiones sexuales se apuntalan en las pulsiones de autoconservación. Estas pulsiones tienen determinados destinos, que describen sucintamente el camino que recorre la subjetivación: el trastorno hacia lo contrario; la vuelta hacia la persona propia; la represión y la sublimación.

Siendo que las pulsiones orales y anales se vuelven autoeróticas desde el inicio, en la “21º Conferencia” Freud dice: *“El resto del desarrollo tiene, (...) dos metas: 1) abandonar el autoerotismo, permutar de nuevo el objeto situado en el cuerpo propio por un objeto ajeno, 2) unificar los diferentes objetos de las pulsiones singulares, sustituirlos por un objeto único. Esto sólo puede lograrse, desde luego, cuando dicho objeto único es, a su vez, un cuerpo total, parecido al propio”*²⁶.

En esto último se hace relevante la estructura narcisista, que remite a la constitución del yo como unidad y a la posibilidad de la relación con un objeto total.

2.1.3 Narcisismo y amor parental

Freud dice en “Introducción del narcisismo” (1914): *“Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. (...) algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya”*²⁷.

Para entender la importancia de esta fase constitutiva, se debe tener en cuenta el estado de desamparo y prematuración inicial del lactante, lo que implica que el ser humano nace “inacabado”, por el atraso del desarrollo de su sistema neurológico.

²⁶ FREUD, Sigmund, *21º Conferencia*, Tomo XVI, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.300.

²⁷ FREUD, Sigmund, *Introducción del narcisismo*, Tomo XIV, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.74.

Frente a la percepción de la falta de integración del propio cuerpo que caracteriza al autoerotismo, se hace necesaria “una nueva acción psíquica” que caracteriza al narcisismo y lleva a la constitución del yo, como un objeto unificado y completo.

Freud caracteriza al **narcisismo primario**, hecho estructural, como un estado precoz en el que el niño carga de libido su propio cuerpo tomándose a sí mismo, a su yo total, como objeto de amor.

La constitución del narcisismo coincide con la formación del yo, que aparece como unidad, como un objeto que permite una primera unificación de las pulsiones sexuales, y además da cuenta de la libido yoica.

El narcisismo primario supuesto en el niño, está sujeto al **narcisismo parental**, como hecho de estructura: *“Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado. La sobreestimación, (...) gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo”²⁸.*

Del narcisismo propio de los padres proviene esa ternura, de manera que este amor que tienen por su hijo, es la reproducción del amor a sí mismos. Esta sobreestimación hará posible la constitución del narcisismo en el propio niño, del amor a su propio yo. El narcisismo parental permite libidinizar al hijo, de manera que lo tratan como de su pertenencia, pues ha salido de ellos.

Por lo tanto, para que el niño pueda libidinizar su propio cuerpo, tomándolo como objeto de amor, es necesario que alguien haya libidinizado primero el cuerpo del niño. Por esto, es de fundamental importancia la existencia del vínculo con los padres o sustitutos, ya que el registro del propio cuerpo como unidad le viene de afuera, de alguien que le hable y lo mire como un ser completo.

Lo que ocurre en esta relación entre el niño y el otro constitutivo, es que el niño es tomado como objeto de amor, donde entra en juego la idealización que conjuga el amor parental y la sobreestimación del hijo:

²⁸ *Ibíd*em, p.87.

“El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza”²⁹.

Los padres también gozaron alguna vez de un ideal de completud narcisista de su yo, pero debido a las restricciones y exigencias que impuso la realidad debieron de abandonar ese narcisismo infantil, no lograron contentarse siempre con su yo.

Ese amor parental tiene características narcisistas primarias porque los padres reviven el amor a sí mismos en el hijo, en la forma de amor objetal. Se observa que los padres amorosos expresan de mil maneras su orgullo por sus hijos, revelando la añoranza de esa completud perdida de ellos mismos. Desde las características de este amor parental, ese ser infantil puede ser imaginado *“his majesty the Baby”*, como los padres creyeron haberlo sido ellos mismos hasta que operó la castración.

Este amor implica así un engaño, la ilusión de creer al niño como ser perfecto, completo, que los completa. Desde aquí se puede entender el lugar desde donde es ubicado el niño como objeto, de manera que es el refugio de la inmortalidad del yo de los padres.

Para los padres, dice Freud, el mundo se detiene ante el niño, no existen para éste las restricciones y renunciaciones que la realidad hubo de imponerles a aquéllos. Los padres, renuevan en el hijo su propio narcisismo perdido, el hijo deberá tener mejor suerte, ser lo que ellos no pudieron ser. Por ejemplo, el padre que no tuvo juguetes, le regalará juguetes, el que no tuvo una buena educación, tratará de darle una... Se trata aquí de que en realidad, a quien el padre da esto es a sí mismo. Y el niño deberá cumplir con esto que se le va pidiendo.

De esta manera, el narcisismo del niño será el reflejo del narcisismo de los padres, que funciona como aparato ortopédico del yo.

La forma en que los padres intentan recuperar esa completud narcisista perdida a través del hijo, consiste en idealizar al niño, atribuyéndole todas las

²⁹ *Ibidem*, p.88.

perfecciones y encubriendo todos sus defectos. Así, ubican al hijo en el lugar de su Ideal del Yo, intentando satisfacer a través de aquél sus propios deseos, de manera que sustituyen un ideal de su yo propio, no alcanzado, en el objeto.

Pero si el objeto se hace muy grandioso, acalla la crítica, el hijo cumple con todas las perfecciones, y en este espejismo que caracteriza al amor parental todo acontece a favor del hijo. Aquí “el amor es ciego”, y la cuestión es ¿qué consecuencias tiene para el niño la ceguera parental?. Ésta podría revelarse en los niños cuyo padecer se debería a que no ven su lugar y quedan atrapados en el narcisismo parental.

El yo del niño se constituirá en función del lugar que los padres han fantaseado y preparado para él, a partir de su propia historia, expectativas, creencias y pensamientos. Para poder reencontrarse con su ideal infantil, los padres forman al niño de acuerdo a sus propios modelos y pautas. Esto es lo que proviene del narcisismo parental, por lo que el niño será, en un primer momento, esto que los padres dicen y esperan de él.

En el niño, este proceso se ubica del lado del ser. Se trata de un conglomerado de representaciones que es lo que conformará su yo, lo que el sujeto es.

La operatoria por el cual el yo va a constituirse es la **identificación**, definida por Freud como “*la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona*”³⁰. Se trata del lazo afectivo existente entre el niño y los progenitores, el vínculo más antiguo y significativo, que se establece primero bajo la forma de la identificación.

“...*la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como <modelo>*”³¹.

Desde esta perspectiva, el objeto es para el niño lo que él **querría ser**, se identifica con el objeto. Esto remite a la identificación primaria, la más temprana, “directa e inmediata” con los progenitores, que es anterior a toda catexis de objeto.

Es por la vía de estos procesos, que se erigirá en el niño el **Ideal del yo**.

³⁰ FREUD, Sigmund, *Psicología de las masas y análisis del yo*, Tomo XVIII, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.99.

³¹ *Ibíd*em, p.100.

Es a partir de sus propias expectativas e ideales, que los padres hablan y le dicen al niño lo que esperan de él, lo que quieren que sea, le instalan deseos. Es en base a los ideales de estos Otros, que el niño habrá de conformar sus propios ideales.

El niño intentará ajustarse, responder a los ideales de los padres, para no perder su amor, porque sin él quedaría desvalido.

Es preciso diferenciar aquí lo que Freud llama el Ideal del Yo, del Yo Ideal y del Yo actual.

El **Yo Ideal** es la primera forma del yo, donde yo aparece como el ideal, identificado al yo-placer, como una completud donde nada falta. Está articulado al amor por ese ideal de completud narcisista con la que el sujeto se identifica, construyéndolo a partir del modelo de otro.

Pero este ideal de perfección narcisista debe abandonarse ante las prohibiciones a las que el sujeto se ve sometido. Sin embargo: *“No quiere privarse de la perfección narcisista, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo, y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en una nueva forma del Ideal del Yo”*³².

El **Ideal del yo** se erigirá en el niño como “el sustituto del narcisismo perdido de su infancia”, y también poseerá todas la perfecciones valiosas. El sujeto no quiere renunciar a esa satisfacción de completud narcisista de la que gozó de niño, y procura recobrarla vía el Ideal del yo.

A este Ideal del yo es al que el sujeto intentará ajustarse, le sirve como referencia para apreciar sus realizaciones efectivas. Esto lo hará comparando el Yo actual con el ideal, y la medida en que se aproximan y logra satisfacción narcisista.

*“La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a las que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las personas del medio (los prójimos, la opinión pública)”*³³.

³² Op. cit., p.91.

³³ Op. cit., p.92.

Aquí se observa algo importante: que el Ideal del Yo es una formación proveniente del lazo social, *impuesta desde afuera, surgiendo como un enjambre de marcas que provienen de otros.*

El superyó, la conciencia moral, es la voz reguladora que vela por el cumplimiento del ideal. Esto explica que la formación del ideal, sería de parte del yo, la condición de la represión. Es la conciencia moral, la que establece las condiciones a la satisfacción libidinal con los objetos. Permite desestimar determinados deseos que no se corresponden con el ideal. El yo es el que inicia el proceso represivo, cuando las representaciones no coinciden con el ideal del yo. Por el contrario, se produce una sensación de triunfo cuando el yo y el ideal se aproximan.

“El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde fuera; la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento de este ideal”³⁴.

Esto sucede, porque el Ideal del Yo se instituye mediado por el orden de la cultura, que introducen los padres, educadores, lo que impone condiciones al narcisismo. Esto implica, que el Ideal del Yo se erige cuando la castración a operado, apareciendo la distancia entre el yo y el ideal, ya que se ha producido un quiebre de aquella completud donde nada falta.

Entre el Yo Ideal e Ideal del Yo, median los complejos de Edipo y de castración. Aparece la prohibición y las exigencias de la realidad que impone reglas a la satisfacción libidinal.

El niño intentará ser aquello que los padres quieren, deberá cumplir ciertas metas, porque es el amor que los padres le tienen, lo que lo sostiene y ampara, y para no perderlo va a intentar responder al ideal de aquéllos.

Cuando los padres reprenden a su hijo, a la vez que le dicen lo que es, le dicen que no cumple con lo que se espera de él. Aparece como una imposibilidad el “ser” lo que el otro quiere, lo que los padres han mostrado como ideal propio. Allí es donde surge una diferencia, esa “distancia” de la que habla Freud, entre esos ideales de

³⁴ Op. cit., p.96.

perfección narcisista con que los padres envuelven al hijo y el comportamiento del hijo, porque en realidad éste no puede encajar en la cabeza de los padres.

La diferencia es lo que permitirá el desarrollo del yo del niño. Luego de ser investido por los padres desde sus propios ideales, se produce una subjetivación yoica en el niño de esos ideales, y se desarrollará porque en la diferencia entre lo que él es y lo que el otro quiere que sea, el niño procurará ser aquello que el otro quiere, y cubrirlo.

La conformación del Ideal del Yo, al introducir la diferencia, castración mediante, abriría las posibilidades de elección en la búsqueda en la vida, en relación al ideal del propio sujeto.

La libido retirada de sus catexis objetales, y replegada nuevamente sobre el yo, es el proceso que se designa como **narcisismo secundario**. Éste, se relaciona con el hecho de que a medida que el niño crece, las expectativas de los padres se van a poner en relación a objetos: que el niño vaya a la escuela, que estudie, etc. El sujeto libidinizará objetos de la realidad a partir de su narcisismo secundario, de sus ideales.

Resulta importante pensar el tema de la diferencia que introduce Freud, porque parece que es en torno a la posibilidad de aceptar o no esa diferencia que se presenta, que puede posibilitarse o no el crecimiento del niño, el surgimiento de su particularidad, y en esto es preciso dilucidar de qué manera intervienen los padres.

Se puede pensar, que desde los padres existe, como un anterior lógico, un déficit, algo perdido en su narcisismo por efecto de la castración, y la tendencia es a intentar compensar esa diferencia por la vía del niño, pidiéndole que se ajuste a lo que ellos esperan de él. ¿Será en la medida en que los padres puedan tolerar o no esta diferencia, la castración que se presenta primero del lado de ellos, que puedan desde allí posibilitar u obstaculizar el crecimiento del niño?

Cuando se dice que desde el niño va a aparecer una diferencia, se puede pensar que lo que va apareciendo es lo propio del niño. ¿Se tratará de que los padres puedan dejar que el niño circule conforme a lo que es propio de él, o, de lo contrario, quedaría atrapado en el ideal parental?, ¿se podría entender que si el niño presenta un síntoma, éste sería una forma de denunciar ese atrapamiento, consecuencia de él?

Siempre existirá una diferencia para los padres entre el niño esperado y el niño que tienen, porque hay una diferencia entre lo que se busca y lo que se encuentra, por la existencia estructural del objeto perdido. Existiría una imposibilidad de que el niño encarne ese objeto para los padres, el hijo nunca los colmará plenamente.

Pero el efecto de la ilusión puede hacerles creer que esa completud es posible, y podría llevar a esa insistencia repetitiva de la que habla Freud, en la búsqueda del objeto perdido.

Si esa distancia entre lo que se busca y lo que se encuentra es el lugar del deseo, y si el deseo es eterno e indestructible, esto supone que no hay objeto que colme plenamente, y que por lo tanto será deseo de diferentes cosas en la vida. ¿Se tratará del deseo de los padres, de la medida en que ponen en circulación ese deseo, lo que se hará que se dirijan a otros objetos además del hijo?, ¿será así que posibilitarán al hijo crecer?

Importantes cuestiones a pensar, porque esto orienta sobre qué ocurre del lado de los padres y qué consecuencias puede tener esto en el hijo.

2.1.4 El mito del complejo de Edipo

El Complejo de Edipo es un concepto que Freud postula a partir de un mito griego, una fábula, "Edipo Rey" de Sófocles, porque esto le sirve para explicar cómo se introduce la castración como hecho central en la infancia y con consecuencias fundamentales para la estructuración del psiquismo. Explica esto a través del vínculo del niño con los padres, a lo que atribuye un papel central. Pero si el complejo de Edipo freudiano es una construcción mítica, y por mito se entiende, desde la cultura griega, "todo lo que no puede existir en realidad", sería algo que no se observa en la realidad efectiva. Por eso, se abordará a continuación qué dice este mito de Freud, pero teniendo en cuenta esta idea.

En el Complejo de Edipo, Freud dice que la madre es investida por el niño como el primer objeto de amor. Esto quiere decir, que en la niñez, se consuma ya la primera elección de objeto de amor.

Esta posibilidad de investidura está dada por la unificación de las pulsiones parciales ahora bajo la primacía del falo, zona que adquiere una significatividad dominante para el niño. Entonces, en el niño *“el conjunto de los afanes sexuales se dirigen hacia una persona única y en ella quieren alcanzar su meta”*³⁵. Pero esta meta sexual es de naturaleza infantil, el primado de los genitales no tiene como fin la reproducción.

En “Introducción del narcisismo” Freud dice:

*“...reparamos primero en que el niño (y el adolescente) elige sus objetos sexuales tomándolos de sus vivencias de satisfacción. (...) las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto.”*³⁶

La madre es el primer objeto de amor, tanto para el niño como para la niña. Esto remite a una elección de objeto sexual que se basa en que éste fue el primero que satisfizo sus necesidades vitales.

En esto se observa que la madre está en el lugar de quien ejerce para el niño determinadas funciones. Por medio de la nutrición, los cuidados y la protección, lo introduce al mundo humano, ya que interpreta sus necesidades.

En esa cita Freud dice: la madre “o su sustituto”. Lo importante, es que este lugar primordial de la función materna sea ocupado por alguien, no importa quién, en tanto es sólo a través de un Otro que el niño constituirá su psiquismo.

Por esta vía, llega la madre a ser investida como objeto de amor por el niño en el Complejo de Edipo, ¿Qué representa aquí la madre para el niño? Es el *objeto de sus deseos incestuosos*, hacia ella el niño dirige sus investiduras libidinosas, su interés sexual. El padre se convierte en un *rival*, al que odia y quiere ver eliminado para estar junto a la madre.

³⁵ Op. cit., p.81.

³⁶ Op. cit., p.84.

Aquí, el interés del niño se centra en el falo, que se convierte en algo muypreciado que forma parte de su narcisismo. El niño notará la falta de pene en las niñas, y caerá preso de la angustia de castración. Allí cobrará efecto la “amenaza de castración”, pues dará cuenta que eso tan valorado se puede perder, y prefiere conservarlo, debiendo resignar sus investiduras libidinosas hacia la madre.

La niña nota la diferencia anatómica y cae presa de la “envidia del pene”, pues sabe que no lo tiene y quiere tenerlo. Cuando descubre que la madre está castrada, toma al padre como objeto de amor y se dirige a él por el deseo de pene que la madre le ha negado. La niña, se desliza a lo largo de la ecuación simbólica, y sustituye el deseo de pene por el deseo de un hijo del padre. La madre también deviene objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer. En la niña, el complejo de castración precede y prepara la entrada al Edipo, mientras que el niño en ese momento lo reprime. La denegación del hijo deseado, la falta de satisfacción esperada, la llevarán a renunciar al deseo de recibir un hijo del padre.

Por la operatoria de la **castración**, sobreviene la represión secundaria, y el contenido a reprimir es el deseo incestuoso hacia la madre.

¿Qué lugar asigna Freud al padre en esto?

“Discerniendo en los progenitores, en particular del padre, el obstáculo para la realización de los deseos del Edipo; el yo infantil se fortaleció para esa operación represiva erigiendo dentro de sí ese mismo obstáculo. En cierta medida toma prestada del padre la fuerza para lograrlo (...). El superyó conservará el carácter del padre.”³⁷

“La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó, que toma prestada del padre su severidad, perpetúa así la prohibición del incesto (...).”³⁸

Se puede observar, que Freud coloca al padre en el lugar de lo que hace “obstáculo” al deseo incestuoso del niño. Lo describe como severo, un rival, como quien vehiculiza la castración, la ley de la prohibición del incesto, que es la que promueve la represión,

³⁷ FREUD, Sigmund, *El yo y el ello*, Tomo XIX, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.36.

³⁸ FREUD, Sigmund, *El sepultamiento del complejo de Edipo*, Tomo XIX, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.184.

por la cual el niño resigna sus intereses sexuales hacia la madre. De esta manera, el padre representa lo que ordena, regula, las mociones pulsionales del niño, recordando que se trata del niño pulsional. El superyó, ligado al padre, se erigirá en el niño perpetuando la prohibición.

Se puede resumir de esta manera lo que dice el mito freudiano del Edipo: que hay en el origen por parte del niño amor a la madre y deseo incestuoso hacia ella, y odio dirigido al padre, cuya función es ser el interdictor del deseo sexual. Pero Freud mismo ha dicho que la libido no da el sexo, que hay una bisexualidad constitutiva, de lo que se deduce que no podría ser que el varón busque a una mujer y que en la niña se busque al hombre. Esto contradice el Edipo, que dice que hay deseo sexual en el varón orientado a la mujer, donde el padre como rival es el interdictor de ese deseo incestuoso hacia la madre. Además Freud postula el Edipo invertido, porque lo que observó es que los varones aman a su padre.

Entonces, ¿se observa realmente que para todo sujeto ocurre esto que describe el mito freudiano?, ¿se debe entender que realmente el sujeto ama a su madre y odia a su padre, y de eso se trata el vínculo con ellos? Si es un mito, esto no se observa para la generalidad de los sujetos, no es esto lo que ocurre realmente.

Freud mismo postula el complejo de Edipo y la castración como hechos que tienen un carácter estructurante para todo sujeto. Y al hablar de castración, Freud dirá que corresponde a una formación fantasmática dentro de lo que denomina “fantasmas originarios”, como patrimonio transmitido filogenéticamente, en la forma de retorno de lo reprimido, para designar que se presentan en modo general en los seres humanos, sin que puedan referirse necesariamente a escenas vividas realmente. De esta manera, para el sujeto, lo que Freud dice, es que de lo que se trata es de la realidad psíquica. Hay que tener esta idea presente, para poder entender, que la castración, para producir sus efectos, no necesita ser ejecutada ni siquiera explícitamente formulada por los padres. El complejo de Edipo no sería una situación real, con su influencia ejercida efectivamente sobre el niño por la pareja parental. Se puede pensar que se trata de la intervención de una instancia prohibitiva que cierra la puerta a la satisfacción buscada.

Entonces, ¿de qué padres se trata en el Edipo?, ¿Se trata de los padres biológicos? Freud mismo sostiene que no necesariamente se trata de los padres de sangre, que pueden haber sustitutos.

Si no se trata de los padres reales, esto ya habilita a dejar de lado el Edipo así entendido como un cuento, de la mamá y el papá biológicos. Se puede pensar que se trata de lugares que otros significativos deben habitar, y funciones, como operatorias, en tanto tienen un efecto para el psiquismo: que un deseo sexual sea reprimido y regulado por una ley.

Se trata de la realidad psíquica, de que por esta vía se establece en el ser humano, mediante la castración, que todo no es posible en la vida. Lo que instala la castración es la pérdida del objeto, instala la posibilidad de tener algo y de perder algo, la posibilidad de poner algo en valor, porque se lo puede perder. Esto muestra el paso al “yo lo tengo”, es decir, “yo no lo soy”, que es la posición que posibilita la elección de objeto.

El niño está en este tiempo lógico en el que se enfrenta con la castración, representada por la falta introducida por la notoria diferencia entre los sexos, a la que está respondiendo con su **neurosis**. El niño pulsional, se está encontrando con el límite, ese exceso de sexualidad debe ser acotado, ordenado. Las pulsiones sexuales del niño deben ser orientadas, debiendo hacer una elección: posicionarse del lado de los varones o del lado de las niñas.

En el capítulo tres de “El yo y el ello” Freud dice que *“Las elecciones de objeto que corresponden a los primeros períodos sexuales y atañen a padre y madre parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en una identificación de esa clase, reforzando de ese modo la identificación primaria”*³⁹.

Al renunciar a la satisfacción de sus deseos edípicos, el niño transforma su catexis sobre los padres en identificación a los padres. Son identificaciones secundarias, posteriores a la elección de objeto.

Entonces, la salida del complejo de Edipo resulta en **identificaciones** al padre y a la madre. El niño se identifica con los padres en aspectos masculinos y femeninos,

³⁹ Op. cit, p.33.

que implicarán una toma de posición respecto al sexo, ubicarse como hombre o como mujer. Esto posibilita el acceso a la genitalidad adulta, y define ya la elección de objeto de amor que se realiza en la pubertad.

Por otro lado, en base a estas identificaciones con la instancia parental se formará el núcleo del superyó y el Ideal del yo.

No se trataría entonces de una madre o de un padre de la realidad objetiva, que el niño incorpora. Freud habla de identificaciones secundarias a los padres, donde el yo cobra los rasgos del objeto. El niño adquiere marcas identificatorias, y los padres tienen la función de ser los proveedores de esas marcas que tallan su psiquismo.

Tras haber renunciado el niño a sus intereses sexuales hacia sus padres, estas aspiraciones serán en parte desexualizadas y sublimadas, y en parte serán inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas. Esto dejó como consecuencia:

“(...) una profunda modificación de las relaciones con los padres. En lo sucesivo el niño permaneció ligado a ellos, pero con pulsiones que es preciso llamar de <de meta inhibida>. Los sentimientos que en adelante alberga hacia esas personas amadas, reciben la designación de <tiernos>”⁴⁰.

Freud dice en esta cita que el niño de ahí en más “permaneció ligado” a los padres, pero ahora los amará desde sentimientos tiernos y no sensuales. Esto revela la **permanencia del vínculo con los padres en la niñez**. Algo que caracteriza la situación del niño en este tiempo, es que su libido aún no se ha desplazado de sus objetos primarios, los padres. Éstos siguen siendo en este tiempo objetos de amor del niño, quien los ama porque lo han protegido, cuidado y amado. En “Tres ensayos”, Freud dice que a lo largo del período de latencia, el niño aprende a amar a las personas que remedian su desvalimiento y satisfacen sus necesidades:

“Para el niño pequeño, los padres son la comienzo la única autoridad y al fuente de toda creencia. Llegar a parecerse a ellos (...) es el deseo más intenso...”⁴¹

⁴⁰ Op. cit., p.105.

⁴¹ FREUD, Sigmund, *La novela familiar de los neuróticos*, Tomo IX, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.217.

En el tiempo de la niñez, se mantiene **una dependencia lógica del niño para con los padres**, porque el niño está atravesando un tiempo de estructuración subjetiva que es sostenida por estas personas significativas que lo rodean, que le dan un lugar, que le están diciendo quién es. Los elementos constitutivos se irán poniendo en su lugar, pero no de un solo golpe, se necesita tiempo para que la represión opere, de manera que la pulsión sea acotada y el niño vaya pudiendo simbolizar.

2.1.5 La noción de padre en Freud

Es posible encontrar en la obra de Freud, su manera de abordar el concepto de padre, principalmente a partir de “Tótem y Tabú” (1913) y del Complejo de Edipo.

En el capítulo IV de “Tótem y tabú”, Freud elabora un mito con el que postula su teoría sobre el padre muerto, el mito del padre asesinado de la horda primitiva, como acontecimiento que funda la organización de la sociedad humana. Para llegar a esta elaboración, Freud toma los estudios de la antropología, y muestra las concordancias con el psicoanálisis.

Freud extrae de los estudios antropológicos, el *sistema del totemismo*, que caracteriza a la estructura social de los pueblos primitivos. Destaca que estos pueblos, tienen una íntegra organización social regida por dos leyes: no matar al animal totémico y *evitar el comercio sexual con los miembros de sexo contrario del mismo clan totémico*, vale decir, no tengan permitido casarse entre sí. Es la *exogamia*, conectada con el tótem. Estos pueblos salvajes muestran un grado insólitamente alto de horror al incesto, conectado con la peculiaridad de sustituir el parentesco consanguíneo real por el parentesco totémico.

Freud busca alguna teoría explicativa acerca del origen del horror al incesto y de la exogamia, y allí es donde se refiere a la hipótesis de Charles Darwin sobre “**la horda primitiva**”:

“(...) obtenemos, como la visión más probable, que él [el hombre] originariamente vivió en comunidades pequeñas, cada hombre con una mujer o, si tenía el poder, con varias a quienes defendía celosamente de los demás varones. (...) en efecto, todos los nativos ‘están de acuerdo en que sólo se ve un macho adulto por cada grupo. Y cuando el macho joven crece sobreviene una lucha por el predominio; entonces el más fuerte, tras matar o expulsar a los otros, se establece como el jefe de la sociedad’. Los machos más jóvenes, expulsados de ese modo y obligados a merodear, si en definitiva consiguen una compañera, habrán sido impedidos de entrar en un apareamiento consanguíneo demasiado estrecho dentro de los miembros de una misma familia”⁴².

Esta hipótesis explicaría el origen de la sociedad humana. Pero Freud dice aquella no puede explicar el origen del totemismo: *“Ese estado primordial de la sociedad no ha sido observado en ninguna parte”*.⁴³ Lo que sí se ha hallado, son las comunidades de varones, sometidos a esa restricción que es la exogamia. Por lo tanto, tampoco la exogamia puede derivarse de la horda primitiva. Freud se pregunta por qué camino fue eso posible.

Entonces, se sirve de la teoría del banquete totémico desarrollado por Robertson Smith, y de la teoría de la “horda primitiva” de Darwin, para explicar esto, elaborando el mito del **asesinato del padre de la horda primitiva**:

“Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. (...) Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él (...). El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión. (...) sólo hace falta suponer que la banda de los hermanos amotinados (...) Odiaban a ese padre que tan gran obstáculo significaba para su necesidad de poder y sus exigencias sexuales, pero también lo amaban y admiraban. Tras eliminarlo, tras satisfacer su odio

⁴² FREUD, Sigmund, *Tótem y tabú*, Tomo XIII, Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p.128.

⁴³ *Ibidem*, p.143.

e imponer su deseo de identificarse con él, forzosamente se abrieron paso las moliciones tiernas avasalladas entretanto. Aconteció en la forma del arrepentimiento; así nació una conciencia de culpa...”⁴⁴

“Si los hermanos se habían unido para avasallar al padre, ellos eran rivales entre sí respecto de las mujeres. Cada uno habría querido tenerlas todas para sí, como el padre, y en la lucha de todos contra todos se habría ido a pique la nueva organización. Ya no existía ningún hiperpoderoso que pudiera asumir con éxito el papel del padre. Por eso a los hermanos, si querían vivir juntos, no les quedó otra alternativa que erigir (...) la prohibición del incesto, con la cual todos al mismo tiempo renunciaban a las mujeres por ellos anheladas (...).”⁴⁵

“Así, desde la conciencia de culpa del hijo varón, ellos crearon los dos tabúes fundamentales del totemismo, que por eso mismo necesariamente coincidieron con los dos deseos reprimidos del complejo de Edipo.”⁴⁶

Se observa que Freud propone que la génesis de la sociedad humana se asentaría en un parricidio, lo que habría dado lugar a la humanización de la horda primitiva, instalando la ley primordial de la prohibición del incesto. Pero él mismo sostiene que aquello es un mito, en “Psicología de las masas...” se refiere a él como “el mito científico del padre de la horda primordial”⁴⁷, y se puede observar en la estructura del mito que empieza: “Una vez...”. Pero el saber mítico, es una modalidad de operar con el saber, que se opone a la modalidad científica. En la cultura griega, “*Mythos*” fue un término opuesto a “*Logos*” y a “*Historia*” y terminó por significar: “todo lo que no puede existir en realidad”. Mitos como el de la horda primitiva o el de Edipo, no corresponderían a ningún acontecimiento históricamente situable. El mito, habla a los hombres, no de realidades sino de fantasías. Son relatos orales de las tradiciones de saber y de religión, en donde hay un punto de creencia, porque no soportan la discusión racional.

Por lo tanto, si es un mito la horda primitiva, ésta no existió. En “Moisés y la religión monoteísta” Freud dice que sigue sosteniendo esa construcción mítica aunque

⁴⁴ *Ibíd*em, p.143-145.

⁴⁵ *Ibíd*em, p.146.

⁴⁶ *Ibíd*em, p.145.

⁴⁷ *Op. cit.*, p.128.

haya sido desestimada, porque él tenía derecho a servirse de ella en tanto así podía dar cuenta de lo que encontraba en la clínica, como es su hipótesis del complejo de Edipo y el superyó. El superyó tiene que ver con pagar las culpas por este acto primordial, del parricidio. Aparece asociado al padre, en relación a la severidad y ferocidad con que puede presentarse.

Con el mito Freud pretende construir el gran episodio con que se inició la cultura, elaborar un saber acerca de la génesis de la ley primordial de la prohibición del incesto, y explicar así la humanización en el origen. Más allá de que pueda ser cuestionada la manera en que procuró dar cuenta de ello, es decir, a través del mito, como forma de responder a lo imposible de decir en el origen, lo importante es que así puede dar cuenta de que hay una ley dada por la cultura, que determina así los vínculos de parentesco. Establece la ruptura con lo biológico, porque muestra que la familia es una formación humana, que se inscribe en la cultura, y está marcada por la ley de la prohibición del incesto.

Lo que Freud propone con su concepción mítica del padre muerto, es promoverlo al estatuto simbólico, porque si está muerto ya nadie puede ocupar su lugar, ya no podrá ser encarnado por nadie. Ya se entiende que no es el padre de carne y hueso de nadie. El padre es una función puesta así en la cultura, vinculado a la ley primordial de la prohibición del incesto.

En el mito del padre de la horda, se puede ver que Freud define al padre como siendo principalmente un elemento de rivalidad, como así también en el Edipo:

*“Tanto en el complejo de Edipo como en el de castración, el padre desempeña igual papel, el del temido oponente de los intereses sexuales infantiles. La castración,(...), es el castigo que desde él amenaza”.*⁴⁸

Es un padre terrible, un tirano omnipotente al que hay que temer. Se trata aquí del padre como polo angustiante, que se representa en la angustia de castración, como amenaza de castigo, lo que puede verse en el vínculo padre-superyó en el Edipo, y más aún en la horda primitiva.

La pregunta que surge es que cuando Freud habla en la horda primitiva de un padre violento, celoso, salvaje, que *“no ama a nadie fuera de sí mismo”*⁴⁹, ¿a qué

⁴⁸ Op. cit., p.132.

padre se refiere, estaría hablando del papá de alguien? También dice que los hijos le temían. Uno se puede preguntar si en la clínica, se observa ese odio, ese temor a un padre terrible, que por cierto se presenta también así en el Edipo. En general, cuando se piensa en el amor se piensa en el vínculo madre-niño. Pero en la clínica, ¿se observa que el niño ama a la madre y dirige sus deseos incestuosos hacia ella y que odia al padre y le teme?. Se debe recordar que el Edipo también es un mito, que es la forma de poner contenido a una operación estructural. un deseo articulado a una ley.

Si por ejemplo, un analista se encuentra en la clínica con que el padre del paciente, es un padre muy transgresor, que golpea a su familia, ¿se podría decir “aquí se trata del padre de la horda primitiva”? No, habría que descartar que el padre violento, que el padre de carne y hueso que pueda presentarse en la clínica tenga que ver con la teoría del padre primitivo, porque además no se observa que Freud lo haya trabajado así en sus historiales clínicos.

Con el mito del padre muerto, Freud ha elevado al padre a una dimensión simbólica y lo ha introducido en la cultura.

⁴⁹ Op. cit., p.116.

2.1 DESDE LACAN

2.2.1 El discurso del Gran Otro. El inconsciente como estructura de lenguaje

A partir de Lacan, se concibe que un sujeto se constituye a partir del discurso del Gran Otro. Cuando el niño viene al mundo, hace su entrada en un orden de lenguaje, un orden simbólico que lo preexiste, que ya está allí antes de su nacimiento. La estructura del lenguaje apresa al ser vivo, captura el cuerpo del ser hablante, que no será más que efecto del significante. Esto significa para el sujeto humano la pérdida de la especificidad de lo biológico, del instinto, siendo introducido por un camino que no es el de la adaptación.

Esta estructura del lenguaje es la que se descubre en el inconsciente, lo que corresponde al axioma lacaniano: **“el inconsciente está estructurado como un lenguaje”**.

En esta estructura, que es la del lenguaje que caracteriza al inconsciente, hay una falta introducida por la acción misma del significante que cava un surco en lo real. Esto permite la movilidad y articulación de los elementos significantes. El significante se inscribe por diferencia, y obtiene su valor de acuerdo a su posición en el conjunto. El significante determina al significado, no hay una correspondencia unívoca entre ellos, porque la barrera de la represión que opera, indica la resistencia a la significación. Entre el significante y el significado lo que se produce es un abrochamiento, según las dos leyes del lenguaje: la metáfora y la metonimia. La metáfora opera a través de la sustitución de un significante por otro, cuyo abrochamiento crea una significación nueva. La metonimia se inscribe en una relación por contigüidad, es la conexión de significante a significante. La metonimia hace a la falta en ser, que se ubica en el intervalo significante y es la esencia del *deseo*.

Esta estructura significativa define a la estructura misma del sujeto, que se escribirá en su cuerpo. Lacan se refiere al sujeto como sujeto barrado, lo que lo define como sujeto dividido del inconsciente. La acción significativa divide al sujeto, que pierde así la naturalidad. Esta pérdida es la que entraña la represión primaria, que pasa a tachar al sujeto, que es represión de los significantes primordiales, lo que implica que el universo de saber particular que es el inconsciente, nunca podrá ser recuperado en su totalidad, queda reprimido, fuera de su alcance.

Por eso el sujeto puede hablar sin saber lo que dice verdaderamente. Hay un saber que el sujeto no conoce, que es inconsciente. Pero se puede dar cuenta de él, porque eso habla a través de las formaciones del inconsciente, en los tropiezos del discurso. El sujeto es un ser hablante porque es un sujeto dividido, lo que hace al advenimiento de su inconsciente, en tanto éste se constituye en el sujeto por efecto y causa del significativo:

*“El inconsciente es los efectos que ejerce la palabra sobre el sujeto, es la dimensión donde el sujeto se determina en el desarrollo de los efectos de la palabra, y en consecuencia, el inconsciente está estructurado como un lenguaje”.*⁵⁰

El sujeto es efecto de eso que se dice de él, el significativo, el discurso que lo determina y lo constituye. La estructura lingüística da su estatuto al inconsciente en la medida en que permite situar la operación autónoma del juego combinatorio de los significantes, regido por una insistencia repetitiva. Aquí se haya la memoria propia del inconsciente, la cadena significativa, cuyo efecto es el sujeto del inconsciente y se lo encontrará allí en el recorrido del significativo.

El inconsciente así concebido como estructura de lenguaje, es una definición que impide que se entienda como algo sustancial, tridimensional, y permite situarlo como un fenómeno discursivo, imposible de ser localizado dentro de alguien.

En este sentido, desde el punto de vista topológico, Lacan propone la presentación del inconsciente como una banda de Moebius, que se puede obtener tomando una cinta de papel y pegándola en sus extremos, luego de haber realizado una semitorción en alguno de ellos. Se obtiene una cinta con un derecho y un revés, donde se tiene acceso desde cualquier punto a su revés, sin que tenga que

⁵⁰ LACAN, Jacques, *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*, Ed. Paidós, Buenos Aires, p.155.

atravesarse un borde. De esta manera, se impide suponer al inconsciente en las profundidades, puesto que el mérito central de la superficie topológica es el de ser bidimensional. La topología del inconsciente entraña pulsaciones, aperturas y cierres del inconsciente.

La banda de Moebius representa la estructura del sujeto dividido del inconsciente, en el que lo interior-exterior se atraviesa. El sujeto es así bidimensional, pensado como una superficie en la que se escribe con elementos significantes. Por lo tanto, donde se ubica al sujeto es en el discurso, porque la dimensión del significante ha operado. Entonces, si se trabaja con el inconsciente, se lo haya en el discurso, es lo que se presenta en el encadenamiento significativo.

Esta estructura simbólica, estructura de lenguaje que preexiste, determina y constituye al sujeto del inconsciente, para Lacan tiene un nombre: es el **Otro**.

Lo simbólico entraña el lugar del Otro, hace su encarnación en él. El Otro es el lugar del lenguaje, que es una presencia ya allí, antes de que el niño nazca. Lo que caracteriza al ser humano al nacer, a diferencia del animal, es que incapaz de satisfacer las necesidades provenientes de su organismo. Ese estado de prematuridad original, lo obliga a estar en relación a un Otro que satisfaga sus necesidades, que acuda ante el llanto del niño. Esta situación de dependencia primordial del sujeto con respecto al Otro, en función de la prematuración, es la que posibilita la instalación del lenguaje. El llanto del bebé es interpretado por el Otro, y es transformado en un llamado, por su paso por el significante. El sujeto se encuentra así con el lugar del Otro del significante, y una vez que lo atraviesa, se produce la pérdida de la particularidad de la necesidad biológica y de su objeto de satisfacción, y surge transformada en *demanda*, que tiene en cuenta el sistema de significantes del Otro.

Sobre este Otro simbólico el niño tiene la ilusión primera de que es un Otro completo, porque el orden simbólico mismo tiende a crear esta ilusión de que todo puede decirse, de que hay respuestas para todo. Pero desde el comienzo el Otro está barrado, tiene una falta por estructura, de la que habrá de dar cuenta el sujeto por efecto de la castración. Lo que quiere decir esto, es que no todo puede ser dicho en la estructura, no todo es del orden del significante, también hay un resto que debe caer, ese hueco que Lacan llama el objeto "a", causa del deseo.

El Otro del lenguaje es un anterior lógico, el lugar que atesora los significantes que harán marca en el cuerpo del niño. El sujeto es determinado por el Otro que lo antecede, el Otro de la prehistoria de cada cual. El niño depende en su constitución de sujeto, \mathcal{S} , de la mediación de la palabra del Otro. El efecto que ejerce la palabra que proviene del Otro es lo que constituye el inconsciente del sujeto, que tiene la forma de lenguaje.

En función de esto, Lacan puede definir el inconsciente como el “**discurso del Otro**”. Esta definición viene del hecho de que un sujeto es, según haya sido predicado, hablado por el Otro. Estas prédicas que hacen marca en el sujeto, son las de los **Otros significativos** para el niño, la mamá y el papá, o sus sustitutos, la abuela, el tío, y otros familiares con los que se vincula estrechamente. De eso es de lo que padece un sujeto, de los decires parentales que agujerearon su cuerpo y constituyeron su inconsciente.

De esta forma, se entiende que el inconsciente se va a constituir en la forma de un discurso que viene del Otro. Este Otro se encarna en otro sujeto, cualquier otro sujeto humano puede ocupar este lugar.

Desde la perspectiva topológica, el Otro es planteado como un lugar, es el lugar del lenguaje, del inconsciente y el discurso, concebido como espacio de combinatorias, un espacio simbólico donde se articulan los significantes, donde se despliegan sus cadenas. Lo simbólico hace su encarnación en el Otro.

Este lugar del Otro no se concibe entonces como un espacio tridimensional, no está en lo profundo de un sujeto, porque sólo necesitan dos dimensiones para funcionar, tal como lo demuestra la combinatoria significativa.

Donde se encuentra al sujeto es en el discurso del inconsciente, y si la posición del sujeto se determina por el Otro, no es algo que haya estado en el interior del sujeto y emerja. Se trata de un lugar “*éxtimo*”, en tanto el significante es a la vez algo central y externo al sujeto.

En “Función y Campo...” Lacan dice: “*El inconsciente es aquella parte del discurso concreto en cuanto transindividual...*”⁵¹ Por eso hay que salir de ese espacio tridimensional, porque con esto se entiende que el inconsciente no está en lo profundo del sujeto, sino que se establece en relación a Otro. Esto puede verse en la fórmula de

⁵¹ LACAN, Jacques, *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, Escritos I, Siglo veintiuno editores, p.248.

la comunicación: “comunicación donde el emisor recibe del receptor su propio mensaje invertido”. Esta fórmula permite ver el lugar del Otro, como interlocutor del mensaje. El Otro, el receptor, es el que significa, el que da sentido al mensaje de quien habla. Hay una determinación del sujeto por el Otro. El que escucha situado en el lugar del Otro, fija el sentido del discurso del que habla. Lacan lo llama: “el poder discrecional del oyente”. El inconsciente, por tener estructura de lenguaje, circula entre las personas, igual que el lenguaje.

Es el Gran Otro el que significa al niño, el que da sentido lo que el niño dice o hace, le dice lo que es bueno, malo, etc, y frente a esto el niño habrá de responder de alguna forma particular.

En tanto el lugar del Otro es lugar significativo, se trata de un lugar que se mide por sus efectos de lenguaje en la estructura subjetiva del niño. Esto permite entender que no necesariamente los padres biológicos van a encarnar el lugar del Otro, no es un lugar determinado por la biología, sino por el significativo, por eso puede ser cualquier otro u otros significativos en tanto encarnen ese lugar, en tanto lo fundamental es que alimenten de significantes. Habrá que establecer en cada caso quién ha encarnado ese lugar para el niño.

Si los otros con quienes el niño se relaciona más estrechamente, son sus padres, ellos constituyen el discurso que rodea al niño, discurso que forma parte del ambiente en el cual se inserta. Este discurso, que podemos llamar, *discurso de los padres*, es por medio del cual el niño recibirá la palabra que lo constituya. Entonces, aquello que constituye a un sujeto tiene que ver con lo que los padres y los otros significativos dicen de él, y que tiene la estructura del lenguaje, traza ya escrita incluso antes de su nacimiento. Pero ese discurso es uno, es del Otro, mas allá de la boca de la persona de carne y hueso de quien salga. Lo que dicen los padres, la abuela, la maestra, eso es el discurso del Otro.

Esto que dicen los otros significativos, acerca del niño, son los significantes que constituirán el yo del niño, sus ideales, su fantasma, su síntoma, su historia. Desde el lugar del Otro los padres otorgan un lugar particular al niño, de acuerdo a sus propios ideales, a su propia historia, a su propia posición subjetiva frente al deseo. Desde allí le hablan al niño: que sea bueno, que estudie, que sea linda, que no moleste, que sea canchero, que sea el mejor, que tenga lo que yo no tuve. Este

discurso parental dibuja las distintas figuras en el hijo, que es puesto allí por el Otro, Otro del que dependerá su lugar en la estructura y su particular manera de existir. Por eso podría decirse que lo que un niño es, es reflejo de lo que son los padres, incluso de los abuelos, y se puede decir, de lo que es la sociedad en un momento dado.

Para el niño, a su vez, es de necesidad vital que algún otro significativo encarne el lugar del Otro para que le permita vivir y constituirse, en este sentido puede entenderse el niño en un estado de dependencia lógica con respecto de los padres o quienes ocupen su lugar. Porque la vida del niño depende de que se lo alimente, sobre todo, de significantes. El niño portará estas marcas que le vienen del Otro en su propio discurso, porque las lleva escritas en el cuerpo, es lo que no cesa de escribirse.

2.2.2 Un lugar en el deseo

2.2.2.1 Alienación y separación

Al abordar el tema de la constitución subjetiva, en la relación del sujeto con el Otro, Lacan se refiere a dos operaciones lógicas: la alienación y la separación.

Se trabajó anteriormente la constitución del sujeto a partir del discurso del Otro, es decir, lo que lo determina en su relación a lo que es del orden del significante, lo que puede articularse en un discurso. Pero por efecto mismo del significante, el sujeto nace con una falta estructural, que es ese vacío, es decir que también se juega la relación del sujeto con la falta, la falta en el Otro, lugar del deseo y lo que lo causa.

De esta manera, se entiende que existe una manera particular en que el sujeto se relacionará con el significante y con la falta, a partir de su vínculo con el Otro, y esto es lo que describen las dos operaciones lógicas que se abordan a continuación.

El modo en que se introduce el inconsciente es a partir de dos campos: el del sujeto y el del Otro. Lo que hay de antemano es el lenguaje, batería de significantes, que da su estructura al inconsciente. Es en el lugar del Otro, donde se coloca este conjunto, el tesoro de los significantes, que rige todo lo que se hará presente en ese ser viviente, que por este camino, devendrá sujeto como efecto del significante.

El sujeto se instituye, comienza, en el campo del Otro. Sujeción significativa, en tanto “eso habla de él”, son los predicados al sujeto que marcarán su lugar en la estructura.

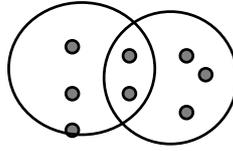
En esta relación del sujeto con el Otro, la primera operación fundante del sujeto es la **alienación**. En este primer movimiento, el Otro introduce el S_1 , como marca que se inscribe en el sujeto desde el campo del Otro. El sujeto se identifica a este significante, en el cual se aliena, y como rasgo unario forma el Ideal del Yo. Por un lado, esta operación designa al ser del sujeto, lo hace surgir; pero, por otro lado, lo hace desaparecer, en tanto anula su presencia, lo borra del campo del Otro.

Pero si “un significante es aquello que representa a un sujeto para otro significante”, ha de presentarse un llamado al segundo significante en el Otro, para que aparezca el sujeto dividido por el lenguaje.

Si un significante sólo no significa nada, se necesita otro significante, cuyo tributario será el Otro. Es el S_2 , significante binario que da sentido al sujeto, y al hacerlo lo barra, produciendo el efecto de *afánisis* o *fading* del sujeto, causando su desaparición.

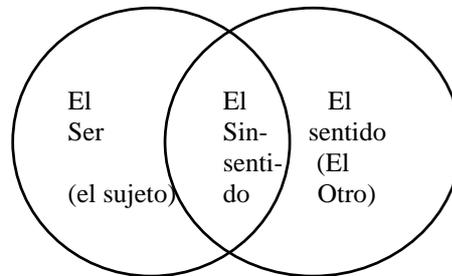
Con la operación de la alienación, se constituye el *vel* alienante, que constituye a este primer apareamiento significativo, y designa que el sujeto sólo puede aparecer en la división, donde aparece, de un lado, como sentido producido por el significante, y del otro, aparece como *afánisis*.

El *vel* alienante, remite a un término de la lógica simbólica que implica la operación de reunión, que no es una sumatoria. Cuando se trata de conjuntos, sumar dos colecciones es muy distinto a reunirlos. Si se presentan dos círculos con objetos, éstos pueden pertenecer a ambos círculos o a uno solo. Si se reúnen dos conjuntos con cinco elementos cada uno, donde dos elementos pertenecen a ambos, hay en total ocho elementos.



La reunión impone una elección entre sus términos, eliminando uno de ellos, sea cual fuere la elección. Ésta solo consiste en saber si uno se propone conservar una de las partes, ya que la otra desaparece de todas formas.

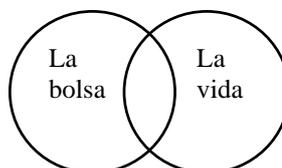
En el vel se trata de elegir entre el ser o el sentido, el S_1 y el S_2 , y cualquiera sea la opción elegida hay pérdida, una de las partes desaparece.



Si se elige el sentido, se produce su afánisis y pierde el ser. Si se escoge el ser, el sujeto desaparece, se queda sin el sentido y sin el sujeto, cae en el sin-sentido, surge la petrificación del sujeto en el significante.

El sin-sentido es el S_1 solo, no articulado al S_2 , que es el que produce su afánisis pero le da sentido. El S_1 es el "Tú eres eso" al que el niño responde "Yo soy eso".

Lacan ejemplifica esta elección en "la bolsa o la vida", donde se producirá una pérdida. Si se elige la bolsa pierde ambas, y si elige la vida pierde la bolsa y se queda con una vida cercenada. Esta es la elección forzada, la del vel alienante, ya que cualquiera sea la opción elegida, el efecto de pérdida es constitutivo. A esta elección se enfrenta el niño, quién tendrá que elegir la vida y perderá la bolsa de todas formas. Esto implica un no-todo, un no hay satisfacción plena.



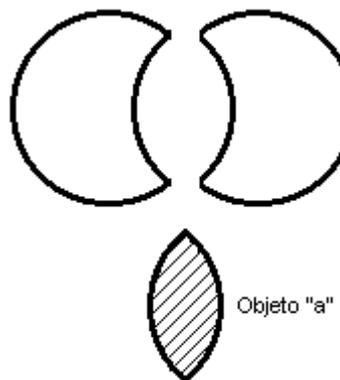
El sin-sentido, es donde se sitúa el inconsciente, en la intersección entre el campo del sujeto (el ser) y el campo del Otro (el sentido), donde el punto común es el S_1 . En esa intersección o producto, lugar de la hiancia, se basa la segunda operación lógica: la **separación**.

La operación de la separación permite al sujeto salir de la vacilación del ser característica de la alienación, *“liberarse del efecto afanisiaco del significante binario”*.⁵²

La separación es el momento lógico en el que el sujeto se separa del objeto “a”. Con la emergencia del objeto “a”, el sujeto se desliga del sentido, del S_2 afanisiaco, y se introduce en el sin-sentido, que le permite recuperar ese S_1 original que había quedado oculto por el S_2 .

Con la separación, el S_2 cae bajo la barra, es el representante de la representación que se reprime. De esta manera, el sujeto del inconsciente está dividido, está en un lugar indeterminado, bajo el significante que desarrolla sus encadenamientos y su historia.

Se trata ahora del intervalo entre el S_1 y el S_2 , que alude al efecto de pérdida, que como efecto de la separación, implica la sustracción del objeto “a”.



“El sujeto encuentra una falta en el Otro, en la propia intimación que ejerce sobre él el Otro con su discurso. En los intervalos del discurso del Otro surge en la

⁵² Op. cit., p.227.

experiencia del niño algo que se puede detectar en ellos radicalmente -Me dice eso, pero ¿qué quiere?”.⁵³

La separación, no concierne al discurso del Otro, sino al deseo del Otro. En el intervalo entre los dos significantes, emerge y se desliza el deseo, donde se halla la metonimia. Ese intervalo, es el que hace que más allá de lo que el otro diga, se esboce la pregunta acerca de qué desea. El deseo aparece, en tanto el niño encuentra la falta del Otro, en su discurso, y la falta se presenta como pregunta: ¿qué me quiere el Otro?, que es una pregunta por el deseo del Otro.

El sujeto, dice Lacan, aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja de su discurso, y los cuantiosos porqué del niño, en realidad remiten a algo más profundo que el saber sobre las cosas, apuntan al enigma del deseo del adulto.

Este Otro es el primer Otro, encarnado generalmente en la madre, y la pregunta es por el Deseo de la Madre, en la medida en que le es desconocido, ya que ha emergido un más allá de lo que surge como sentido. El deseo del sujeto se constituirá en ese punto de falta, en tanto se constituye con el deseo del Otro.

Las operaciones implican dos faltas en juego, la primera, la falta en el universo del lenguaje, donde el niño que nace tiene su lugar; la segunda, remite a su propia falta, bajo la forma de la falta que produciría en el Otro por su pérdida. Es una falta que se recubre con otra falta.

Ante la falta del Otro, el niño regresa del sentido y responde con su propia falta antecedente, con su desaparición, que se superpone con la falta percibida en el Otro.

Para responder a esa falta, el sujeto se posiciona como objeto. Se propone primero él mismo, con su propia pérdida, como objeto al deseo parental. Con la pregunta “¿puedes perderme?”, pone a prueba la existencia del Otro, y la hace surgir en su tachadura, como deseante.

Alguien puede devenir objeto, ocupar el lugar del objeto que es causa del deseo del Otro, sólo en la medida en que el Otro lo perdió. Alguien se constituye como objeto “a”, en tanto ha sido perdido.

⁵³ Op. cit., p.222.

En la separación, la caída del objeto "a", le permite al sujeto ubicarse como objeto causa del deseo del Otro, se hace equivalente al objeto "a", es la identificación con la falta que habita en el Otro, en tanto el Otro también está barrado.

Con la separación, la pregunta en juego sería qué estatuto del "a" se encarnará en relación con el deseo del Otro. Porque el niño nace en el lugar de objeto "a", es el primer lugar del niño, que alimenta la causa del deseo de la madre. Pero, debe advenir como sujeto barrado, debe producirse en él la emergencia del objeto "a", por medio de la separación, donde surge allí la pregunta por la falta en el Otro.

El sujeto puede dar diferentes respuestas frente al deseo del Otro, siendo que la pregunta es por el deseo como deseo del Otro. Lo que se puede señalar aquí, en cuanto a estas respuestas, es el lugar del niño en posición de objeto, donde esta posición del objeto "a" puede cobrar diferentes estatutos, como se podrá observar más adelante al abordar las respuestas del niño frente al deseo del Otro.

2.2.2.2 El deseo del Otro

Un sujeto debe su existencia al deseo del Otro, porque ese deseo ha llevado a la posibilidad de engendrar y de dar vida. El deseo en el sujeto, en el niño, se constituye a partir del deseo del Otro, lo que corresponde a la definición de Lacan acerca del deseo: ***"El deseo en el hombre es el deseo del Otro"***.⁵⁴

Se observó que para el niño, más allá de lo que el Otro dice, de lo que puede articular en su discurso, aparecerá lo que el Otro desea. El sujeto es dividido por el significante, y esta división no es exacta, deja un resto: lugar del objeto "a". La caída de dicho objeto, transforma al Otro sin barrar en un Otro barrado, porque cae del lugar de la falta en el Otro. Este lugar de la falta en el Otro, lugar del "a", corresponde al lugar del deseo del Otro. No sólo resto del sujeto, es un resto que viene del Otro, que está entre el sujeto y el Otro. Es el objeto "a" en su articulación con el deseo. El "a" es

⁵⁴ Op. cit., p.243.

algo que cae y no se sabe a quién pertenece, si al Otro o al sujeto. Pero el Otro así aparece con una falta, y en tanto al Otro algo le falta, entonces desea, la barra cae también sobre él.

Ante la falta del Otro, el sujeto responde con su propia falta, juega con su propia pérdida, identificándose al lugar del objeto "a", para saber si es causa del deseo del Otro.

"...alguien puede devenir objeto, ocupar el lugar de lo que causa el deseo del Otro, sólo una vez que el Otro lo perdió. No podemos ser causa de nada sin haber sido perdidos, porque nos constituimos como objeto a en tanto hemos sido perdidos".⁵⁵

Sólo en la pérdida se constituye el objeto en relación con el deseo. Este objeto es el lugar desde el que se desea causar el deseo del Otro. El sujeto se identifica con ese objeto, en tanto que el Otro barrado, ese Otro deseado como deseante, desea ese objeto. La identificación con el objeto "a", con el lugar de la causa, es la identificación al agujero en el Otro, al vacío; no es una identificación con el rasgo significante.

La posición de objeto de goce que el niño puede tener para la madre tiende a obturar la falta en la que habita el deseo. Cuando la madre pierde al niño como objeto de su goce, con ese corte, el niño puede ser situado en el lugar de la falta en el Otro. Al Otro tiene que faltarle algo, para poder ser causa de su deseo.

El sujeto sólo puede desear y sostenerse como deseante, a partir de ese lugar que tuvo en esa estructura que se llama deseo del Otro. Lo que se desea es causar deseo, no se trata de poseer alguna cosa.

Si el deseo es el deseo del Otro, no sólo implica que se desea ser deseado por el Otro, sino que también ese deseo es del Otro, le pertenece al Otro:

"Porque el deseo como deseo del Otro implica una determinación absoluta del sujeto, es una determinación no relativa, está en relación con el Otro que me tocó en suerte, no hay Otros anónimos, hay Otros con nombre y apellido, pueden pertenecer incluso, a varias generaciones."⁵⁶

El deseo del niño, del sujeto, se constituirá en relación al deseo que es del Otro. Es un deseo particularizado, no anónimo, porque viene del Otro tal como se le ha

⁵⁵ RABINOVICH, Diana S., *La angustia y el deseo del Otro*, Editorial Manantial, 1995, p.59.

⁵⁶ *Ibíd*em, p.24.

presentado en su historia, tal como los padres, los abuelos, los otros significativos, le han ofrecido al niño el objeto "a", y han determinado una particular manera en el niño de relacionarse con la falta.

A partir de esto, es preciso señalar que en el curso de un análisis, al intentar conocer la posición subjetiva del niño, de un sujeto, no sólo se debe jerarquizar su posición por el lado del significante, de la estructura del discurso que lo aliena, sino que también hay que distinguir lo que hace a su causación, lo real, el objeto "a", es decir, cuál es su posición frente al enigma del deseo del Otro que lo confronta con la falta.

Aquello que al sujeto lo determina estrictamente, será su posición como objeto, como causa del deseo. El deseo es el deseo del Otro, en la medida en que esa mediación es ese lugar por el cual el Otro determina al sujeto como objeto. El sujeto debe volver a la fuente de su determinación como deseante de un deseo, a ese objeto que alguna vez fue para el Otro.

"Pues qué fui, qué soy, como objeto de deseo del Otro originario, es algo que este no sabe. El deseo del Otro es un punto primero de la estructura, porque ese deseo del Otro no sólo no sabe qué hacer con el sujeto como objeto, sino que tampoco que lo desea como objeto".⁵⁷

El deseo es inconsciente, no es de nada nombrable, no se puede decir, es deseo de desear. El deseo aparece como metonimia, nunca se sabe de qué, ni el Otro ni el sujeto lo sabe. La falta, el objeto "a", es lo que lo moviliza, tiene la función de causa de deseo, no es su finalidad. Ese real, el objeto "a", en tanto que causa, sostiene el deseo y divide al sujeto del inconsciente.

Por eso el niño aparece primero en el lugar de lo que causa el deseo del Otro, en el lugar del "a", no siendo el niño por sí mismo, o lo que se le pide, lo que el Otro desea.

"El deseo del Otro, tomemos el ejemplo más tradicional en psicoanálisis, el de una madre por su hijo, el deseo del Otro no es lo que el Otro pide, no es cómo se educa al sujeto. Dar de comer no quiere decir nada, porque el 'dar de comer' puede ser un dar a ver; dar de comer puede ser ordenar o puede ser dar mierda, cualquiera

⁵⁷ *Ibidem*, p.34.

de los objetos puede entrometerse en la función de dar de comer, nada asegura que lo que está en juego sea el objeto oral. Aquí se produce la confusión a la que aludí al principio, entre lo que piden los padres, y lo que los padres desean.”⁵⁸

Es preciso aclarar aquí la diferencia entre la demanda del Otro y el deseo del Otro, para no llegar a esa confusión entre lo que el Otro pide y lo que el Otro desea. Eso que puede ser dicho, pedido, que tiene la forma de la articulación significativa en una cadena, es la demanda. Es demanda del Otro, porque viene determinada por el paso del sujeto por el lugar del Otro del significante. La demanda se formula a partir del Otro, es el Otro quien significa el pedido del sujeto y lo transforma. Por eso en la formulación de su demanda, el sujeto tiene en cuenta el sistema de significantes del Otro, lo que el Otro le pidió. Pero la demanda nunca es satisfecha, dado que siempre deja un resto sin colmar: del lado de lo biológico no sacia la necesidad, y del lado del significante nunca satisface ese resto que retorna de la necesidad perdida, el deseo. En ese lugar donde la demanda algo no satisface, es el lugar específico donde se generan el deseo y el objeto como causa.

Entonces, un sujeto puede decir, puede poner en palabras aquello que se le pidió, o qué se le pidió a medias. Pero nunca puede relatar cómo se lo deseó o qué se deseó de él. Eso es lo que se dice sin decir, es lo articulado no articulable. El deseo es lo que queda capturado y reorganizado por el sistema significativo, en la medida en que allí hay una falta, porque no todo puede ser dicho a nivel de la demanda. El deseo se sostiene en la estructura simbólica, se infiltra en la demanda, la cual lo mantiene en el nivel de circulación del significante. El deseo, es lo que puede ser aprehensible si está representado por lo que el sujeto dice, es atisbar cómo ha respondido al deseo del Otro, y eso corresponde a su lugar en la estructura. Por eso es muy importante tener en cuenta esta diferencia, para no confundir, en la historia del sujeto, la demanda de los Otros históricos, con el lugar del deseo en la historia.

El Otro completo de la demanda, no deseante, ese primer Otro simbólico encarnado en la madre, devendrá inconsistente, porque no tiene todas las respuestas y no se satisface, porque en él habita una falta idéntica a su deseo. Ante la emergencia de la falta en el Otro, sometido también a la castración, si el niño da cuenta de que él no es el objeto que el Otro desea, aparece la pregunta: entonces,

⁵⁸ *Ibidem*, p.34.

¿qué desea el Otro? Quien habita primero el lugar del Otro es generalmente la madre, que es el Otro primordial para el niño. Por eso, la primera forma en que se presentará el deseo del Otro, es en relación al Deseo de la Madre: ¿qué me quiere?

En el grafo del deseo, cuya construcción Lacan presenta en los Escritos II, permite localizar las diferentes respuestas que el sujeto formula frente la pregunta por el deseo del Otro.

La línea derecha en el grafo es la de la pregunta, y la izquierda es la de las respuestas, que son: el significante del Otro barrado, $\bar{S}(A)$, el fantasma, $(\bar{S} \langle a \rangle)$, el significado del Otro $s(A)$, lugar del síntoma, el yo $i(a)$, y el significante del Ideal. Pero, todas ellas entrañan una forma peculiar de desconocimiento de la castración del Otro, son formas de no querer saber acerca del deseo del Otro.

El $\bar{S}(A)$, el significante de la falta en el Otro, es la verdadera respuesta, la respuesta insoportable a la pregunta de qué me quiere, que introduce la castración del Otro, la castración de la madre, en tanto que deseante. La castración deviene la aparición del Otro como deseante. Este deseo, tal como aparece en la metáfora paterna, será sometido a una ley y encontrará su respuesta.

En el grafo, el A es el “lugar del tesoro del significante”, es el lugar del Otro: *“El Otro como sede previa del puro sujeto del significante ocupa allí la posición maestra, incluso antes de venir allí a la existencia (...) es por él como el sujeto se constituye, por lo cual es del Otro de quien el sujeto recibe incluso el mensaje que emite”*⁵⁹. Si el niño, presenta un síntoma como respuesta, que se localiza a nivel del $s(A)$, **esta respuesta viene determinada por el Otro**, es el Otro quien predice y significa al sujeto, y el sujeto sólo responde.

La pregunta por el deseo del Otro, el ¿qué me quiere?, implica la salida del circuito imaginario, que corresponde a la parte inferior del grafo, y la entrada del intervalo que lleva al segundo piso, donde se ubica el discurso del inconsciente, discurso del Otro. Este punto de interrogación que abre el deseo del Otro, conduce al sujeto al camino de su propio deseo.

⁵⁹ LACAN, Jacques, *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*, Escritos II, Siglo veintiuno editores, p.786.

El niño aparece así enfrentado a la cuestión de cómo responder, de qué lugar ocupar, para devenir objeto que cause el deseo del Otro, en relación a la manera en que también el Otro le propone un lugar.

Frente a lo que interroga del lado de la falta en el Otro, el niño se ubica del lado de formular una respuesta, y lo hará en forma particular de acuerdo a cómo se haya presentado en su historia el deseo del Otro. Si los padres ocupan el lugar del Otro y la pregunta es por su deseo, porque el deseo es del Otro, se entiende que habrá que ir a ver cómo los padres se han posicionado frente al deseo, cómo se han ubicado frente a la castración, cómo se las han arreglado ellos con ese lugar de la falta en el Otro, y esto tendrá que ver con el lugar particular en que han alojado al niño en su deseo. Porque el niño responderá por esa falla particular que habita en el Otro que le tocó en suerte, y no a cualquier falla. Así la respuesta del niño viene determinada por el Otro de su propia historia personal, y es a partir de la falta en el Otro que el sujeto se posiciona como deseante, en la medida en que su deseo es deseo del Otro.

De lado del niño, se tendrá que dilucidar qué hace con eso que se le propone, cómo responde él ante ese deseo, cómo se las arregla con la falta, con la castración.

Más adelante en este trabajo, se abordarán los diferentes niveles de respuestas que puede formular un niño frente al enigma del deseo del Otro, tal como lo trabaja Lacan en la carta a Jenny Aubry.

2.2.3 La constelación familiar

Se puede entender a la familia como la encarnación histórica en el lugar del Otro, como sede del discurso por el cual se produce un sujeto. Esto hace necesario abordar el concepto de familia desde el psicoanálisis, porque se entiende que cuando un sujeto habla en análisis se remite a su constelación familiar, a sus relaciones más próximas, a su novela familiar, cuyo armado es efecto de un discurso que viene del Otro y que tiene que ver con lo que causa su padecer.

En 1938 Lacan presentó un texto titulado “La familia”, donde trabaja en contra de aquello que la ideología contemporánea establece como familia para los países del

capitalismo occidental: la familia conyugal, cuya definición dice “*padre, madre e hijos biológicos menores y solteros*”. Entonces, cuando se habla de familia se tiende a pensar que son las personas de carne y hueso con la misma sangre y material genético de aquella que se ha recortado como paciente. Esta idea se puede ver cuestionada en la experiencia clínica, cuando al decirle a un niño: “*dibújame a tu familia*”, lo que ocurre es que empieza a dibujar a los abuelos, al perro, al tío Carlos, a la niñera, y esto dice algo de la cuestión.

En el mencionado artículo de Lacan, comienza diciendo que respecto de la familia, ni siquiera para los animales se puede decir, que una familia corresponda con la familia biológica. En los animales hay fenómenos con respecto a eso, especies cruzadas que se adoptan mutuamente, mismas especies que se comen a sus crías.

*“La especie humana se caracteriza por un desarrollo singular de las relaciones sociales que sostienen capacidades excepcionales de comunicación mental y, (...), son posibles comportamientos adaptativos de una variedad infinita. Al depender de su comunicación, la conservación y el progreso de estos comportamientos adaptativos son, fundamentalmente, una obra colectiva y constituyen la cultura...”*⁶⁰

Está diciendo que el reino de la cultura se sobrepone al reino de la naturaleza, por el desarrollo de las relaciones sociales, de manera que la familia es consecuencia del lenguaje que circula. Se puede ver a lo largo de la historia, que la familia ha tenido muy diversas variedades, según los ideales de la época.

Lacan afirma que “*la familia humana es una institución (...) y no tiene nada que ver con los intentos filosóficos que se proponen reducir la familia humana a un hecho biológico o a un elemento teórico de la sociedad*”.⁶¹ La familia humana no es un hecho biológico, y es importante rescatar esta idea, porque muchos de los problemas que se pueden presentar en la consulta vendrían planteados al revés, por lado de: “¿qué quiere que haga si yo no soy el padre, si el padre no le pone límites? yo que soy el marido de la madre ¿por qué se los tendría que poner?”. Se ve allí que vacila la noción de padre, porque por “padre” se entiende ahí “padre biológico”, y ese no es el concepto en psicoanálisis.

⁶⁰ LACAN, Jaques, *La familia* (1938), Editorial Argonauta, Buenos Aires, 1978, p.14.

⁶¹ *Ibidem*, p.15-16.

Lacan dice que la familia *“instaura una continuidad psíquica entre las generaciones cuya causalidad es de orden mental.”*⁶² Un sujeto sigue dependiente de las generaciones anteriores, y eso se observa cuando se lo pone a hablar. Porque hay cuestiones que siguen estando después de mucho tiempo, y ¿dónde está escrito eso, cómo se lo puede saber?

Eso se puede responder si se trabaja con una noción de inconsciente que, como Lacan dice en “Función y campo...”: es transindividual, porque eso ¿dónde podría estar sino en el inconsciente? La familia es cosa del inconsciente, es a lo que se llama la novela familiar, y en tanto tal tiene estructura significativa.

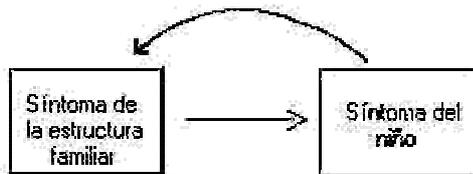
Existe una transmisión transgeneracional, algo que se que se transmite a través de muchas generaciones de familia, el asunto es que cada uno responde a eso de manera diferente, y el niño tendrá un nivel de respuesta posible.

Lo que se propone es pensar la familia como a distancia de lo que es la familia biológica. Cualquier otro significativo puede encarnar el lugar del Otro, de la prehistoria, no se puede reducir el discurso del Otro sólo a lo que viene de los padres, porque además ese discurso abarca a la familia en un sentido más extenso. Es preciso trabajar con una noción de familia extendida (más extendida que la familia conyugal biológica), porque así se puede acceder con mayor facilidad a pensar en términos de funciones y de relaciones de parentesco de valor netamente simbólico.

En las “Dos notas sobre el niño” se lee que el síntoma del niño responde a lo que hay de sintomático en la estructura familiar. Aquí se puede ver algo de esa continuidad psíquica entre las generaciones.

Se puede encontrar un desarrollo interesante sobre este tema en el seminario “El sufrimiento de los niños, según Lacan” dictado por Pablo Peusner, donde propone esquemas sencillos que se tomarán para explicar esto.

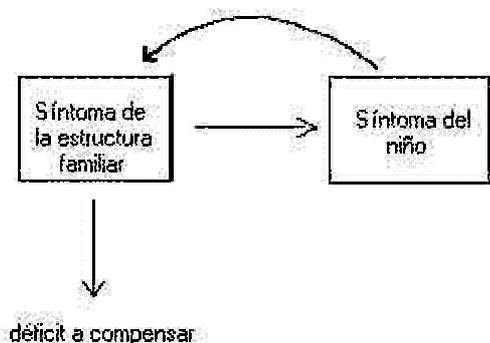
⁶² *Ibidem*, p.16-17



En ese esquema, el síntoma de la estructura familiar interroga y el síntoma del niño responde. Respecto de lo "sintomático" de la estructura familiar, se puede recurrir aquí a una manera específica de establecer esta sintomatología de la estructura familiar, que se encuentra en Freud, en "Introducción al narcisismo". Allí, él propone que hay algo del orden de la pérdida del narcisismo que los padres recuperan por la vía del hijo. Freud evalúa la actitud que tienen los padres tiernos hacia sus hijos, y dice que se considera como un resarcimiento de cierta diferencia, de cierto déficit en la posición del sujeto en el narcisismo, que se recupera por la vía de los hijos.

Lacan, en el Seminario IX, afirma que en el fondo el deseo de un hijo es que ese hijo no sea como uno, sino que sea la maldición de uno sobre el mundo. Con lo cuál retoma la misma idea: que todo lo que el mundo me perjudicó a mí, me sea resarcido por la vía de mi hijo. Aparece cierto estado de déficit simbólico a compensar por la vía del hijo.

Ambas citas apuntarían a establecer a lo mismo, que en la estructura de las familias, hay diferencias que tratan de ser compensadas, de alguna manera, mediante los niños. Esto permitiría de alguna manera incluir en el gráfico: "déficit a compensar".



La estructura familiar es no toda, ya que se trata de una estructura signifiante, y presenta así una falta, que remite a un malentendido fundamental en la familia.

Aquello que Lacan llama "síntoma de la estructura familiar", refiere al discurso inconsistente del Otro, que es la falta en el Otro. El síntoma del niño está interrogado, por algo que lo preexiste en carácter deficitario, y tiene por función certificar, completar, la estructura anterior.

Por esto se entiende, que cuando en el análisis de un niño se empieza a modificar el síntoma, se mueve toda la estructura familiar, y los padres pueden llevarse al niño del tratamiento. Esto ocurre porque el niño sostiene con su valor de goce para alguno de sus progenitores, la estructura familiar, homeostáticamente.

En el "El mito individual del neurótico", Lacan habla de la constelación familiar y trabaja un caso de Freud, "El hombre de las ratas":

"La constelación -¿por qué no?, en el sentido en que hablan de ella los astrónomos?-, la constelación original que presidió el nacimiento del sujeto, su destino, y diría casi su prehistoria, a saber las relaciones familiares fundamentales que estructuraron la unión de sus padres, resulta tener una relación muy precisa y quizás definible a través de una fórmula de transformación con lo que aparece como más contingente, más fantástico, más paradójicamente mórbido en su caso..."⁶³

Una constelación, en francés, es "un conjunto de cosas abstractas ligadas entre ellas". Lo que Lacan trabaja es cuál es la constelación que precede al nacimiento del sujeto. Antes que el hombre de las ratas naciera, hubo una constelación, una prehistoria; la prehistoria es antes que comience la historia y la historia de una persona comienza con su nacimiento.

En el caso del hombre de las ratas, Lacan dice que todo eso que estaba en la constelación familiar, desde antes que naciera, tiene una relación con lo sintomático del caso.

Respecto de cierto estatuto de la "constelación", en el Seminario I, dice hay que concebirla como ya estructurada y ordenada, pero no está leída, hay que leerla. Que esté estructurada quiere decir que hay una verdad. La verdad no se dice toda, pero hay para la constelación una verdad.

⁶³ LACAN, Jacques, *El mito individual del neurótico*, Intervenciones y textos 1, Editorial Manantial, Buenos Aires. p.42-43.

En el caso del "Hombre de las ratas" había una verdad: su padre se jugó el dinero del regimiento, le dieron la baja del ejército por eso, le pidió prestado a un amigo para pagar su delito, nunca devolvió el dinero a su amigo y, finalmente, se casó con una mujer rica que no amaba dejando a un lado sus sentimientos por otra que era pobre. Ésa fue la verdad. Pero debe ser leída.

En "Función y campo...", Lacan explica que, en el caso en cuestión, Freud llegó a su meta, o sea, logró hacerle recuperar a su analizante la deuda simbólica del padre. Primero, se entiende que esa falta es del Otro. Y segundo, remite a la falta del padre, que fue contraída "antes" que el paciente viniera al mundo. La "constelación" determina, y el sujeto responde.

Aquí se puede ver la articulación entre el síntoma y la historia de un sujeto, la constelación familiar, donde hay algo de esa historia que el sujeto repite, ignorándola.

Con esto, se trata del significante, lo simbólico, que se debe enfrentar, atendiendo en el relato a esas palabras que han hecho marca en el sujeto, aunque él no sepa de eso. Porque se trata de las palabras que le transmitieron al sujeto, si él colmó la esperanza que había sido depositada previamente sobre él. El problema, el impacto sobre un sujeto humano hablante, no es producido por el hecho de que le saquen o le den la teta, sino que está en el modo por el que las palabras trabajaron sobre él.

2.2.4. La Madre como encarnación en el lugar del Otro

"Que el Padre pueda ser considerado como el representante original de esa autoridad de la Ley, es algo que exige especificar bajo qué modo privilegiado de presencia se sostiene más allá del sujeto que se ve arrastrado a ocupar realmente el lugar del Otro, a saber de la Madre."

Jaques Lacan.

(Escritos II)

La Madre es el sujeto que es llevado a ocupar realmente el lugar del Otro (A). El Otro, es el lugar del lenguaje, del orden simbólico. A quien encarna el lugar del Otro se llama Madre. La Madre es un otro semejante que ocupa el lugar del Otro, por cuya mediación de palabra el ser humano podrá constituirse como sujeto.

La madre se trata de otro sujeto hablante, no importa su sexo, si es hombre o es mujer. La designación de Madre (al igual que la de Padre) es absolutamente no sexuada. Padre y Madre no se distinguen por el falo, o sea, no tiene nada que ver con que sea hombre o mujer.

Tampoco la biología determina el lugar de la Madre, por lo que tampoco importa que sea la madre y el padre biológicos. Persona y función pueden coincidir, pero no necesariamente. Desde este punto de vista, se explica que no existe el instinto materno en el ser humano, porque al estar atravesados por el significante la naturalidad se pierde en el sujeto humano hablante.

Es en función de la prematuración del niño que alguien adviene a ese lugar del Otro (A), porque será el encargado de sostener, cuidar, proteger, criar al niño, y por esta vía hará posible la introducción del lenguaje. A este lugar de la Madre se la llama el "Otro primordial", porque es el primer Otro simbólico con el que el niño se relaciona, ya que aquello que provenga del niño será significado por la madre como Otro. La madre que transmite el significante.

Lo que ocurre es que, aunque pueda ser cualquiera, un hombre o una institución el que ocupe ese lugar, es más fácil que lo haga una mujer, así como es más fácil que un hombre sea obsesivo o que una mujer sea histérica. Pero no porque sea mujer, va a ocupar ese lugar. Hay que ver quién encarna realmente al A para cada sujeto.

En las historias de los analizantes, será posible entonces ubicar en el discurso quién ocupó realmente el lugar del A, pudo haber sido la madre, la tía, la abuela, pudo haber sido el padre.

Lo que importa es que sea un sujeto, real, de carne y hueso, tridimensional, que ocupe el lugar del A para un niño. Lacan afirma que el lugar del A se ocupa "realmente", o sea, debe haber alguien allí porque si no hay nadie se produce aquello que revelaron los estudios de René Spitz, marasmo y hospitalismo. El hospitalismo,

designa las perturbaciones somáticas y psíquicas provocadas en los niños durante los primeros meses de vida, por la permanencia prolongada en una institución hospitalaria, donde se encuentran privados de la madre. Allí los cuidados le serían suministrados en forma anónima, siendo que el caso más grave observado a causa de esto es el marasmo y la muerte.

Entonces, no importa de quién se trate, hace falta al menos un cuerpo humano, que realmente ocupe el lugar del Otro. Se trata de que desde su particularidad, alguien tome al niño como “carne de mi carne”, y tiene que ser tomado así, porque ese abrochamiento inicial es condición de vida. Este es un hecho estructural y primero, porque parece, tal como lo demostró Spitz, que los niños se mueren si no se los toma así. Ubicarse realmente como el A del niño, con la carne y el hueso: eso es función materna, eso es Madre. No basta con cuidar y satisfacer las necesidades del niño, hay que figurar la encarnadura de ese lugar, ocuparlo realmente. Es importante decir, “encarna”, porque se trata de la carne, de alguien real, de alimentar al niño de signos, lo que implica transformar su grito en llamado, decir, hablar, esperar, desear al niño. Si el Otro puede abrirle un espacio, darle un lugar en el mundo, para que él pueda alojarse allí y tener un lugar en el deseo del Otro, eso es lo que le permitirá el enganche a la vida, humanizarse. Esto que es hablado al niño desde el Otro, es lo que constituirá su inconsciente, por eso dirá Lacan que es el discurso *del Otro*.

Entonces, que Madre es “el otro real que encarna el lugar del A”, quiere decir, que los personajes mamá y papá, en tanto ellos críen al niño, van al lugar de la Madre. No importa la diferencia sexual, la diferencia es si van o no a encarnar el lugar del Otro real, y si es así, efectivamente madre y padre encarnan el lugar del A.

Se llama Madre a la encarnadura del Gran Otro, porque la primera lengua que un sujeto aprende, antes de la escritura, es llamada la lengua materna, sería el castellano, el que se aprende aquí. Pero la lengua no es de la mamá. Quien transmite la lengua materna al niño es la madre y el padre, o cualquier otro sustituto encargado del niño. Como se llama a la lengua materna mamá, entonces se designa a los sujetos que ocupan el lugar del A: Madre, pero no tiene que ser mujer y menos haber parido, sino no podría haber madres adoptantes.

Se concibe al Otro como un lugar, lugar del tesoro de los significantes. Pero, si bien el otro semejante encarna el lugar del Otro, este lugar no es idéntico al orden simbólico en sí, no es el Otro todo, no puede decirse todo. Pero en el niño se genera esta confusión, que por este movimiento primero se produce. La ilusión primera que se genera para el niño, es que aquél que encarna el lugar del A, por estar en ese lugar, es omnipotente, tiene el poder, el saber, las respuestas. Por ejemplo, si la madre escucha llorar al niño, y le dice “Ahí voy y te llevo la mamadera”, y al cabo de unos minutos aparece con la mamadera, el niño le va a suponer a ella, o a él, no importa, el poder de presagiar el futuro, poder que recae sobre el sujeto que realmente ocupa el lugar del A. Por eso hay omnipotencia del A, amor, porque se desplaza el poder de las palabras a aquél que encarna el lugar de las palabras. Esto ocurre porque el chico ve salir las palabras del cuerpo del otro y supone que están allí todas y con la potencia de producir todo. Se confunde así el cuerpo del Otro, con el cuerpo de la madre. La omnipotencia es del Otro y la posición del sujeto deriva de su creencia en la omnipotencia del Otro. Porque no es que la madre realmente tenga este poder y sepa todo sobre el hijo, se sabe que este lugar es difícil para ella.

Pero el niño no puede saber *per se*, que el orden simbólico en sí no es idéntico al A como encarnadura. Porque el niño ve que la madre, el padre, la abuela, dicen, y cree que las cosas suceden porque ellos lo dicen. Pero es una ilusión, creer se trata del poder del A, porque no es “porque lo digo yo”.

Esta ilusión del todo es un efecto que la estructura misma del significante, del orden simbólico, tiende a crear. Lo que ocurre, es que en nuestro mundo no hay otra forma de crianza que ésta de poner a alguien en el lugar del Otro. Eso explica esa ilusión inexorable, que es confundir el lugar del Otro, el orden simbólico, con quien encarna ese lugar, el poder de ese que está en el Otro.

Se sabe que en realidad esa estructura del lenguaje conlleva una falta, todo no puede decirse. El A sin tachar, el Otro completo, la madre toda, no existe. Pero de esto el niño no puede dar cuenta por sí solo, esta distinción fundamental va a ser posibilitada por la operatoria del Padre que viene a separar, viene a decir que no es por ella que las cosas pasan, y ahí podrá emerger la falta en el Otro.

Los padres que encarnan el A, deben ser distinguidos de un lugar puramente simbólico, la eficacia del símbolo tiene que estar limitadamente adscripta a ellos.

Porque la autoridad que tienen padre y madre les viene de una función del lenguaje que es depositada en ellos.

Los que ocupan realmente el lugar del Otro, la mamá y el papá, o la abuela o quien tuvo a cargo al niño, esos son los personajes de la familia que constituyen el escenario del Edipo, que no podemos concebirlo como que alguien se quiera acostar con alguien. En la clínica psicoanalítica: se atenderá a cómo papá y mamá (o cualquier otro personaje significativo) se posicionaron cada uno representando al A en función del deseo y la demanda, para determinar la posición subjetiva de un sujeto en análisis.

2.2.4 El Padre como el representante original de la autoridad de la ley

Para explicar el concepto de Padre, se parte de que no designa el papá real de ningún sujeto, eso es el papá del niño, el hombre de la casa.

Si se sostiene que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, la función Paterna es derivada del lenguaje, es una función del lenguaje, y hay que introducirla caso por caso. Por eso, Lacan elabora la función Paterna mediante el concepto de Nombre-del-Padre (NP), que es un significante. Lacan extrae este significante de la cultura. El Nombre-del-Padre se concibió en el origen de cada cultura como siendo **el representante original de la autoridad de la ley**. Todas las lenguas comparten la forma de designar los vínculos de parentesco. Cuando adviene el NP como designación, la estructura de la familia no es la misma que la nuestra, la sociedad patriarcal, que quiere decir, que el linaje se arma a partir de una tradición vía los hombres. El NP es una metáfora para nuestra cultura, no se lo puede confundir con el papá de alguien, porque el NP era lo que regía en las sociedades donde había la comunidad fraterna, la fraternía, que no tenía nada que ver con el padre de alguien.

La confusión se produce porque en nuestra cultura ya no se trata de fraternías, donde el NP proviene de armar el grupo donde están las prescripciones y procripciones matrimoniales, y no proviene de la familia nuclear de la sociedad actual. Con la familia nuclear se confunde el Padre con el papá como el hombre de la familia,

que son dos designaciones diferentes, y que para nosotros designan lo mismo, porque además se recibe el apellido por vía paterna. Esto no es a lo que se designa en el orden simbólico con “Pater” en las sociedades regidas por el NP. Lacan no toma esta designación de la cultura moderna, porque introduce que para Padre no hace falta una presencia real. Es una función que no es de ninguna persona.

Se observará que la función paterna es fundamentalmente distinguir, en el sentido de separar, la madre de carne y hueso del Otro. La pregunta es bajo qué modo de presencia se sostiene el representante original de la autoridad de la ley más allá del que es llevado a ocupar realmente el lugar del Otro, a saber la Madre. Allí no dice que el Padre es el representante de un sujeto, ni que se trata de un sujeto, de alguien real, y tampoco que tiene que ver con que sea hombre o mujer.

Lo que hay que especificar, para cada caso, también en el caso de un niño, es si el representante original de la autoridad de la ley se localizó sí o no más allá de la Madre. La metáfora paterna explica cómo: el NP debe sustituirse. Esto dará el modo en que se posicionó más allá del sujeto que realmente ocupó el lugar del Otro.

Para comprender este concepto de Padre que da Lacan en “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, se analizará cada uno de los términos que componen la definición: “representante original”, “autoridad” y “ley”.

El término de **autoridad**, no sólo aparece en “Subversión...”, la función de autoridad del Padre también se encuentra en “De una cuestión preliminar...” donde dice: *“Pero sobre lo que queremos insistir es sobre el hecho de que no es sólo de la manera en que la madre se aviene a la persona del padre de lo que convendría ocuparse, sino el caso que hace de su palabra, digamos el término, de su autoridad, dicho de otra manera, del lugar que ella reserva al NP en la promoción de la ley”*.⁶⁴ Se entiende que no se trata del caso que la madre haga de la persona del padre, ni siquiera tanto directamente de su palabra, sino de la autoridad que esa palabra tiene.

En “Subversión...” Lacan dice a qué se refiere con autoridad: *“Lo dicho primero decreta, legisla, ‘aforiza’, es oráculo, confiere al otro real su oscura autoridad.”*⁶⁵

⁶⁴ LACAN, Jacques, *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, Escritos I, Siglo veintiuno editores, p.264.

⁶⁵ Op. cit., p.787.

Esto quiere decir que la autoridad proviene del dicho, y no de ninguna función realizada por ninguna persona. Lacan propone que la autoridad que recibe el Otro real proviene del dicho. Lo dicho primero decreta, legisla, da fueros. El sistema legal otorga distintas posiciones dentro del sistema legal, o sea aforizan, confieren al Otro real, la Madre, su oscura autoridad.

Se observó que está el dicho, eso que la madre dice y hace, con lo que ese dicho tiene un poder, el de presagiar el futuro, y que efectivamente la realidad se comporte en función del presagio del dicho. La ilusión primera del niño es creer que el poder de presagiar que tiene el dicho corresponde realmente a la persona que ocupa el lugar del Otro. O sea que la potencia que tiene el dicho es desplazada a aquél o aquella.

Entonces, es “lo dicho primero” lo que provee autoridad, y a eso se lo llamará Padre. Es decir, la autoridad no es propia de la persona, de la mamá o el papá, sino que es la autoridad del dicho.

El padre es el representante de la autoridad del dicho, lo que implica salir de la órbita de la ilusión de la autoridad propia. Esta es la separación que introduce la operatoria paterna, entre el Otro, el dicho primero, y el otro real a quien no le pertenece esa autoridad del dicho.

Entonces, para Padre no hace falta una presencia real. Es una función que no es de ninguna persona, es la autoridad de lo dicho, y lo que determina la operatoria o no del NP es cómo se posicionaron los representantes del Otro para determinado sujeto, en relación a la autoridad de lo dicho, si hacen lugar a la autoridad de lo dicho, o si dicen lo que se hace y eso vale porque ellos lo dijeron. Se trata del orden simbólico, y la legalidad que está en juego es de la autoridad de lo dicho.

Si se respeta la autoridad de lo dicho, la metáfora paterna habrá operado. Si hay función de autoridad establecida por fuera del representante del A, el poder que proviene del Otro aparece como originalmente limitado. Si no hay esa autoridad asignada al dicho, el amor será ilimitadamente a un Otro omnipotente, que nada vendrá a limitar después. Esto es original, o sea, antes del amor al Otro de la demanda, hay que establecer si la autoridad que recibe como poder el otro real quedó adscripta al dicho o quedó subsumida como un atributo del otro, ya que será a partir de eso el estilo de amor que se le tenga.

Si la autoridad proviene del dicho, no proviene de las personas que son vehículos de ese dicho. Lo que dicen papá y mamá, esos son decires, las marcas significantes que constituyen un sujeto. El dicho, no importa de dónde provenga, no es el dicho de alguien, es algo que adviene per sé, es más allá del contenido del dicho, y a veces ni siquiera hace falta que sea expresado en palabras.

Si se respeta la autoridad del dicho, se puede decir que operó el NP, pero no porque mamá y papá hayan hecho algo. Que alguno se posicione como dueño de la autoridad, eso es el legislador, porque la autoridad está adscripta al Otro. El representante del A absorbió toda la autoridad, no hay límite al dicho del A. Pero si la autoridad queda pegada al dicho, ya el A será no-todo. La eficacia es del símbolo, y sólo debe estar limitadamente adscripta al papá y la mamá.

Eidelshtein, en su seminario “El padre en psicoanálisis”, para definir autoridad remite a su significado en francés, porque bien supone que Lacan la tomó de allí, y tiene un significado algo distinto que en castellano. En francés, autoridad designa “el estado de una persona o cosa que se hace creer”, no que hace creer a otra cosa sino que se hace creer de sí. Es el estado de alguien que hace que por ese estado, se crea en ese alguien.

Autoridad proviene etimológicamente de “auctor” que significa “aumentador, creador, padre, abuelo, antepasado, fundador”. Se ve que autoridad ya designa en su base etimológica al padre, porque auctor es padre. Auctor proviene de “augeo” que significa “hacer crecer, aumentar, amplificar”, y no es solamente una palabra que da autoridad sino que también de él proviene la palabra “augur”, de augurar, que significaba en su origen el crecimiento asignado por los dioses a una empresa. Augur es ese procedimiento simbólico que va a dar o no prosperidad a una cosa. Autoridad, sería entonces, cómo las cosas advienen en la realidad por función de lo dicho. Se ve la función de la palabra al advenimiento de las cosas en la realidad.

El dicho primero es el augur; o sea, las cosas advienen en lo real a partir del augurio. Decirlo produce efectos, es la eficacia simbólica en relación a la autoridad, donde opera el NP.

Pero la operatoria paterna no habilita la autoridad, porque la autoridad es un atributo de lo dicho. La función del Padre sería evitar el obstáculo que en cada caso se

produce a la autoridad del dicho. Esto se explica así: si el orden simbólico está ordenado, la idea no es que hay que introducir la ley en cada caso, no es que el castellano falla para alguien, sino que en cada caso por estructura se obstaculiza la autoridad de lo dicho, porque no adviene el sujeto si alguien no va al lugar de la madre, del Otro. El otro real que encarna el A, hace obstáculo a la autoridad del dicho. La necesidad es distinguir entre el dicho primero que tiene la autoridad, que no es la madre. Para eso hace falta un tercer término, el Padre, el representante de la autoridad de lo dicho, que tiene que venir a decir: no es porque ella lo dice, sino que eso que hay que hacer es porque fue dicho. El Padre no introduce el orden simbólico, porque éste ya estaba, sino que el Padre introduce con su función una maniobra agregada que evita que no lo halla, evita que se confunda el orden simbólico con el dicho de la madre, de la persona que encarna ese lugar. Esta separación es la función paterna, la sustitución metafórica.

El Padre, es la función que permite haya el dicho primero. Está desde el origen mismo, de acuerdo a cómo se posiciona la Madre: si lo hace como que el poder sale de ella o que es la autoridad de lo dicho. No se puede ver operando al representante de la autoridad de la ley sino es en relación a quien encarna realmente el lugar del A.

Se llama Padre a lo que establece la diferencia, que no es el papá haciendo algo. Porque el papá es el que ayuda a criar, es el sustento, el “padre protector”.

El Padre como función del lenguaje, está más allá de todas las circunstancias particulares, porque esta definición lo deja más allá de cualquier problema, como por ejemplo casos de niños huérfanos.

El Padre como **representante**: significa estatuirlo como significante. Es función del significante el elevar cualquier cosa a la posición del significante y entonces implicar una cierta relación al significado.

El Padre funciona como un significante, es el Nombre-del-Padre. El NP no tiene presentación directa en la clínica. Porque decir que es un significante, como representante de esa función puede venir cualquier cosa, una institución, un conjunto de personas, un nombre. Todo eso puede funcionar como significante del NP, porque es una propiedad del significante que una pluralidad de cosas advenga a este lugar. Por eso se entiende que no es nada ni nadie en sí mismo. El NP aparece quitado de la persona papá y de las eventualidades de la convivencia con él en la casa.

Al designarlo como representante **original**, se refiere a que el NP opera en el momento cero de cada historia subjetiva. Lacan no le aplica ninguna idea de tiempos a la operatoria del NP, lo que se ve en la fórmula de la Metáfora Paterna, que es desde el origen.

En relación a lo que se entiende por **ley**, en esta definición de Padre, se parte de que los significantes están regidos por la ley de todo o nada, con lo cual un significante opera o un significante no opera, no puede operar a medias. La legalidad mínima que la lógica del significante requiere es todo o nada. Con lo cual el significante del Padre opera desde el origen sí o no.

El lenguaje está ordenado antes que todo sujeto, pero en cada subjetividad, el orden simbólico debe ser alterado por esa maniobra extra que es la operatoria del NP, porque agrega esa ley que no es una ley propia, pero se del orden simbólico. Esa ley, tomando a Lévi-Strauss, es la prohibición del incesto, que es la ley de la exogamia y el intercambio generalizado de las mujeres. Hay que prohibir algo: madre no.

Pero esa es una forma antropológica de pensarlo, sería el código cultural, social que nos vincula. Si se lo toma en términos estructurales, ¿cuál será el texto de la ley? Más allá de la interdicción del incesto, el esqueleto mismo de esta ley agregada, es lo que se designa como: no todo. Es la **ley del no todo**. Puede adquirir texto en “no todas las mujeres”, que es ya relleno que recibe la ley. Cada sujeto debe ser marcado en el origen por la ley del no todo, porque el orden simbólico no provee la ley del no todo, más bien provee la ilusión del todo, de poder decir todo. Hace falta introducir en el origen esa legalidad del no todo en cada caso.

El Padre es un significante, y la Madre es alguien. Lo que aquí debe inscribirse es la ley del no todo, y su texto, inscribiendo que no todo del orden simbólico (A) es encarnado por la madre (M).

La ley del no todo funcionaría así: hay esta función que se llama M, como en el esquema Rho, y la ley del Padre en esta lógica opera estableciendo que no todo M es A, hay un resto de A que no es M. Y es por esta vía que pueden entrar la maestra, los pares, o el analista, y puede haber transferencia. Porque si la madre es totalmente el Otro no hay lugar para nadie más. Esa ley del no todo se debe incluir caso por caso y la forma de cómo opera la ley del no todo en el sujeto humano hablante es lo que Lacan teoriza como la Metáfora Paterna, que da cuenta de la función de esa ley.

La ley nunca va a ser la legalidad del código, y si falla no se trata de que los presos tienen un problema con el padre. La ley que falla es la del orden simbólico, y donde se la ve funcionar es en la realidad. La ley del orden simbólico es la que organiza el orden de las cosas, y este orden es el que introduce la operatoria del NP.

El punto de partida es la función del A, del Otro, y si lleva o no la marca del no todo. Si lleva la marca del no todo, lo que el Otro quiere es deseo, y mejor encontrar el deseo en el Otro, aunque eso angustie. Eso significa la falta en el Otro, que es no todo, que así habilitará al niño a que su falta funcione como deseo, al encontrarse con el deseo del Otro. Si no opera la ley del no todo, lo que funciona como falta del lado del Otro, entonces el sujeto queda atrapado por proveerlo. Si no está inscripto el no todo, no es que al Otro no le falta, porque la falta es estructural, es que debe operar una ley agregada por la función del Padre que sanciona que el Otro es incompletable.

Con todo esto, lo que se obtiene es que la función del Nombre-del-Padre, que engloba el concepto de Padre, no tiene que ver con ninguno de los personajes mamá y papá, no es el papá del niño, sino no hubiese sido necesario concebirlo. El NP se trata de una forma de designar los vínculos entre los sujetos, introduce un orden, sin que ninguna persona de carne y hueso lo encarne. Si hay algo que encarna en relación al Otro, eso es la Madre. El NP no encarna, por eso no hay que entenderlo como que puede ser cualquier persona. Si el papá ocupa el lugar del NP, eso es el legislador, y el ejemplo es el padre de Schereber.

Por eso, es preciso concebir al padre en torno a que “es el representante de la autoridad de la ley”. Es decir, como quien representa en calidad significante, una operatoria de sustitución, maniobra que efectivamente debe producirse en el origen de la constitución subjetiva, porque así va a permitir la introducción de la ley del no todo en el orden simbólico, autenticando ese orden, y posibilitando así que la Madre sea no toda para el niño, revelando que no coincide totalmente con el orden simbólico, que hay falta y deseo en ella.

2.2.6 La Metáfora paterna

Teniendo en cuenta lo desarrollado en torno a lo que se entiende por Padre y Madre a partir de “Subversión...”, es preciso abordar la Metáfora paterna de Lacan, tal como la despliega en el Seminario V, y en “De una cuestión preliminar...”. Esto permitirá obtener mayor claridad sobre algunas cuestiones conceptuales, porque se tiende a mezclar y a confundir el complejo de Edipo de Freud con lo que propone Lacan con la Metáfora Paterna.

Con la Metáfora paterna, Lacan propone una fórmula que rompe con la estructura mítica del complejo de Edipo freudiano. La metáfora paterna, tal como se la encuentra en “De una cuestión...” tiene una estructura de fórmula algebraica, que puede entenderse como una oposición al sistema de la fábula del Edipo.

En Metáfora paterna, Lacan articula el complejo de Edipo freudiano de acuerdo a la lógica del significante, en términos de la estructura que supone la metáfora. Se podrán observar las diferencias entre lo que esa estructura designa y el complejo de Edipo. Lo que se intentará más adelante es dar una definición operacional del Edipo, cómo entenderlo, no a la manera de aquel mito que no se observa, sino de una forma que pueda ser utilizado en la clínica con niños, en relación al quehacer con los padres.

En el seminario V, al comenzar a hablar sobre la Metáfora paterna, Lacan dice que “conciene a la función del padre”. Por eso, intenta esclarecer allí qué es lo que interesa respecto al Padre, cómo está implicado en el complejo de Edipo. Lacan observa, que en torno al padre, los analistas han hablado de su carácter benéfico o maléfico, de lo perjudicial que puede ser el “exceso de presencia” del padre, del padre “demasiado amable”, o de “carencia paterna”.

“...hablar de su carencia en la familia no es hablar de su carencia en el complejo. En efecto, para hablar de su carencia en el complejo hay que introducir otra

dimensión distinta de la realista, definida por el modo caracterológico, biográfico u otro, de su presencia en la familia".⁶⁶

Lacan critica esta perspectiva, que llama el "punto de vista ambientalista", donde el interés se centra en la persona del padre, como un elemento concreto del entorno, el padre de carne y hueso. Explica que el padre puede existir incluso sin estar, ya que hay complejos de Edipo que se han desarrollado normalmente estando el niño sólo con su madre. Entonces se pregunta:

"¿Qué es el padre? No digo en la familia – porque en la familia es todo lo que se quiera, es una sombra, es un vaquero, es todo lo que debe ser, lo es o no lo es, a veces tiene toda su importancia pero también puede no tener ninguna. Toda la cuestión es saber lo que es en el complejo de Edipo".⁶⁷

Para Lacan no se trata allí del Padre como objeto real, es decir, el hombre de la casa, el papá de alguien, que puede ser ingeniero, carpintero, demasiado bueno o autoritario. Eso no tiene importancia, o habrá que ver la importancia que puede llegar a tener, pero eso no es el Padre. Sin embargo, debe intervenir como objeto real, para dar cuerpo a la castración, lo que podría entenderse como que debe intervenir realmente el Padre, debe producirse por su función esa maniobra agregada en forma real y efectiva, para que de cuerpo a la castración, e instale la ley del no todo. Lacan destaca la importancia de encontrar el papel del Padre *en la estructura*, lo que no tiene que ver con lo fenomenológico, no es el papá que se presenta en el consultorio.

Entonces dirá que **"el padre es el padre simbólico"**⁶⁸. Es ese "representante original", que es un efecto del lenguaje. Entonces, dirá que el padre es una metáfora. Si una metáfora es un significante que viene en lugar de otro significante, entonces el Padre, es un significante, que sustituye a otro significante. A este nivel, dice Lacan, es donde se buscan las "carencias paternas", es decir, si como significante operó, sustituyó o no efectivamente.

A la posición del padre como simbólico, la llamará el Nombre-del-Padre, el NP de la fórmula. Esta es la función del padre, la de ser un significante cuya función es producir una significación, en tanto tiene su lugar en la cadena significante.

⁶⁶ LACAN, Jacques, *Seminario V: Las formaciones del inconsciente 1957-1958*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, p.173.

⁶⁷ *Ibidem*, p.178.

⁶⁸ *Ibidem*, p.179.

El NP es un significante privilegiado que ha de sustituir al significante Deseo de la Madre (DM). Esto constituye la metáfora, operación por la cual se produce un plus de significación, algo nuevo que previamente no existía, ya que un significante viene en lugar de otro significante en la cadena. Mientras que el significante oculto sigue presente por su conexión metonímica con el resto de la cadena.

El Padre es, en el Otro, el significante que representa la existencia de la ley en la cadena significativa.

Lacan aplica la fórmula de la metáfora, a la Metáfora Paterna, que se escribe:

$$\begin{array}{ccc} \frac{\text{N.P.}}{\text{D.M.}} \cdot \frac{\text{D.M.}}{x} & \longrightarrow & \text{N.P.} \frac{(\text{A})}{\text{falo}} \end{array}$$

De acuerdo con la fórmula, el padre ocupa el lugar de la madre, el NP en lugar del DM, siendo la madre vinculada ya con algo que era x, es decir, el significado al sujeto en la relación con la madre.

La lógica de la Metáfora paterna implica primero omnipotencia asignada ilusoriamente a la madre, y luego la función paterna que viene a introducir un límite. Lacan ubica primero el Deseo de la Madre, es lo primero con lo que se encuentra el sujeto. Lo que aparece simbolizado primero es el significante materno, la madre del par significante del fort-da, que encarna el lugar del Otro. Establece el estatuto simbólico del Otro primordial, dejando del lado al personaje materno. En esto se puede ver una diferencia con el Edipo de Freud, donde el deseo entra como deseo incestuoso por parte del niño, como deseo de acceder a la madre como objeto. El problema es que el varón nacería deseando una mujer, pero se ha observado que la libido no da sexo para el objeto. Freud parte del niño como sujeto deseante, y ahí viene la interdicción. Para Lacan, de lo que se trata en el comienzo es del deseo del Otro, el DM, que es primigenio, con lo cual propone tomar al niño en posición original como objeto, no como sujeto. El deseo por parte del sujeto, es a partir de la entrada en la escena del DM, en la Metáfora Paterna. Porque el deseo del niño es deseo del Deseo de la Madre, es desear ser el objeto del Deseo de la Madre.

El DM no lo produce la Metáfora paterna. Dado el DM, la Metáfora paterna opera sobre él. El DM no viene de la carne, no hay instinto maternal. De donde proviene el DM para tal mujer, en Freud es de la ecuación niño-falo, y si proviene de

allí es porque ella adviene a la escena como castrada y lo que produce a la mujer como castrada es su propio Edipo. Así, el DM proviene de la posición subjetiva de esa mujer, y la posición subjetiva de esa mujer remite a su propia historia, y es por eso que se requiere las tres generaciones. La posición subjetiva se entiende en relación a los otros, y la posición de estos otros se la entiende poniendo a trabajar su relación con otros. Entonces, así se obtiene el DM por el niño: es lo producido por un conjunto de circunstancias y respuestas a circunstancias de una historia humana.

El Padre es el que en la Metáfora paterna viene a intervenir sobre el motor del movimiento. En Freud, la entrada del padre es como rival por la posesión de la madre. En Lacan el padre entra como pacificador, como elemento tercero vinculado a la ley.

En Lacan la Madre es el polo angustiante, no el Padre. En este sentido, en el Seminario XVII, con respecto al Deseo de la Madre, Lacan dirá que es estar dentro de la boca de un cocodrilo. La boca abierta del cocodrilo, es el deseo materno, ese que se puede engullir a la criatura. En relación a esto es que se pueden ver los estragos que puede llegar a producir el amor materno. No se sabe qué puede llegar a picarle y va y cierra la boca.

Cuando la Madre aparece como castrada, es cuando el niño siente el peligro de quedar ubicado en el lugar de aquello sobre lo que la madre pone la mano encima. Por eso, la angustia, como manifestación de la falta, tiende a manifestarse estructuralmente como “de castración”, porque el DM se comporta como un cocodrilo que si no está bien limitado, articulado y pacificado por el elemento simbólico Padre, se manifiesta como devorante de la integridad imaginaria del niño, funciona como reintegrar el producto, comerse al niño, una parte de su cuerpo. Por eso, en la metáfora del polo angustiante es la boca del cocodrilo que representa la Madre, que se cierra deteniéndola con un palito que frena la mordida, y ese palito es el falo paterno. Si la Madre se entretiene masticando otra cosa, es una función que protege al hijo de quedar atrapado en el deseo materno. Se trata del deseo, porque es la boca abierta que también está dispuesta a recibir el falo, como piedra y toque del Nombre-del-Padre, para que ese deseo sea modelado y transformado.

La operatoria del NP introduce que el Otro es no completo, es el no toda la Madre es el Otro, porque también está sometida a la ley del orden simbólico y tiene

una falta. El niño puede partir de que el Otro es incompletable, porque hay una ley que así lo sanciona.

El NP ordena, no encarna en una persona, encarna en un tipo de órdenes vinculados al interior de la vida doméstica, jamás a grandes crímenes. Cuando se estableció, por la operatoria del NP, la legalidad de este orden, no tiene fenomenología alguna, no se puede decir, dónde y cuándo operó. El NP es en el cosmos del orden de la convivencia. El papá está en la pareja parental.

La Metáfora paterna indica cómo se introduce la ley del no todo, una legalidad que el orden simbólico no lo aporta y que genera la ilusión contraria, por eso se introduce la Madre como el Otro omnipotente. La función de la Metáfora paterna es dar cuenta de la función de la ley del no todo. Es lo mismo que decir, es el significante de la falta en el Otro, que es el Otro barrado. En el conjunto de los significantes falta uno. El NP introduce un “no”, no todo es posible, la Madre tiene una falta.

El “no te acostarás con tu madre” o “no reintegrarás tu producto”, ya son rellenos culturales a la estructura fundamental que es la ley del no todo, introducida por la operatoria del NP.

Si el Otro lleva la marca del no todo, aparece el deseo en el Otro, lo que habilitará al sujeto a que su falta funcione como deseo. Si no opera la ley del no todo, el sujeto queda atrapado para proveerlo.

La legalización que introduce el NP, permite poner límites al puro capricho materno al que se encuentra sometido el niño antes de operar el NP. Esto otorga posibilidades al niño de elegir ubicarse en otra posición que no sea la de saturar el deseo materno, que pueda elegir las coartadas para no quedar a merced de su capricho.

La tachadura sobre DM, remite a la x de la fórmula, a su elisión, que se presenta para el niño como un enigma. Es la madre que va y viene, que se ausenta, y ante esto aparece la pregunta del niño, ya que si no lo quiere sólo a él, porque le da vueltas a otra cosa, entonces ¿qué quiere?, “¿*Che vuoi?*”.

En el lugar de la ausencia de la Madre, intervendrá el Nombre-del-Padre sustituyéndola, permitiendo el significado de sus idas y venidas, la x, que es: *el fallo*. Al ingresar por vía metafórica, el significante del NP aparece en posesión del objeto de deseo de la madre, que se presenta en la forma de fallo.

Respecto a esto, dice Lacan en el Seminario IV, se trata allí de saber cuál es la función del niño respecto de ese falo que es el objeto de deseo de la Madre. No es lo mismo si el niño es:

1. *Metonimia del falo*: el niño preso de la metonimia deseante de la madre, expuesto a estar una y otra vez, repitiendo la necesaria satisfacción del narcisismo fálico de la madre. El niño es en su totalidad metonímico (ecuación cuerpo-falo), o

2. *Metáfora del amor del padre*: La operatoria del Padre permite apartar al niño de la exigencia del narcisismo fálico de la madre. Permitirá que el niño sea amado más allá de él, como amor fálico, simbólico, del hombre que le dio ese hijo. Reintroduce al niño en el orden simbólico del don y del pacto contractualizado entre los sexos.

El padre, es metáfora, cuando habilita al niño a ser “...desalojado, y por su bien, de aquella posición ideal en la que él y la madre podrían satisfacerse, en la cual él cumple la función de ser su objeto metonímico”.⁶⁹ La vía simbólica, metafórica, hace que el falo quede por fuera, acota el DM, produciendo la emergencia de la castración en el Otro. Por eso, cuando aparece la castración en el Otro, en la Madre, esa incógnita sobre su deseo debe ser significada en términos de falo, que no sea un falo encarnado en el propio sujeto. Así, el DM está lejos del estrago.

“La significación del falo, como hemos dicho, debe evocarse en lo imaginario del sujeto por la metáfora paterna”.⁷⁰

La metáfora paterna da por resultado la **significación fálica**, como nueva significación del sujeto. Significa al sujeto como falo, lo que es una respuesta del sujeto frente a la incógnita que le presenta el deseo del Otro.

La significación fálica aparece por efecto de la castración simbólica, introducida por el padre real, y que se juega en torno a un objeto imaginario, el falo imaginario que aparece como el -fi. La significación fálica muestra que algo allí no está, que todo no es posible, y que no hay la satisfacción plena.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 209

⁷⁰ *Op. cit.*, p.242.

Lo que se introduce así es la falta en el sujeto, que ahora está en menos. Esto implica que el Otro también está barrado y desea. Se introduce la división del sujeto, colocado en posición de objeto deseante frente al deseo del Otro. La falta abre la posibilidad del deseo del propio sujeto, la búsqueda, donde el falo puede circular, apareciendo como instrumento de satisfacción del deseo.

Esto determina que nadie puede ser el falo, en la medida en que el sujeto como deseante se constituye por una falta en ser, por lo que se trata de algo que se puede tener o no tener.

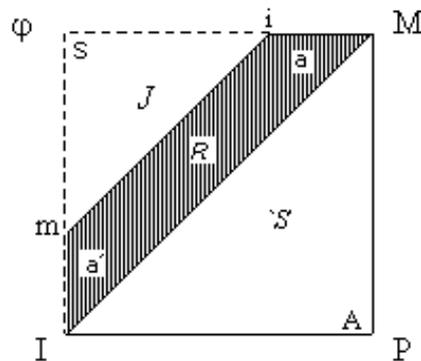
La falta en ser, permite y exige la identificación. La significación fálica abre la posibilidad del destino sexuado del niño, mediante el juego de identificaciones. El sujeto se identifica al tipo ideal de su sexo, a partir de una posición subjetiva inconsciente. Esto implica una ubicación según la lógica atributiva del ser y el tener el falo. Como los seres hablantes, no pueden ser hombres o mujeres en sentido instintivo, no les queda más que parecerlo. La posición femenina se define en torno a la "mascarada", la mujer se mueve fingiendo ser el falo sin tenerlo. En el hombre se trata de la "impostura", hace de cuenta que tiene el falo, por procuración.

Con la metáfora paterna, no sólo se produce la significación fálica, también habilita la operatoria del significante fálico (Φ). Este significante privilegiado, inscribe la falta estructural en el Otro, introducido por el NP, que indica la falta de un significante en el Otro, que se escribe $S(A)$. Este agujero da cuenta del inconsciente y de su estructura de lenguaje como descompletada.

El falo como significante reprimido, designa el conjunto de los efectos del significado. Es el significante del deseo, da la razón del deseo. El significante fálico aparece como una marca válida para todos. Tanto para el hombre como para la mujer, en la inscripción de la castración, hay sólo un significante, el falo. Porque falta un significante en la cadena simbólica, que deja al sujeto con una falta, en tanto falta un significante en el Otro. Falta el significante de ~~La~~ mujer, que no existe, lo que imposibilita la complementariedad entre los sexos. Por eso se habla de cópula lógica, y no biológica, donde la relación sexual está fundada en lo simbólico del pacto.

2.2.7 El esquema Rho: (M) y (P) como operadores lógicos.

En “*De una cuestión preliminar...*”, Lacan elabora el esquema R, como una forma de organizar la metáfora paterna y la estructura edípica. Se refiere la teorización de la función paterna, en la articulación de lo imaginario, lo simbólico y lo real en la neurosis.



Implica una superficie con forma de cuadrado, compuesto por dos triángulos.

El triángulo trazado con línea plena es el orden simbólico, denominado “S”, y sus vértices son elementos simbólicos: I, M, P, en mayúsculas. La “A”, es el Otro con mayúscula.

El triángulo trazado con línea discontinua es el orden imaginario, “I”. La “R” delimita el campo de la realidad; el sombreado muestra que el campo de la realidad encubre lo real.

El esquema muestra un doble ternario, el imaginario $\phi a a'$ y el simbólico MPI. “a” y “a'”, vértices internos de lo imaginario, comprendidos por los vértices simbólicos “M” e “I”, es uno de los lados del cuadrángulo que se apoya en lo simbólico.

Los puntos *Sim* en el triángulo imaginario, que se llama triángulo del sujeto en lo imaginario, se diferencia del cuadrángulo de la realidad, *Miml*. “m” e “i” quedan dentro del campo del triángulo del sujeto, por la continuación de ambos extremos del lado “mi”.

Ambos ternarios, el simbólico y el imaginario, tienen una relación definida como una *homología*, que puede definirse así: una región es homóloga de otra cuando puede ser asociada a ésta, de tal manera que sean *cualitativamente equivalentes*, constituyendo así un complejo compuesto por dos triángulos que se tocan sólo en vértices o a lo largo de un borde entero.

La relación homóloga entre ambos ternarios implica que cada elemento del ternario imaginario es recubierto por cada uno de los elementos simbólicos correspondientes: la dupla M/I recubre a la pareja aa' , y la dupla A/P recubre a la dupla φ/S .

Es necesario ahora definir cada una de las letras del esquema y sus relaciones:

R: en el esquema es la *realidad* que aparece en el campo imaginario sostenida en lo simbólico. La realidad funciona como pantalla que enmascara, que recubre lo *real*. Lo real, en cambio, rechaza toda significación.

I: es el registro imaginario

S: es el orden simbólico, más allá del sujeto, es la estructura del lenguaje.

A: es el Otro, como lugar determinante para un sujeto. Se entiende como el "inconsciente particularizado de cada sujeto". Es el lugar desde donde el sujeto recibe su pregunta por su existencia, en tanto no hay un significante que lo signifique, se lo ubica entre ellos, siendo lo que representa un significante para otro significante.

"m": es el moi, el yo, precipitado de las identificaciones narcisísticas.

"i": es la imagen del semejante, complemento indiscriminado e indiscriminable de "m".

"a": inscribe la dimensión del objeto. Será el objeto imaginario en su doble vertiente: el "a" que aparece en M/a , es donde se colocan las figuras del otro imaginario. Es el objeto imaginario vinculado con la *función materna* en los lazos de amor y de odio; el "a" que aparece en I/a' , es donde aparecen las figuras del otro en las que el yo se identifica, desde su imagen especular hasta la *identificación paterna* del Ideal del yo. El Ideal simbólico, opera desde el principio y determina la identificación imaginaria, pero no concluye su operatoria hasta que se coordina con la operatoria paterna.

M: es el significante del *objeto primordial*, el *estatuto simbólico del Otro primordial*. Es la Madre, tomada como significante, su presencia y ausencia. El objeto pasa a ser el objeto del deseo de ella.

P: es la posición en "A" del *Nombre-del-Padre*, es la relación A/P, que implica la función de "P" en "A". Si el Otro, es el lugar del significante, "P", que es el Padre, es el significante privilegiado del Otro en tanto lugar de la ley.

ϕ/S : es la significación del sujeto S bajo el significante del falo. Es la *significación fálica*, la cual es fálica a consecuencia de que la función del significante Nombre-del-Padre opera a través del significante fálico, en la Metáfora paterna. ϕ/S repercute en el sostén del campo de la realidad, delimitado por el cuadrángulo Mimi.

I: es el significante del Ideal. Tiene dos vertientes: la MI, muestra que quien encarna el lugar del Otro, M, la Madre, por poder hacer de la necesidad biológica una demanda significante será omnipotente. La "M" es un lugar simbólico determinante, las marcas significantes de las respuestas que provienen de este Otro omnipotente serán las insignias del sujeto, *marcas unarias* que quedan circunscriptas, donde el lado MI es el soporte. MI representa la articulación del deseo de la Madre con el significante "I", como el lugar del niño, que permite pensarlo como deseado, constituyendo un vértice. Inscribe la "relación de amor", en tanto "toda demanda es demanda de amor", que remite a esa omnipotencia del Otro. Entonces "I" son las marcas de la omnipotencia del Otro, Otro que la función del Padre vendrá a castrar. Es el niño como objeto deseado por la madre, quien se identifica al significante de ese objeto. La vertiente IP, "I" articulado con el "P" es el ideal paterno postedípico, que, tal como se ve en el esquema, no deja de vincularse con los ideales maternos.

S: es el sujeto de lo simbólico, señalado por letra mayúscula, aunque se lo ubique en el triángulo imaginario. Esto es porque en la neurosis el significante del sujeto está forluido. Esto se ve en la homología entre el vértice del lugar de "P" en "A" y el vértice significante del sujeto bajo significación fálica. En el lugar del A, falta un significante, el Otro está barrado, y en la neurosis hay en el sujeto un significante reprimido, en el sentido de que no hay un significante que lo represente, aunque persista e insista para presentarse en significado. Por eso será un sujeto dividido, lo que un significante

representa para otro significante, la barra que cae sobre la S, indica el significante que falta.

Cuadrángulo de la realidad: delimitado por el corte *mi* - MI aísla en el campo de la realidad una banda de Moebius. La realidad, a consecuencia de la articulación entre lo imaginario, lo simbólico y lo real constituirá una superficie con un borde y dos dimensiones. Se pueden distinguir dos lados, pero cuando se recorre la banda completa resulta que constituyen un solo lado continuo, lo interno/externo como un continuo. El campo de la realidad como una banda de Moebius, da la estructura del campo como lugar del fantasma, funciona obturándose con la pantalla del fantasma ($S/\langle a \rangle$), y en este sentido es que no se puede hablar de realidad objetiva. Esto revela dos elementos: la S tachada recubriendo el campo de la realidad, R, y el objeto "a", cuya *extracción* es lo único que sostiene el campo de la realidad y es lo que le da su marco al fantasma.

El objeto "a", no es visible en el esquema, pero es localizable en ese corte representado por el cuadrángulo de la realidad. Esto es porque el objeto "a" es real, y la realidad, el fantasma vela lo real, eso es lo que indica el sombreado. La extracción del objeto "a" es consecuencia de la operatoria del Nombre del Padre en la Metáfora paterna. Por lo tanto, su no extracción, es consecuencia de la no operatoria del mismo.

Para los propósitos de este trabajo, es necesario hacer sobre esto algunas observaciones. La metáfora paterna que se puede ver desplegada en el esquema, es la consecuencia de pensar el complejo de Edipo según la lógica del significante. En el esquema Rho, se puede advertir que el Edipo es una estructura topologizada por la articulación de cuatro términos que enmarcan dicho esquema: Madre (M)– Padre (P) – Ideal (I) y falo. Éstos son significantes primordiales para todo sujeto, están primero, esperan al sujeto en el lugar del "A", del Otro que lo preexiste y lo determina. Lo que se deduce de esta topología combinatoria, de los que se podría llamar complejos materno y paterno que se anudan en el complejo Edípico, es que *Padre y Madre no son considerados personajes sino **operadores lógicos**, y así, el niño tampoco lo es, sino que es considerado un sujeto de la estructura. El padre, como operador, posibilita la instauración de la metáfora del sujeto, esto es, de un nombre y una legalidad; la madre, la instauración de un deseo (hueco en lo real encubierto por la realidad); el falo instala un efecto de significación; y el ideal, el efecto de nombre.*

2.2.8 Una definición operacional del Edipo

Se considera la necesidad de construir una concepción operacional del complejo de Edipo, debido que se sostiene que hay un trabajo a realizar con el Edipo, pero para esto se debe comprender cómo utilizarlo en la práctica clínica.

Se concibe que el complejo de Edipo freudiano es un mito, que corresponde al mito griego que tiene la estructura de un relato, un cuento, el “había una vez”. El mito se caracteriza por ser aquello que no puede existir en realidad, es decir, que no corresponde a algo que acontece realmente. ¿Qué es lo que dice el mito freudiano del Edipo?: que hay por parte del niño amor a la madre y deseo incestuoso hacia ella, y odio dirigido al padre, cuya función es ser el interdictor del deseo sexual. Pero se ha comprendido que la libido no da el sexo, que si bien todo sujeto busca el objeto del que ha sido separado por estructura, no se verifica que el varón busque a una mujer y que en la niña se busque al hombre. Esto contradice el Edipo mismo, porque parte de que el varón desde el origen desea a la mujer. El problema es que se ha creído que el Edipo explica el vínculo con los padres, se ha creído que todo sujeto tiene un Edipo donde el padre es el interdictor del deseo incestuoso hacia la madre.

Lo que se plantea es: ¿eso que describe el mito freudiano es lo que se manifiesta como un observable clínico para todo sujeto? En el análisis con niños, ¿uno se encuentra realmente con el Edipo freudiano o se encuentra con otra cosa?, ¿es con el mito del Edipo así entendido como se trabaja en la clínica?

En realidad, lo que Freud verificó es que los varones aman a su padre. El Edipo es un mito, que se puede decir que no se observa para la generalidad de los sujetos, porque no es lo que presenta la clínica. Se ha sostenido una creencia en el complejo de Edipo, porque el sujeto suele hablar mucho de los padres en una forma mítica. Pero no hay que confundir, no se trata de que la posición de todo sujeto va a estar explicada mediante la existencia de un mito común, aplicable a todo sujeto humano

hablante. Todo esto, da razones para pensar que sería inútil seguir sosteniendo el Edipo de esa forma, porque impide alguna operatoria posible.

Se va a proponer, que si hay un trabajo que hacer con el Edipo, no tiene que ver con el mito griego. Va a tener que ver con la estructura del mito, que tiene una forma discursiva, de relato o texto, pero en el sentido del *mito individual del neurótico*, que es lo que Lacan desarrolla en *Intervenciones y textos I*. Lo que se acentúa es *lo individual* en el mito del neurótico. La propuesta es trabajar con el complejo de Edipo en el sentido de trabajar sobre el mito individual del neurótico.

Lacan expresa que es necesario conocer la estructura de los mitos porque en el inconsciente lo que se encuentran son mitos internalizados, aprehendidos subjetivamente, o sea que a la clínica viene como individual del neurótico. Al ser reprimidos se han individualizado e incorporado en el sujeto. El complejo de Edipo es una forma de dar cuenta del vínculo del sujeto a los padres en la historia del sujeto, dentro de una red mítica particular donde se desarrollará todo el drama personal del neurótico, entonces se plantea como mito individual del neurótico.

En psicoanálisis se trabaja con la palabra, el sujeto va a desplegar un texto en análisis y es a esos textos que versan sobre el mito individual a lo que se apunta. El psicoanálisis va a operar necesariamente con la diacronía del relato del mito edípico y, se puede decir, que con lujo de detalles, porque se busca allí cuestiones que están salteadas, y que pueden dar algún principio explicativo. La diferencia con la Metáfora paterna, es que en una metáfora no se puede hacer eso, porque no presenta fenómenos, no se inscribe en el tiempo. La metáfora es sincronía, nunca se está observando cómo se produce, se establece si hubo o no hubo sustitución retroactivamente, a partir del discurso.

Se va a concebir al Edipo como un escenario que provee en cada caso de un texto. Ese escenario del Edipo es donde se ubica en el origen al hombre y a la mujer, a la pareja de los padres. Se remite a la pareja de los padres al lugar del Otro, por lo tanto, el texto del Edipo es provisto por el Otro, no es algo que está desde el origen. El texto del Edipo tiene el estatuto de un libreto, y se puede pensar que es cómo se rellena en cada caso la ley del no-todo, y así no se pierde de vista si el no todo operó, se ve en este relato que arma el neurótico.

Para concebir el valor operacional del Edipo en la clínica psicoanalítica, se parte de esa definición de Lacan trabajada anteriormente, que “el padre es el representante original de la autoridad de la ley”, y para ser un representante eficaz de la autoridad de la ley no tiene que ser ninguna persona. Y que la Madre es “el otro real que encarna el lugar del Otro”, es decir, que mamá y papá van al lugar de la Madre. No importa el sexo, importa si van o no al lugar del otro real que encarna el lugar del Otro, y madre y padre, o sus sustitutos, encarnan ese lugar. Y desde allí, son quienes transmiten la lengua materna al niño, y son los proveedores del texto del Edipo.

La versión del Edipo con la que se propone trabajar en la clínica psicoanalítica es: cómo papá y mamá (o cualquier otro personaje significativo de la familia) es que operaron la encarnación del Otro, o sea, cómo se posicionaron cada uno de los representantes, padre y madre, representando al Otro en función del deseo y la demanda. Hay Edipo en sentido de que la posición de todo sujeto está determinada fundamentalmente por la demanda y los deseos de los personajes fundamentales de su familia. Los personajes del Edipo, es lo que se define como Padre y Madre en “Subversión...”.

Entonces, que el deseo incestuoso no sea la estructura del Edipo, querer acostarse con la mamá, no quiere decir que por eso se deja de trabajar con el Edipo, porque es la estructura de ficción que le da la posibilidad de sexualarse al sujeto humano en términos del padre, la madre y la pareja de los padres.

La posición del sujeto en el mundo la recibe del texto del Edipo, y si desea, si no desea, si fue deseado, si no fue deseado, no tiene que ver con el deseo en el origen hacia la mamá, que era la mitología freudiana, sino que se pasa a estudiar cómo fue tomado cada sujeto en el deseo del Otro, lo que puede encontrarse en la posición de los padres respecto del deseo, tomados como pareja. Y la posición que cada uno de los padres adoptó frente a la castración, van a dar cuenta de cómo el sujeto pasa a ser hombre o mujer, lo que da la significación fálica, porque no hay otra forma de ser hombre o mujer. Porque el falo es introducido por el escenario del Edipo.

El Edipo como escenario, produce un engaño para el deseo y la pulsión sobre cómo canalizar el sexo, y eso no está en el origen, es un texto provisto por el Otro. Para Lacan, el Edipo provee del señuelo del objeto “a”, perdido en el origen en la

estructura. En relación a la constitución subjetiva, se observó que la operación de la separación es el momento lógico en el que el sujeto se separa del objeto "a", que alude a ese efecto de pérdida de objeto irrecuperable, donde se trata de objetos propios. Esta pérdida es lo que está en el origen tanto del deseo como de la pulsión. El escenario del Edipo proveerá esos objetos con el que el sujeto goza. La fijación de un goce deriva de la maniobra del Otro, porque el señuelo lo provee el escenario del Edipo. El Edipo produce un engaño que consiste en hacer creer, a todo sujeto que atravesó el complejo de Edipo, que se está buscando el otro sexo, cuando en realidad lo que se está buscando es el órgano perdido, mediante algún truco que lo sustituya.

El Edipo es el escenario que produce el engaño necesario, que remite a alguien a una búsqueda increíble del objeto perdido en su propio cuerpo, en el cuerpo de alguien del otro sexo, este texto es un libreto que provee el Edipo.

Lo primero de la escena original edípica es la condición de engaño que recibe el varón, que es cómo se las arregló el papá con el objeto perdido en él con la mamá. Entonces, lo primero que él le indica es que lo busca en una mujer, y también qué es lo que busca la mamá. Luego, estarán las coordenadas de cómo se buscaron, se amaron o no, se amaron pero no se desearon...Esta es la estructura del escenario que presenta el Edipo, y lo que se puede observar en el mundo actual es que ahora puede variar, hay madres solteras, familias monoparentales, por ejemplo. Lo que está cambiando mucho es la estructura familiar, lo que está tendiendo a desaparecer es el escenario del Edipo, donde en el origen está un hombre y una mujer.

Entonces, lo que provee el escenario para un sujeto, son las coordenadas del deseo y del amor, que provienen del Edipo, porque lo montamos sobre este texto. Pero la búsqueda no es de eso, es la búsqueda pulsional, lo que uno siempre busca es el objeto parcial perdido para siempre en el advenimiento de la vida, y se lo busca en la escena con el otro sexo porque eso lo provee el escenario del Edipo.

El Edipo provee algo más que la búsqueda del objeto, y es la búsqueda amorosa porque sino solamente se buscaría el objeto y se trataría sólo de un choque de cuerpos que se buscan.

Se utiliza el Edipo pero no para la explicación de la causa, sino como la estructura del texto que opera en cada caso. Porque la causa no tiene que ver con el Edipo, la pérdida del objeto es independiente del Edipo, es estructural. El Edipo lo que

da es el texto para elaborar eso estructural, con lo mejor que provee el Edipo, que es la posibilidad de que esa búsqueda pase por el campo del otro, que no sea solitaria. También provee lo peor, y es que todas esas fallas en las estructuras del Edipo el sujeto las asume en términos propios. Es posible observar en algunos casos que toda la problemática del sujeto estuvo vinculada a las fallas de la estructura del texto, aportadas por el Edipo.

Según Lacan no hay relación sexual, y el complejo de Edipo freudiano da una versión de la relación sexual, hay allí relación sexual, y es que el niño se quiere acostar con la mamá, pero el padre se la prohíbe, y de esta manera suple al no hay relación sexual. Lacan propone que la relación sexual no se entiende mediante el vínculo del hombre y la mujer y de la mujer al hombre.

No importa tanto el sexo de cada uno, importa más si por ejemplo, la madre renunció al deseo por la demanda, no importa su sexo, no por ser mujer. Con el Edipo se trabaja, pero no con el deseo incestuoso del niño, y que el padre viene a prohibir, sino que hay que ver en cada caso cómo se representó el lugar del Otro. Lo fundamental es establecer cómo se posicionaron los representantes del Otro respecto del deseo y de la demanda. ¿Dónde se puede ir a ver para cada sujeto cómo su mamá y su papá, en caso de tener ambos padres, se posicionaron como representantes del Otro en relación al propio deseo?. Se puede decir que a la pareja, o sea que lo que más interesa en cada caso es el deseo de la mamá y cómo el deseo de la mamá, se vincula al deseo del papá. Y a su vez es importante tener en cuenta, que la posición subjetiva de cada uno de los padres está determinada por su propio Edipo, que remite a sus propias historias. Y si la posición subjetiva se entiende en relación a los otros, se entiende que los padres a su vez quedan posicionados de acuerdo al encuentro con las posiciones de sus propios padres, y éstos con los suyos. Por eso, si bien se toma la pareja parental, hay que tener en cuenta las tres generaciones, es decir, esto abarca a la familia en sentido más amplio.

Entonces, no importa tanto el sexo de cada uno de ellos, sino que son ambos representantes del Otro, y en tanto el deseo del sujeto se vincula por estructura al deseo del Otro, interesa saber cómo, quienes encarnan el lugar del Otro se posicionaron a su vez, respecto de su deseo. Esto se puede ver en el vínculo de deseo de ellos, o sea que se los toma como pareja, no porque tengan que ser pareja, sino porque es el andarivel donde mejor se observa la posición desiderativa, porque

como pareja, cada uno está vinculado a su propio deseo y al deseo del Otro. Esto describe la forma operacional del Edipo. Todas las fallas en esta posición es lo que tendrá que elaborar el sujeto en su propia posición subjetiva, para encaminarse hacia su propio deseo. Porque si éstos valen relacionados, un sistema de deseo de deseo, se entiende que el deseo del sujeto es una relación a ese sistema de deseos.

Si se entiende el Edipo como que todo sujeto ama porque responde al no hay relación sexual, sí puede aparecer una posibilidad operacional de trabajar en la clínica psicoanalítica con el Edipo, tomar a mamá y papá juntos. El Edipo así concebido, permite trabajar con él, rescatar la posibilidad de trabajar con los padres, la importancia de revisar la historia. Hay que reducirlo a una estructura mínima, la pareja, para poder trabajar, donde serán todos los representantes fundamentales del Otro, que respecto a su propia posición determinarán la oferta frente a la cual la neurosis del sujeto, el síntoma del sujeto, será la respuesta.

Con la definición operacional del Edipo, se puede entender la posición subjetiva de un sujeto. En un caso clínico, es posible observar cómo se determina la posición del sujeto según el escenario del Edipo, que se presenta en la forma de un relato. La posición subjetiva responde a la posición del Otro, respecto de su deseo. Alguien está alojado en una posición dada por el Otro, y que se determina por el Edipo, pero no porque el niño se quiera acostar con su madre, sino que las fallas del sujeto están determinadas por las fallas históricas de la posición de los representantes del Otro. Se rescata aquí entonces que es válido trabajar la historia familiar, concibiendo que la falla en la posición del sujeto está determinada por la falla del Otro, ese es el valor operacional del Edipo.

2.2.9 La sexualidad femenina y la versión del padre

Se ha hablado de la pareja de los padres, pero hay que aclarar que, también son un hombre y una mujer, que remiten a posiciones respecto de la sexualidad, de la castración. Es preciso abordar el tema de la sexualidad femenina y de la posición masculina, para comprender lo que sucede con todo hijo.

Freud explica el camino por el que la niña deviene a la posición femenina mediante el complejo de Edipo. En “La feminidad”, Freud dice:

*“la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo la antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en el lugar del pene”.*⁷¹

La posición femenina se establece cuando se produce la ecuación simbólica pene-hijo: la niña resigna el deseo de pene y lo sustituye por el deseo de un hijo, y con este propósito se dirige al padre como objeto de amor, para obtener ese pene del que se vio privada por la madre. El pene que desea, es el niño que espera recibir del padre. Al final de su desarrollo, la mujer produce entonces la equivalencia niño = falo.

Lo que Freud está diciendo, es que la posición femenina, el ser mujer, equivale a ser madre, a la maternidad. Ser mujer es transformarse en madre, puesto que tener un hijo, poseer el pene, es la meta del deseo femenino. Es la respuesta que pudo dar Freud a ¿qué quiere una mujer?: desde la perspectiva fálica. Lo que quiere es tener un hijo, como sustituto del falo. La paradoja es que esta respuesta freudiana en relación a qué quieren las mujeres, da por resultado una madre. De acuerdo con esto, todas las mujeres querrían tener hijos solamente. Pero, en realidad no todas desean hijos.

Más adelante, Freud se encontró con que lo femenino era un misterio, y consideró que el psicoanálisis no podía dar una respuesta universal, para todas las mujeres, en torno al enigma de lo femenino. Así deja abierto el interrogante “para que lo respondan los poetas”.

A partir de esto, se ve la necesidad de definir y diferenciar en el sujeto femenino, entre la posición de la madre y la de la mujer.

¿Qué dice Lacan respecto del acceso a la sexualidad para los sujetos hablantes? Dice que el acceso a la sexualidad se mueve en torno a la dialéctica del ser y el tener el falo. La copulación de los seres hablantes es lógica, a partir del significante. *“Como los seres hablantes no pueden ser hombres o mujeres en un sentido instintivo, a ambos sexos no les queda más que parecerlo, parecen hombres y*

⁷¹ FREUD, Sigmund, 33º conferencia: *La feminidad*, Tomo XXII, Amorrortu editores, Buenos Aires, p.119.

mujeres".⁷² Esta es la única solución posible, lo que introduce la cuestión de la máscara. La mascarada se presenta como el modo de encontrar un punto en el que se cree que se es plenamente hombre o mujer. A partir del falo como significante, toda relación queda inscrita en una apariencia.

Lacan articula la falta de pene en la niña, la *penisneid*, que remite a la castración femenina, con la **privación**, que está relacionada con la posición femenina. La mujer aparece en los hechos privada de falo, pero no castrada en sentido estricto, porque no se podría hablar de una castración real en la mujer, a la cual en este nivel, nada le falta, sino de una privación de algo inscripto en el orden simbólico. A la mujer privada sólo puede faltarle el falo en la medida en que es un objeto simbólico, lo que corresponde a una deficiencia en el sistema significante en lo tocante al significante de *La* mujer.

Así, se puede encontrar una posición real que tienen las mujeres con la falta, ellas se ubican *del lado del no tener*, tienen una falta en el tener. La cuestión es cómo se ubica frente a esa falta, frente a la castración.

A partir de esta condición de la mujer como privada, ubicada del lado del no tener, el sujeto femenino podrá dar diferentes soluciones. Aquí es posible hablar de dos posiciones: la *posición de la madre* y la *posición de la mujer*.

En cuanto a la posición de la madre, es una solución *del lado del "tener"*, que es lo que Freud aportó sobre el origen del deseo de la madre, en la ecuación niño-falo dada por el Edipo. La madre es definida por la lógica fálica, por el tener o no tener, esta lógica es lo que define al deseo de la madre. Porque la función del deseo de la madre responde por el significante, en tanto el deseo de la madre como sexual, se conecta con el falo, donde el valor que adquiere el niño es el de sustituto fálico.

Se trata del deseo del Otro, en tanto la madre, u otro personaje significativo, encarna el lugar del Otro desde el cual es tomado el niño. Entonces, la madre se define en relación al deseo de un hijo, es aquella que tiene, desea tener o que le falta un niño. El no-tener se completa con el tener niños: esta es la vía de la maternidad. El "tengo", se destaca en el discurso materno, así como en el "no tengo", no tengo el hijo ideal, por ejemplo.

⁷² RABINOVICH, Diana S., *Lectura de "La significación del falo"*, Editorial Manantial, p.81.

La lógica del deseo materno es la misma que la masculina o la del amante. Se puede hablar del deseo del lado de los hombres, hay posibilidades de ubicar a un hombre por su tener o identificar a los hombres por el desear tener: una mujer, bienes, ideales. También se puede ubicar a la madre desde su tener: tener hijos bien educados, trabajadores, sanos, etc.

La posición de la madre es donde se ubica al sujeto deseante. La madre, tiene una relación de amor con su hijo, podemos decir que ella se ubica en posición de amante y que su objeto amado es el hijo. Lo que se ama en otro es lo que le falta, el falo que no tiene, por eso la madre es definida por la lógica fálica.

Se trata de una situación estructural que el niño pueda alojarse en el deseo de la madre, siendo el falo imaginario para ella, porque en este lugar es como entra en el mundo, como objeto valorado y amado, revestido de un brillo fálico. Eso permite la libidinización del cuerpo del niño. Así es como ella, o quien ocupe el lugar del Otro, puede transmitirle la vida, lo nombra, le da un lugar, alimenta los deseos en él.

Porque la situación inicial, es que el falo imaginario es la ilusión compartida entre la madre y el niño. En el niño es la ilusión de un falo que cada uno tiene, hasta las mujeres, así que esa ilusión vela la castración materna. Ese falo que se ve en todos lados es lo que se observa en el caso Juanito, que todos los seres tienen un "hace-pipí".

Pero recordemos los estragos que puede producir el amor materno, en tanto el deseo de la madre es esa boca abierta de cocodrilo. Esto se relaciona con la Madre como siendo quien encarna el lugar del Otro, produciendo esa ilusión de ser un Otro completo, omnipotente. Por eso, requiere de la función del Padre para que ese Otro devenga barrado, y que su deseo sea significado, protegiendo al hijo de quedar atrapado en el lugar del falo imaginario en el deseo materno, aportándole la significación fálica.

En la medida en que la madre desea algo más allá del niño, aparece la falta en el Otro, y la madre devendrá no toda. La madre que no es toda madre, es la madre que puede desear más allá del hijo. Su deseo no puede ser satisfecho sólo en el hijo, lo que tiene graves consecuencias en el niño. Las notas a Jenny Aubry muestran las

consecuencias clínicas de esta disfunción, en las respuestas que puede dar el niño ante el deseo del Otro.

En el texto “El niño, entre la mujer y la madre”, dice Miller:

“Es preciso, además, que para ella (la madre) ‘el niño no sature la falta en la que sostiene su deseo’. ¿Qué quiere decir esto? que la madre sólo es suficientemente buena si no lo es demasiado, sólo lo es a condición de que los cuidados que prodiga al niño no la disuadan de desear como mujer”. “O sea, (...)no basta con la función del padre. Todavía es preciso que la madre no se vea disuadida de encontrar el significante de su deseo en el cuerpo de un hombre”.⁷³ Y también dice: “Hay una condición de no-todo, que el deseo de la madre diverja y sea llamado por un hombre. Y esto exige que el padre sea también un hombre”⁷⁴.

Entonces, se comprende que la madre es no toda, porque es antes que nada una mujer. Para que sea no-toda es necesario que la madre no renuncie a desear como mujer, que la metáfora infantil no reprima en la madre su ser de mujer. Es preciso que el deseo del sujeto femenino diverja: que no sólo desee como madre sino que también como mujer, y en esto es necesaria la función del padre que exige que también sea un hombre.

Entonces, el sujeto femenino está dividido entre la madre y la mujer, y esta división es mejor que se produzca. Porque se entiende que el sujeto femenino, de acuerdo a su propia historia y a su posición subjetiva, puede desear tener hijos o no. Y si no los tiene, no por eso deja de ser una mujer. Una mujer no equivale a ser madre. Miller, en su libro “De mujeres y semblantes”, señala que puede ser patológico cuando una mujer se ubica como madre y éste se convierte en el único modo de responder a la posición femenina.

Lo que ocurre es que las mujeres, al estar más del lado del “no tener”, muchas remedian su falta, tapando su agujero, con sus hijos. Esto es distinto de la posición femenina, porque no se puede decir que a todas las mujeres les interese tener niños.

Lacan, en su Seminario XX “Aún”, declara que La mujer, como universal, no existe. No hay significante de La Mujer. Con las mujeres es imposible encontrar un concepto que sea válido para todas, que responda al qué quiere una mujer. La posición femenina se funda como “no todo”, por eso, es por esencia no-toda.

⁷³ MILLER, Jacques-Alain, *El niño, entre la mujer y la madre*, Revista Carretel, p.10.

⁷⁴ *Ibídem*.

Lacan dice que otro modo de solución a la posición femenina es el lado del ser. A la feminidad se accede por la vía del ser, no por la lógica del tener. Pero no se trata aquí de ser el falo para el Otro. En este sentido, en relación a la posición femenina, dice Miller, tomando a Lacan: *“la solución del lado del ser consiste en no colmar el agujero, sino metabolizarlo, dialectizarlo, y en ser el agujero. Es decir, fabricarse un ser con la nada”*.⁷⁵

Ante la falta de significaciones sobre lo que es ser una mujer, la mujer se hará a partir del agujero, pero no colmándolo con el tener, sino asumiendo la falta. Es capaz de realizarse en el no tener, construyéndose a partir de un hacer con la nada.

La mascarada entonces es una salida por el lado del ser. No hay una solución femenina del lado del tener, y si la hay es falsa, porque justamente no está asumida la falta.

Miller señala, retomando a Lacan, en el libro citado anteriormente, que una verdadera mujer se mide en la distancia que se entabla entre ella y la madre. Porque hacerse existir como madre es ubicarse en tanto que es la que tiene. Lacan propone a la madre como una mujer, como un sujeto que tiene una falta. Cada mujer se encuentra dividida entre su deseo de ser madre y mujer.

Lo que diferencia a una mujer de la madre, es su renuencia al tener y su posición más allá de ello. Sino, un niño queda atrapado respondiendo a ser el falo metonímico de la madre, y de aquí que la maternidad pueda llegar al límite de lo patológico. Porque la falta de la mujer queda totalmente obturada en la “posesión” del hijo y aquí no hay lugar para el deseo. La “verdadera mujer” es aquella en que la madre no ha aplastado en ella el agujero, es el sacrificio de los bienes, de todo tener.

El hombre, a diferencia de la mujer, se ubica en relación al tener, y como tiene algo por perder huye del agujero. Entonces, el hombre no es sin semblantes, pero son para proteger su pequeño “tener”.

Con respecto al hombre, una mujer “verdadera” le permite manifestarse como deseante, en tanto ella asume el menos. A partir de esa falta es por donde se puede ser objeto causa del deseo de Otro. La posición de una mujer como objeto causa es en relación al deseo de un hombre.

⁷⁵ MILLER, Jacques- Alain, *De mujeres y semblantes*, Cuadernos del Pasador, Buenos Aires, 1993, p.88.

Entonces, la posición de una mujer es la que se ubica como partenaire de un hombre, es el lugar de objeto que ocupa para el deseo de un hombre, es la que sabe hacerse desear y gozar por un hombre. La mujer se ubica aquí como objeto causa de deseo y para esto es necesario que el padre sea también un hombre.

En cuanto a esto, en relación a la función paterna, en el seminario XX, Lacan formula una nueva versión, dice que el hombre, cuando aborda a la mujer, “sólo aborda la causa de su deseo que designé con el objeto ‘a’”.⁷⁶ Esta es una nueva definición de la función del padre, posterior a la metáfora paterna.

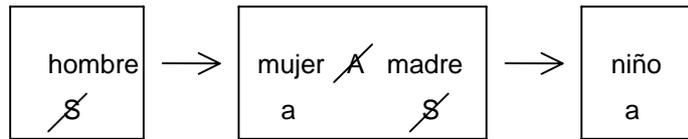
Esta es la versión masculina en relación a la causa sexual, que es condición para la función del Padre. Lo que funda la función del Padre es la *père-versión*: padre-versión, donde versión significa orientar, es la orientación del sujeto masculino por el objeto que causa su deseo. Una mujer es quien estructuralmente orienta el deseo del padre, con tal que ella represente para ese hombre la causa de su deseo. Es interesante tomar lo desarrollado por Bernard Nominé en un texto titulado “Mito y estructura en el caso Juanito”, donde explica este tema a partir de algunos gráficos que se comentarán aquí.



Nominé explica que este hombre tendrá la función del padre, en tanto que su deseo sea orientado por una mujer. Esta orientación define la función del padre. Pero el padre no está donde dice hombre. El padre es una función, consecuencia del hecho de que una mujer pueda desempeñar la función de partenaire que orienta el deseo de un hombre.

En el gráfico, a nivel de arriba de la barra sólo copulan los significantes. Pero la realidad se coloca debajo de la barra, la verdad del asunto, es que no hay relación sexual. Hay sólo un sujeto frente a su propio modo de gozar, enfrentado al objeto de

⁷⁶ LACAN, Jacques, *Seminario XX: Aun (1972-1973)*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, p.88.



También, esta cesura muestra la castración de la madre, que se refiere a que no sea toda madre, que no sea el Otro absoluto, sino también mujer del lado del padre. La madre del amor (de los cuidados) es la madre que ama a su niño, que es diferente de la madre del deseo, que descompleta a la madre del amor. Si la madre del amor es toda madre, todo amor, las consecuencias son el riesgo de perversión o psicosis. El papel de la mujer descompleta a la madre. La madre del deseo, que consta con una parte en ella que no es toda fálica, que se relaciona al deseo del hombre, aquel deseo no se puede decir.

Es preciso que la madre, en tanto que mujer, no se vea disuadida de encontrar al significante de su deseo en el cuerpo de un hombre, el falo: Φ . Hay una relación del falo simbólico al deseo de la mujer y una relación del falo imaginario al deseo de la madre. El falo simbólico remite el deseo de la mujer, al encuentro de esa mujer con el deseo de un hombre, eso es lo que se transmite en el discurso de las generaciones, mientras que el falo imaginario queda arraigado en la sola relación del niño con su madre. El niño notará esa diferencia, si antes jugaba con el falo deseado por la madre, tendrá que advertir que el falo tiene valor simbólico, cuando se relaciona con el deseo de la mujer, mujer que es su madre para el padre.

Se entiende que: el lado femenino es el objeto “a” para el padre, y el lado materno es fálico, en tanto sujeto tachado.

hombre \longrightarrow mujer / madre \longrightarrow niño

Se observan dos términos encargados del desdoblamiento del tercero:

- el hombre *père-versement* orientado: el padre
- el niño

Se trata de un padre con un deseo *père-versement* orientado. Si el padre no está a la altura de su función, deja al niño librado a encontrar refugio en el fantasma de una madre, negada como mujer. Tiene que haber un padre que se encargue de la división de la mujer, sino al niño le toca encargarse sólo de eso y eso es lo difícil, pesa. Entonces, más vale que el niño no sea el único encargado de la castración materna.

El niño ocupa para cada mujer ese lugar de objeto no representable por el falo, ya que el hijo para ella no lo es todo en la significación fálica. Porque el lugar paradigmático que ocupa el niño para ella no es el de sustituto fálico solamente, sino el del producto, de objeto pequeño “a”, causa de su deseo. El niño en el lugar de objeto, en tanto causa el deseo, no es menos causante de la división entre madre y mujer, en el sujeto femenino que accede a la función materna. Por estructura, el niño en su lugar de objeto deseado no sólo colma, también divide. Así es posible el abordaje del aspecto de la mujer que excede a la madre, del no-todo femenino.

En esta estructura, lo que se encuentra es esa cesura que divide al personaje femenino. El eje que es el A tachado, el operador lógico del Edipo.

Respecto del Padre, en el seminario IV Lacan dice que “nadie lo ha sido nunca por entero”⁷⁷, que nadie puede responder absolutamente de la función del Padre, como padre simbólico. Padre es una función, se observó que no encarna. Nadie puede inscribirse bajo el significante Padre. El Padre simbólico “no interviene en ninguna parte”⁷⁸, está a la vez por todas partes, es un campo, pero no se sitúa en ninguna parte. En cambio, un hombre sí, tiene que enfrentarse a la causa de su deseo, es otra cosa, es ser presente. El padre real del seminario IV, a diferencia del padre simbólico, es el que tiene que ser presente, en el sentido de estar cerca de la madre, no basta con ser bueno, ocuparse de todo, lo que le toca es acostarse con la madre, por eso molesta. El papel del padre es atender a la madre, sobre todo, que se ocupe de ella. Es un padre que tiene que estar presente como hombre, un hombre que va a desempeñar la función con tal que hubiera enfrentado a la causa de su deseo, que ha hecho de su mujer la causa de su deseo.

El padre, hay que ver en el mito individual cómo se escribe para cada uno. Al atender al niño se puede ver cuál es la función del padre y de la madre en sus relatos, sueños, fantasías, fantasma.

En relación a la función del Padre, con la Metáfora paterna, con los significantes, especialmente el del Nombre-del-Padre, se suponía que todo podía ser escrito. Pero hay, por otra parte, lo real no recubierto por la función significativa del Nombre-del-Padre, que resiste a la simbolización. Tiene que ver con un resto no significantizable que escapa a la operación metafórica, el objeto “a”. Se trata de que

⁷⁷ Op. cit., p.207.

⁷⁸ Op. Cit., p.212.

hay un real del padre: su père-versión, quien es el verdadero agente de la castración simbólica. Se puede decir, que en la Metáfora paterna, esta versión del padre, entraña una verdad escondida, una parte desconocida. El Padre no es aquél que tiene respuestas para todo. Hay algo que escapa al significante. La père-versión es la apuesta hacia el encuentro con el goce del padre, aquél que se ha conectado con un goce no todo, con el no todo de una mujer, y que se hace responsable de su goce.

Un padre debe demostrar qué hacer con el goce y también lo que queda de eso, ese objeto "a", tomando su significación sobre la orientación de La Mujer. Debe demostrar su versión, cómo se desenvuelve él con la causa de su deseo. Porque si el padre hace un uso correcto de su objeto de goce al hacer de su mujer el objeto "a" que causa su deseo, de esta forma está proponiendo al niño una versión del goce correcta, ya que lo libera de tener que asumir él ese lugar. Lo libera de tener que responder al lugar de goce para la madre, dándole así la posibilidad de inventarse una versión para sostenerse en ese lugar de goce. Es preciso que el niño logre una versión del objeto "a", que su cuerpo no sea el condensador de goce de la madre.

Entonces: no hay relación sexual entre un hombre y una mujer, no hay partenaire, hay un malentendido fundamental entre los sexos, porque no todo puede escribirse, cada uno tiene que enfrentarse con algo de su propio goce.

Por lo tanto, si hay algo que puede inscribirse en términos significantes, eso es la relación entre el padre y la madre, la proporción entre los padres, que es lo que orienta posición sexuada para un sujeto, y que muestra cómo el sujeto se posicionó ante la castración, ante el no hay proporción sexual.

2.2.10 El Otro y las respuestas del niño

Es en el tiempo de la niñez cuando se asiste al momento lógico de posición subjetiva en relación a la pregunta por el deseo del Otro. Lo que está en juego es la respuesta posible que el niño pueda dar a la x que pregunta por el Deseo de la Madre, de lo que resulta un modo particular para ubicarse frente a la castración.

En las “Dos notas sobre el niño”, Lacan describe las diferentes formas en que el niño puede responder, al confrontarse al enigma del deseo del Otro.

La posición subjetiva responde a la posición del Otro. Se observó que cualquier sujeto significativo en la vida del niño puede encarnar el lugar del Otro. La mamá y el papá van al lugar del Otro. Dado que el deseo del sujeto se vincula por estructura al deseo del Otro, entonces se entiende que la posición subjetiva estará determinada por cómo se posicionaron a su vez los representantes del Otro frente al deseo y a la demanda.

En la carta a Jenny Aubry, es posible encontrar dónde ir a buscar cómo se posicionaron quienes encarnan el lugar del Otro: a la pareja de los padres. En ese texto, también es posible observar que la falla en el sujeto, su sintomatología, está determinada por la falla del Otro. Esto corresponde al texto que provee el Edipo para un sujeto, y define la manera de operar con él.

a. *EL niño como síntoma y como verdad de la pareja familiar.*

*“El síntoma puede representar la verdad de la pareja familiar. Este es el caso más complejo, pero también el más abierto a nuestras intervenciones”.*⁷⁹

Este es un modo de respuesta que el niño puede dar, su síntoma que Lacan define allí como “representante de la verdad”, donde esa verdad que representa con su síntoma se vincula la pareja de los padres. Se habla de “pareja” en el sentido de los términos significantes. Donde un significante sólo vale en relación a otro.

El síntoma tiene un carácter de sustitución, de metáfora, y como representante de la verdad, surge del encadenamiento significativo. Lo que prevalece en el síntoma es su articulación significativa, que corresponde a que “un significante representa a un sujeto para otro significante”, es la representación del sujeto por el significante. Si el niño ocupa el lugar del síntoma, es porque representa una verdad de la cadena significativa en la que se haya inscripto, es decir, que el niño está representado para otros significantes por el significante que hace síntoma.

⁷⁹ LACAN, Jacques, *Dos notas sobre el niño*, Intervenciones y textos 2, Editorial Manantial, 1988, p.55.

De esta manera, el síntoma permite dar una forma discursiva a esa verdad que de la pareja parental, no puede ser enunciada sino de este modo metafórico. Porque esa verdad no puede decirse toda, y es el síntoma del niño el que remite a esa verdad oculta, a algo de lo fallido de la pareja, algo que se presenta como inconsistente en el discurso del Otro.

El síntoma del niño puede hablar así de esa verdad, de eso que se presenta como falta en el Otro. Así, viene a solucionar ese problema del enigma del Deseo de la Madre. Se trata de Otro barrado, del encuentro con el significante de la falta en el Otro, $S(A)$, y a esa inconsistencia, a esa falta de un significante, es a la que viene el niño a responder con su síntoma, y va a producir una significación. Y esa significación para el sujeto viene determinada por el Otro, $s(A)$, del texto provisto por el discurso del Otro encarnado en los otros significativos.

Para explicar esta respuesta del niño, se pueden considerar los términos que introduce la Metáfora paterna en su totalidad, que combina el Deseo de la Madre (DM) y el Nombre-del-Padre (NP). En este caso, la pareja significativa está desplegada (NP y DM o $S1 - S2$). Entonces, por una lado, el síntoma representa la verdad de una relación entre dos. Esto quiere decir que el niño con su síntoma vendría a alojarse en el lugar de la x , dándole una significación al DM en tanto está abrochado al NP.

Pero, por otro lado, se observó que el síntoma responde por la verdad de lo fallido de esta pareja significativa, la verdad de lo que no alcanza a velar totalmente, de lo que no encaja, y que tiene que ver con ese el residuo irreductible del mito familiar, la no-relación sexual entre un hombre y una mujer, que supone el objeto "a" como resto.

Esta es la vertiente real del síntoma, donde el lugar del niño se aprehende como verdad en lo real, revelando la verdad de lo fallido de la pareja parental, el malentendido entre los padres, en tanto son también un hombre y una mujer, y la escritura de esta relación lógica se funda en el malentendido de la palabra, que el niño tendrá que resolver.

En este primer caso, el síntoma del niño que representa la verdad de la pareja parental, se trata de la neurosis, se puede establecer a partir del discurso que ha operado la sustitución metafórica. Esa verdad que oculta el síntoma del niño se comprende como un mensaje cifrado que viene determinado por el Otro, y por lo tanto,

es algo que interroga fundamentalmente a los padres, porque se refiere a una verdad que ellos desconocen y que remite a una falla que compete a la propia posición subjetiva de ellos y que el hijo viene a completar.

Existe una indicación clínica para este caso, donde existe una mayor apertura a las intervenciones. Esta respuesta es la más alcanzable por el discurso analítico (la de la neurosis). Y es el caso “más complejo”, lo que puede referirse a la complejidad que supone el trabajo con el niño y con los padres.

b. El niño como objeto del fantasma de la madre

“La articulación se reduce en mucho cuando el síntoma que llega a dominar compete a la subjetividad de la madre. Esta vez, el niño está involucrado directamente como correlativo de un fantasma”.⁸⁰

Se trata de la subjetividad de la madre, pudiéndose escribir una modificación de la metáfora donde el DM/x es diferente como matema a DM/a. Se puede pensar que no es lo mismo la madre que diga “no le puedo sacar los ojos de encima”, que aquella que soportando su propia angustia estimula al hijo a crecer.

En este caso, se trata del síntoma que define el estatuto del niño como correlativo del fantasma que compete a la subjetividad de la madre. Se trata del niño en “posición de objeto” en el fantasma de la madre.

Tomando la escritura de la metáfora paterna, la pareja de significantes, que sería DM y NP o S1 – S2, no está desplegada: sólo existe uno, el DM, o dos holofraseados. El deseo materno no ha sido regulado o intervenido.

“Cuando la distancia entre la identificación con el ideal del yo y la parte tomada del deseo de la madre no tiene mediación (la que asegura normalmente la función del padre), el niño queda expuesto a todas las capturas fantasmáticas. Se convierte en el ‘objeto’ de la madre y su única función es entonces revelar la verdad de este objeto”.⁸¹

⁸⁰ *Ibidem*, p.55.

⁸¹ *Ibidem*, p.55-56.

Cuando no hay mediación del padre, M e I (el hijo como ideal del yo) quedan adosados y el niño queda atrapado allí. Se reduce la distancia entre el deseo de la madre y la identificación del ideal del yo, lo que libra al niño a todos los modos de ser presa del fantasma de la madre.

La función del Padre es la de mediar entre el Ideal y el "a". El niño nace en el lugar de este producto que es el objeto "a", que alimenta la causa del deseo de la madre. Pero, debe advenir como sujeto barrado, sino queda atrapado allí. Será sustraído de este lugar si entra en juego el NP.

La función del Padre que no opera en relación al deseo de la madre, como elemento tercero para separar al niño del ideal del valor de goce, no aparta a la madre de la fascinación de encontrar la verdad de su objeto en su hijo.

Mientras que la madre aporta su subjetividad, deja al niño sólo la posibilidad de ser objeto del fantasma de ella, (madre<>hijo), determinando así su síntoma.

Se trata aquí de la psicosis, donde el fantasma del psicótico, es el fantasma del Otro, generalmente el de la madre. El Otro queda todo circunscripto a la madre, se iguala al deseo de la madre, y madre e hijo participan de un mismo fantasma.

Ya no es el niño causa, sino mero objeto de la madre que revela su verdad. El objeto en la psicosis tiene el estatuto de desecho, expuesto a todas las capturas fantasmáticas de la estructura.

La psicosis se elige de una respuesta en la vertiente de la forclusión, mecanismo por el que se realiza una negación radical sobre el NP, que se forcluye. La forclusión implica la no representabilidad del sujeto en la cadena significativa, su camino hacia su representación simbólica es anulada.

La forclusión del Nombre-del-Padre, implica que el significante no realiza la separación del objeto de goce del Otro, el Otro materno. Esto coloca directamente el deseo de la madre en conexión con el hijo, como objeto de goce "a".

Allí donde el niño es captado y situado por el deseo de la madre, en la posición de realizar su fantasma, introduce el objeto "a" en la vertiente de lo real. *"El niño realiza la presencia de eso que Jacques Lacan designa como el objeto a en el fantasma".*⁸²

⁸² Ibídem, p.56.

El niño, ocupando el lugar de objeto "a" en el fantasma de la madre, significa que se juega allí su ser en forma completa. Es el ser de objeto que tendrá frente al Otro, una identificación absoluta. El niño realiza la presencia del objeto "a", lo materializa, y esto quiere decir que está fuera de la dimensión imaginaria y de la significación de la falta. Desde allí revela la verdad de este objeto, verdad de goce que compete a la subjetividad de la madre. Así, este objeto tiene un valor real, y el niño posicionado como objeto "a" real, al desnudo, está excluido del encadenamiento simbólico del inconsciente, sin ninguna verdad de significación.

El niño viene a ocupar el lugar de ese objeto faltante en lo real, a obturar esa falta en el Otro, a colmar un vacío estructural, lo que le niega a la madre la posibilidad de plantearse la pregunta por su ser mujer, o por su falta, de acceder a su propia verdad. Y también la madre desconoce tanto el deseo como la verdad del niño.

Aquí la madre no estaría posicionada del lado femenino, porque para que la madre goce del niño como objeto del fantasma es necesario que se ubique del lado de la identificación con el universal de la castración, del lado del goce fálico, es decir, no entra la dimensión de la falta en el Otro.

Que el niño encarne el síntoma referido a la madre negándole su acceso a la verdad, da cuenta de una falla en la operación de la función paterna, en su acción de limitación y captura del goce por el significante fálico, y sus consecuencias estructurales para el hijo y para la madre.

"El síntoma somático le ofrece a este desconocimiento el máximo de garantías: es el recurso inagotable para, según los casos, dar fe de la culpa, servir de fetiche, encarnar un rechazo primordial".⁸³ Es este el punto extremo de esta alienación, cuando el niño le da cuerpo a ese síntoma, siendo el cuerpo la sede inicial del goce. Y la separación del goce del cuerpo a través de la operación significativa es lo que se llama sujeto.

⁸³ *Ibíd.*, p.56.

c. El niño como falo de la madre

Esta sería otra respuesta del niño aclarada por Lacan en “De una cuestión preliminar...” cuando dice:

“Todo el problema de las perversiones consiste en concebir cómo el niño, en su relación con la madre, relación constituida en el análisis no por su dependencia vital, sino por su dependencia de amor, es decir, por el deseo de su deseo, se identifica con el objeto imaginario de ese deseo en cuanto que la madre misma lo simboliza con el falo”.⁸⁴

Aquí la respuesta del niño es identificarse con el falo que le falta a la madre.

Freud había especificado que una solución del complejo de Edipo estaba dado en el hecho de que la niña había cambiado su deseo de tener un falo por el deseo de tener un hijo del padre, gracias a la equivalencia simbólica; pero luego, al haber renunciado esta vez a tener un hijo del padre y desear tener un hijo de otro hombre, veía en el ser madre la reviviscencia de ese antiguo deseo infantil de tener el falo, esta vez representado en su hijo. En este sentido, esta sería una solución perversa, si el hijo viene a identificarse al falo imaginario de la madre.

El niño en la neurosis, concebido como efecto de significación estará afectado por el hecho de que toda significación es fálica, tiene un lugar de falo para la madre.

Es común entonces a la neurosis y a la perversión que el niño pueda ser reclamado en esta posición como falo. Pero la perversión está en el punto en el que el NP, habiendo operado, se reniega la interdicción que introduce, la castración, aparece la desmentida y en la ausencia coloca una presencia. Por el mecanismo de la renegación, donde el sujeto hace un “sí pero no” a la castración de la madre, sabe de la falta pero reniega de ella. Allí donde debería aparecer el (-φ), con su función imaginaria, como producto de la metáfora paterna, en la perversión aparece el (+φ), el falo positivizado. Crea así el objeto fetiche que obtura, como sustituto del falo materno, en cuya existencia no se pudo dejar de creer. Frente a la pregunta por el deseo materno el niño responde identificándose al falo, elige la perversión.

⁸⁴ Op. cit, p.240.

En la perversión el estatuto de falo no será imaginario, será real en su fantasma y la posición del niño es la de ser instrumento de goce del Otro materno al encarnar ese falo. Es una de las respuestas que puede dar el niño al deseo de la madre; en cuanto que la madre lo simboliza en algo, se identifica con ese falo.

Se trata aquí del Otro de goce, no de un Otro de la demanda, deseante, como es en el caso de la neurosis. El Otro de goce es un Otro sin barrar, porque el sujeto obtura la falta en le Otro materno, y queda alienado a la madre, a merced de su puro capricho. El niño se ha ubicado como objeto de goce del Otro materno y no como objeto que causa su deseo.

SEGUNDA PARTE

CASUÍSTICA

Se tomarán viñetas clínicas de tres diferentes casos para la articulación con el marco teórico.

El primer caso, fue tomado de un texto aportado por Graciela Kahanoff, que lleva el título *“Un error, una entrevista”*, que se encuentra en el libro *“Aún los niños”* de Alicia Hartmann. Es preciso advertir, que no se trata de la presentación de un caso clínico trabajado por la analista, sino de una sola entrevista, que ella toma de su experiencia para señalar un error cometido en la práctica clínica. Por eso no se lo analizará como un caso, sino que se destacará aquello que intenta mostrar allí la analista, que resulta muy representativo de la problemática central de esta investigación: la presencia de los padres en la clínica con niños, revelando la importancia de comprender quiénes son los padres desde el psicoanálisis, lo que requiere contar con conceptos teóricos sólidos para evitar errores en la práctica por ignorancia o inexperiencia.

El segundo caso, fue extraído de las propias prácticas profesionales realizadas en el Hospital Lencinas, durante el cursado en la facultad en el año 2003. Se tomarán de este caso, algunas viñetas correspondientes a las entrevistas realizadas con una madre que consulta por su hijo, donde sólo se consiguió tener tres entrevistas con ella y dos con el niño, debido a que el trabajo fue interrumpido.

En cuanto al tercer caso, fue llevado a cabo por Juan Gerardo Ortega, psicólogo de la planta de la Municipalidad de Lomas de Zamora. Este caso se titula *“El juego puede permitir al niño asumir su responsabilidad como sujeto”*, *“¿Jugamos a que yo me caigo de la ambulancia?”*, que fue extractado del trabajo *“La responsabilidad de los niños”*, publicado en la revista *Psicoanálisis y el hospital*, N° 25, *“La infancia amenazada”*.

1º Caso

“Una llamada telefónica solicita una consulta por un niño de cinco años. Era mi segundo paciente. Acuerdo un encuentro con los padres.

Llegan a la entrevista dos mujeres y un niño ‘colgando’ entre ellas. El niño es depositado en el suelo, ante mi sorpresa; las mujeres se sientan y una toma la palabra. El motivo de consulta es que Carlitos se saca los mocos y los pega en cualquier lado, no tiene modales, se tira sobre la gente y grita. No es motivo de preocupación que el niño no camine solo, no hable, no controle esfínteres, tenga rocking, se babee, use pañales, etc. La mujer más joven –la que hablaba– era la madre. La otra movía constantemente la cabeza, como afirmando todo lo que se decía. Casi sobre el final hice dos preguntas.

–Señora, ¿Usted, qué relación tiene con Carlitos?

Me di cuenta de inmediato que era sorda. La madre responde: “Es mi tía. Me ayuda a criar a Carlitos”. La tía afirmaba con la cabeza, como lo había hecho desde el comienzo de la entrevista.

–¿Cuál es la relación del niño con el padre?

–¡Ahh! Mi marido está muy ocupado, trabaja todo el día. El fin de semana, cuando duerme la siesta, pongo al nene en la cama con él para que se conozcan.

Se cita a los padres a una segunda entrevista. Pero, ¿por qué no asisten? Nunca más los vi. ¿Cuál fue el error?”

“¿Cuál fue el error en esa primera entrevista? Gracias a lo cual cambió mi clínica. Los padres habían concurrido a mi consultorio.”

Análisis

A partir de la entrevista, se observa que la analista recibe un pedido de consulta por un niño, Carlitos, de cinco años, y cita a los padres. A la entrevista concurren dos mujeres con un niño: una de ellas es la mamá del niño, que es la que habla, y la otra es la tía de la mamá, que es sorda, cuestión que averigua la analista tras preguntar por la relación de esa otra mujer con el niño. La analista da cuenta también de la existencia del papá del niño. En consecuencia, obtiene que existen una

mamá y un papá biológicos para este niño, que están allí, están presentes en el entorno del niño. Por lo tanto, dado que ellos son los padres de Carlitos, a ellos se los debe citar para trabajar. Pero este supuesto conduce a la analista a su error, y esos padres no concurren a la entrevista a la que son convocados.

¿En qué se funda el error? Se funda en la creencia de la analista de que el lugar del Otro a partir del cual se constituye el niño, es un lugar determinado por la biología, y que por lo tanto la mamá y el papá reales, al estar presentes, van a encarnar ese lugar. Esto es hacer corresponder la persona de carne y hueso con un lugar y una función, cuando se entiende que el lugar del Otro no está dado ni por el sexo ni por la biología, sino que está determinado por lo simbólico. Esta cuestión es la que la analista no pudo establecer, y tras las preguntas que realiza, de lo que se queda prendida en el discurso es de lo fenomenológico, de lo concreto: de que los padres del niño son la mamá y el papá biológicos, en tanto ellos por estar presentes ocupan necesariamente al lugar del Otro.

A partir del psicoanálisis, se entiende que donde hay que ir a buscar su presencia o ausencia es a nivel de la estructura, es decir, a nivel de la realidad del inconsciente para un sujeto, que tiene estructura de lenguaje, y que se constituye a partir del discurso del Otro. El Otro, es lugar de lenguaje, que no está en lo profundo de algo, sino que tiene una forma discursiva, bidimensional, como una banda de moebius. Esto impide sustancializar, porque si bien ese lugar de lenguaje a partir del cual se constituye un sujeto, tiene que ser habitado por alguien en particular, no necesariamente tienen que ser la madre y el padre biológicos de un niño quienes lo ocupen. Porque ese discurso del Otro, no importa de quién salga, en tanto es un lugar, puede ser encarnado por cualquier otro semejante, porque lo que interesa es que desde allí se hable al niño para que se constituya, a partir de un deseo que no sea anónimo. Entonces, aquello que habría que haber establecido en esa primera entrevista es: quién encarnó realmente ese lugar del Otro, y determinar qué lugar ocupan estos personajes que aparecen en la escena, la mamá, la tía y el papá en la constitución subjetiva del niño. Eso es lo que la analista en este caso no pudo resolver, dado que supuso que ese discurso del Otro viene de los padres biológicos, y eso la condujo a su error.

Si ese Otro, por cuya palabra el niño constituye su subjetividad, está hecho de significantes, al lugar donde debió ir a buscar a los padres es a eso que tiene

estructura discursiva, lo que significa localizar cómo se ha jugado en el lugar del Otro, en la realidad del inconsciente, el deseo de la Madre y la función del Nombre-del-Padre. Esto barre con la idea de que Madre y Padre son los personajes mamá y papá de carne y hueso que viven con el niño, en tanto se entienden como operadores lógicos a nivel de la estructura, tal como se observa en el esquema Rho: la madre como la instauración de un deseo y el padre como el operador que posibilita la instauración de una legalidad en ese deseo, habilitando la metáfora para un sujeto. Esto significa que lo que hay que preguntarse es por lugares y operatorias a nivel inconsciente, en ese lugar del Otro, que en este caso se puede encontrar en el discurso de la mamá de Carlitos.

En la entrevista, por la palabra de la mamá, se entiende que ella y su tía son quienes se ocupan de la crianza del niño, y además se observa que son ellas quienes acuden a la consulta preocupadas por él, siendo la mamá la que habla de lo que le pasa al niño. En consecuencia, se puede pensar que quienes encarnan el lugar del Otro en este caso, son la mamá y la tía de ésta, en tanto ellas son las que portan un saber sobre el niño, y desde el lugar del Otro, lo significan. Es por la vía de los cuidados que de una forma particular ellas prodigan al niño, como introducen en él el significante, y permiten su humanización.

Esto es lo que debió establecerse en esta primera entrevista: que la mamá y la tía son los representantes del Otro para el niño, por el cual es hablado, donde su posición subjetiva estará en función de cómo la mamá y la tía han representado ese lugar, de cómo se ha presentado para el niño el deseo del Otro, deseo de la Madre. Así, ellas van al lugar del Otro, siendo que algún lugar en su deseo han podido abrir para Carlitos, ya que le han permitido vivir.

En cuanto al papá de Carlitos, se observa que aunque él está presente en la casa, cerca del niño, no se encarga de él, no ayuda en su crianza. Parece no haber establecido alguna relación estrecha con su hijo, serían como dos desconocidos. Con esto, se entiende que no es el papá quien ocupar el lugar del Otro, ya que es lugar del tesoro significante que baña el cuerpo del niño y lo significa, y el papá parece no hablar ni sostener al niño. Esto indicaría que en este hombre no abría un espacio en su deseo inconsciente que pueda alojar al niño en un lugar de valor y alimentarlo de significantes, lo que demuestra que no basta con ser el padre real y estar cerca del

niño, tiene que haber deseo de hijo, para encarnar realmente el lugar del Otro, lo que depende de la propia posición subjetiva, porque amar al niño y desearlo no es algo dado por la naturaleza.

Sin embargo, aunque no haya un papá que encarne el lugar del Otro que desee al niño, ¿hay o no Padre en la estructura?. La ausencia del papá en la vida del niño, o su presencia en el hogar no indica para nada si hay allí la función del Padre, porque eso es pensarlo desde lo fenomenológico. La presencia concreta del padre real en la casa no garantiza la eficacia de la función paterna, como tampoco su ausencia determina que no la haya. La función del Nombre-del-Padre no tiene que ver con el personaje papá a quien se cita a una entrevista, porque no encarna, es una función del lenguaje. Hay que ver en el discurso del Otro que habla en el niño si ha operado o no.

Si se atiende al contenido de ese discurso puesto en forma en la entrevista, se puede observar que Carlitos presenta serias dificultades en su desarrollo, retraso en el desarrollo motriz y del lenguaje, y que son el reflejo de cómo se ha presentado el orden simbólico para él, en función de cómo fue hablado y tomado en el deseo desde la mamá y la tía.

Esto puede pensarse a partir de una cuestión que resulta llamativa en este caso, donde se observa que esta mamá y la tía no consultan por aquellos problemas notables en el niño, no traen como una preocupación que Carlitos no camine solo, no hable, no controle esfínteres, entre otras cosas. Sino que ponen de relieve cuestiones de menor importancia, que se saca los mocos y los pega, no tiene modales, se tira sobre la gente, grita, pero que les resultan molestas, porque el niño no responde a lo que se le pide. El hecho de que ni la mamá ni la tía hayan siquiera notado los graves problemas madurativos de Carlitos, revela que éste no ha sido mirado y escuchado por ese Otro, obstaculizando así sus posibilidades de crecimiento.

Lo que denuncian estos problemas en el niño, es una dificultad en el proceso de su humanización, que remite a una falla en la función materna, de quienes van al lugar del Otro simbólico que introduce al niño al mundo humano del lenguaje. Se percibe como una falla del ejercicio de la función simbólica, porque el niño parece no haber podido tramar desde lo simbólico y lo imaginario el armado de su ser y de la realidad de su mundo. Esto se observa en su relación con los otros, donde no habla, y sólo toma contacto mediante gritos y tirándose encima. Parece no haber recibido del

Otro el establecimiento de un orden que le permita organizar su comportamiento, y eso explica su desborde pulsional, porque no puede simbolizar.

A raíz de esto que constituye el discurso del niño, la falla en el orden simbólico, llevan a pensar que no parece haber algo en esta estructura que haya soportado la función del Padre, que permita la introducción de la ley del no todo en el orden simbólico, posibilitando al niño no quedar atrapado en el deseo de la Madre.

2º Caso

1ª Entrevista con la madre

Consulta Beatriz por su hijo Pedro de 10 años, a quien no ha traído al consultorio, pero dice que él quiere venir. Refiere que consulta porque Pedro está molesto debido a que ella está embarazada. *“Es agrandado y problemático...dice cosas de la ropa del bebé”*.

Beatriz tiene 27 años, se dedica a la venta de churros y trabaja en un comedor. Expresa que han pasado cosas, que antes vivían ella y Pedro con una hermana de ella y su hijo, y agrega que ésta era como una segunda mamá y el hijo de ésta como un hermanito para Pedro, pero se fueron. Su cuñado se quiso abusar de ella y no lo pudo superar. *“Yo he sido muy segura...Mi hermana no se la jugó, se fue con él...”*. Por este motivo, no le nace ver a su hermana. Relata que sus padres murieron cuando ella tenía 15 años, *“y mi hermana era como una madre y me falló. Se desvivió por Pedro, fue como una madre.”*

El papá de Pedro la dejó al poco tiempo de estar juntos, *“...me dio la seguridad mi hermana”*.

Beatriz continúa diciendo que otra hermana suya se casó jovencita, y que *“se han venido a vivir como 10 personas (a su casa), son otra clase de gente, tiene hijas prostitutas...se casó con un delincuente, lo trató de defender. Mi hermana no les puede dar nada”*. Hace 2 años que sucedió esto.

Luego habla de su novio actual, Félix, y del embarazo: *“La relación de pareja me cuesta, no me gusta rendir cuentas. Me compliqué un poco por esto (por el*

embarazo), *con él*". Hace 10 meses que conoce a Félix, y se quedó embarazada cuando llevaban 6 meses de novios. *"Tuve que dejar las pastillas por una yaga...Estoy bien, es un hijo más, le quería dar un hermano, se lo trato de hacer ver por el lado positivo"*.

Comenta que, respecto del bebé, "para Pedro es un estorbo, todo es... 'ay! a él le compraste!', se fija en todo".

"Él (Pedro) no ha querido venir porque son locos los psicólogos, se demoraba ayer y no quería venir, piensa que le quieren joder la vida".

En cuanto a Pedro y a su novio, dice que *"son muy celosos los dos"*. A Pedro le molesta su novio, *"siempre me quiso separar de todo el mundo, tiene que ser él. Se sintió invadido...ahora somos cuatro."*

Beatriz comenta que ella y Pedro duermen juntos, en la misma cama, *"porque él lloraba, se tiraba al piso"*. Dice que armará en la casa un cuarto para él y el bebé.

Luego dice de Pedro: *"habla, es como superado pero con una coraza...haceme el té, servime la comida, pasame, colgame..."*.

El papá de Pedro nunca se hizo cargo de su hijo, *" me dice que no le hable de ese tipo...le digo que lo tiene que aceptar. Lo ve porque es un vecino, no acepta el abandono...no lo saludó, le hizo una barrera"*. El papá se había ido a Estados Unidos, y cuando volvió quiso invitar a Pedro a salir, y éste le dijo que no tenían nada de qué hablar.

"Cuando (Pedro) quiere conseguir algo, me puede". Pedro le dice *"Sería tan feliz con la mascota virtual, pero no es tan cara...Es manipulador, es inconformista. Hace de mí lo que quiere."*

Comenta que Félix, su novio, la martiriza diciéndole *"que éste hace lo que quiere con vos"*, que la manipula. Manifiesta que éste ha sido un error de ella y que se arrepiente, pero que Pedro se quiebra y la hace sentir culpable.

En relación a las actividades cotidianas, Beatriz expresa que por las mañanas deja al niño en la casa, y para el almuerzo éste va al comedor y luego a la escuela.

Se cita a Beatriz y a su hijo para una próxima entrevista, pero no concurren.

2ª Entrevista con la madre

Beatriz vuelve al consultorio con su hijo recién tres meses después de la primera entrevista. Explica que está por tener a su bebé y que vendrá Pedro. Manifiesta que el niño está rebelde ahora en la escuela, que antes lo felicitaban. Hace

2 meses Pedro tuvo varicela y él le dice a Beatriz que es por eso que no le salen las tareas. Pero Beatriz piensa que es una excusa, pues ella le buscaba las tareas para que no se atrasara.

La mamá continúa diciendo que Pedro le explica que no termina la tarea porque la maestra le tiene bronca, y por el bebé, que *“al bebé no le va a poder ganar”*. Beatriz lo reta pero le sigue yendo mal en la escuela, *“no entiende en clase ni conmigo”*.

Expresa que Félix, su novio, y Pedro son *“celosos”*. Pedro *“no acepta que haya otra persona”*. Beatriz dice que ella y Pedro son el uno para el otro, que hacen diez años que están juntos, que son más que madre e hijo, son compinches. *“Éramos como un matrimonio”*.

Comenta que luego de la primera consulta hizo que Pedro durmiera en otra cama solo.

A Pedro *“lo mató que fuera un varón (el bebe que va a tener), se sintió que lo iban a desplazar”*. *“Lamentablemente me quedé embarazada”*. Dice estar mal con el papá del bebé, Félix. Le ha planteado que se quiere separar y que cree que con el tiempo lo hará.

Félix y Pedro se pelearían por ella. *“Mis ojos son en él (Pedro) y ése es el problema”*. Los dos juntos son un martirio en su vida.

Sólo se entrevistó a la madre, y se le pidió que trajera a su hijo para una próxima entrevista.

3ª Entrevista con la madre

Acuden Beatriz y Pedro al consultorio. Primero se entrevistó a la madre, quien manifiesta que ahora ya saben porqué le va mal en la escuela a Pedro. Una maestra que habló con él, a quien le dijo que es porque no se siente parte de la familia, que siente que lo han dejado de lado, que no lo querían.

Con el embarazo, Beatriz le prestaba menos atención a Pedro, porque estaba cansada trabajando en los churros y que salía a las 19 hs. Piensa que Pedro se sentía abandonado cuando no lo iba a buscar a la escuela. Ahora trabaja en un comedor hasta las 19 hs., y cuando Pedro sale de la escuela va al comedor.

La mamá manifiesta que ahora Pedro está rebelde y ella lo reta por todo. Piensa que Pedro se siente desplazado porque de un día para el otro le cambió la vida. *“Porque ya no somos dos”*, dice que cuando se pelea con Félix, él (Pedro) se pone feliz, le dice que *“sí no se va a abuenar”*.

Beatriz conoció a Félix en el mismo barrio, los presentó una vecina, salieron y ahora están juntos. Agrega que antes si ella conocía a una persona, Pedro se interponía y no lo hacía. Pero esta vez lo hizo y esto a Pedro *“le dio un remezón”*.

A Félix lo conoce desde octubre del año pasado y se quedó embarazada en febrero porque *“fue un desliz”*, había dejado de tomar las pastillas por el descanso y *“el profiláctico se rompió”*.

Al final, Beatriz manifestó que seguramente tendría a su bebé en estos días y que entonces no podría venir más.

Análisis

En este caso, se puede ver a un otro realizando el pedido de análisis por un niño. La mamá es quien consulta por su hijo, coloca el síntoma de un niño en su demanda y pide que se lo atienda, diciendo de entrada que él quiere venir. Pero, en su discurso se escucha que su hijo no quiere ir a ver a un psicólogo. Y si el niño es hablado por el Otro, esas son palabras que provienen de Beatriz, en tanto es quien encarna ese lugar, por lo que se entiende que es ella quien lo piensa, quien no quiere encontrarse con algo de su falla.

Beatriz acude sola a la primera entrevista, y lo que dice con esto, es que si bien ella realiza el pedido por su hijo, esto recubre un pedido que es de ella, donde lo que le pasa a su hijo denuncia una situación que compete sobre todo a la mamá. Porque Pedro tiene la función de revelar una falla que es de la propia posición subjetiva de la madre, es falla en el Otro. Esto que enfrenta a Beatriz a la castración, es lo que no puede tolerar, colocando a su hijo como el portador del problema.

De esta manera, el padecimiento sería principalmente de Beatriz, y remite a no poder ocupar el lugar de madre, y esto la lleva a consultar por un niño, pero se podría pensar que se trata aquí de la niña que hay en ella, consulta por su propia neurosis infantil. Padecimiento por su alienación a ese lugar inconsciente que ella ocupa en el Otro, que despliega en su discurso, discurso del Otro, que a su vez envuelve a su hijo, quien padece sus efectos. Por lo tanto, una maniobra posible en este caso particular, podría haber sido la decisión de considerar a la mamá como paciente.

En las entrevistas, Beatriz relata ciertos sucesos importantes que hacen al armado de su propia historia: la muerte de sus padres siendo una adolescente, la importancia de la relación con su hermana y su posterior ruptura, un primer embarazo siendo muy joven, y un segundo embarazo que lamenta, resultado de vínculos inconsistentes con hombres diferentes.

Atendiendo a lo que Beatriz despliega en su discurso en torno a estos acontecimientos, es preciso descubrir lo que se juega en torno a su posición subjetiva frente a la sexualidad, en relación a la significación fálica, que se enlaza a su posición frente al deseo del Otro y a la falta. Porque la queja y el malestar de esta mamá remite a esta posición inconsciente que ella ocupa, que es lo que se juega en este caso, donde se observan las consecuencias que tiene sobre su hijo, esa ubicación en relación a la sexualidad, a la castración.

Si se sostiene que Beatriz consulta por “la niña” que hay en ella, es porque se entiende que éste es el lugar que ella ocupa para ser el falo en el deseo del Otro. Frente a la castración, frente al no tener, que atañe sobre todo a la posición femenina, Beatriz ha encontrado en “la niña” la solución respecto de la lógica fálica, lo que vela su ser femenino, obturando la mujer que hay en ella. Esto se puede deducir de la situación con la hermana que la cuidó, luego de la muerte de sus padres. Esta hermana fue la Madre para ella, donde se observa que no importa que no sea la mamá biológica, porque se trata de que ella es quien realmente pasó a encarnar el lugar del Otro, siendo la Madre incondicional: la sostuvo, la protegió, le dio “seguridad” cuando se quedó sola con Pedro. Mientras que el papá de Pedro no se hizo cargo de él, la hermana sí, y de esta manera ocupó el lugar de la Madre tanto para Beatriz como para Pedro. Así, Beatriz responde a su posición inconsciente de “la niña”, en tanto que no puede ubicarse como Madre y mujer.

Tras el episodio del “abuso” por parte del marido de la hermana hacia ella, aquella decide irse con él, y esto es lo que a Beatriz le dolió, que la hermana “no se la jugó” y le falló. Pero le falló en el sentido de no seguir siendo la madre-toda para ella, porque esto es lo que pide Beatriz al Otro de acuerdo a su posición, que sea un Otro absoluto que deba siempre responder. En realidad, la hermana sí se la jugó, pero eligiendo como mujer, se la jugó por su familia en lugar de responder desde el lugar de

incondicional para Beatriz. Esta diferencia de lugares, que divide al sujeto femenino entre la mujer y la madre, es de la que Beatriz no puede dar cuenta.

Siguiendo esta lógica, también se explica la molestia que a Beatriz le produce esa otra hermana suya que tiene diez hijos y que vive ahora con ella, porque ésta no es capaz de ser Madre con sus hijos y entonces tampoco con ella.

Otra cuestión que da cuenta de su respuesta subjetiva frente a la sexualidad, a la castración, es el hecho de que no ha podido sostener una relación con un hombre en su vida, ni con el padre de Pedro ni con su novio actual, Félix, y esto es así porque lo que allí no tolera es encontrarse con su propia falta, porque no ha podido ubicarse como mujer soportando el agujero, creando algo allí, en donde se juegue su deseo en relación a un hombre anudándose a él.

Como Beatriz no puede tolerar su falta, revelarse como deseante haciendo de un hombre su partenaire, ella hace pareja con su hijo, de manera que por la vía de tener hijos ella encuentra una solución para tapar su falta, para no preguntarse por su deseo, por su ser de mujer. En sus relaciones Beatriz no ha buscado al hombre, éstos parecen haber sido un simple medio por el cual ella termina obteniendo hijos. Aunque dice lamentar su segundo embarazo, que llama un “desliz”, puede leerse como un tropiezo que revela su deseo inconsciente de tener otro hijo. De esta manera, se ubica más del lado del tener, teniendo hijos como sustitutos del falo que le falta, lugar de la madre toda, que desde el goce fálico pretende obturar la falta.

Esto explica que su mirada esté sólo puesta en su hijo Pedro, no mira otra cosa, no mira algún proyecto de vida, no mira a su novio como otro deseante. Con esto, se piensa que ella padece de esa búsqueda de incondicionalidad, en tanto no puede desear algo más allá del hijo, y allí Pedro queda atrapado para proveerla.

Esto tiene que ver con su posición frente a la sexualidad, que lleva a la pregunta por el lugar de mujer, qué le ocurre a Beatriz con ese lugar.

Se puede detectar en el discurso de Beatriz, un punto donde revela algo de su falla, falla en el Otro, y este punto tiene que ver con la separación: Pedro *“siempre me quiso separar de todo el mundo, tiene que ser él”*, su hijo se interpone, entre ella y los demás. Es ella, que desde el lugar del Otro habla del niño, quien no puede establecer

esa separación respecto de su hijo, siendo el único objeto de deseo para ella, y así ella misma se imposibilita entrar en relación con otros y con cualquier otra cosa que pueda desear. En función de esta falla, Beatriz coloca a su hijo en un lugar que obtura, donde es sólo él y ella, lugar de goce tanto para la madre como para el niño.

Este modo que Beatriz ha encontrado para tapan la falta en el Otro en su historia singular, se revela como insistencia repetitiva en esa búsqueda de la incondicionalidad en el Otro, lo que define su modalidad de vincularse con los otros, que se ve reflejada tanto en la relación con esa hermana que la cuidó, como con Pedro. Esta posición explicaría su incapacidad para poder efectuar el corte que permitiría el movimiento de su hijo colocado como objeto de deseo, a objeto causa de deseo.

En respuesta a la posición subjetiva de Beatriz, Pedro asume la función de velar la nada ubicándose en el lugar del falo imaginario que a ella en tanto mujer le falta. En esta relación pregnada de lo imaginario, no hay lugar para la entrada de la diferencia, no hay lugar para los “no” que intenta dirigirle la mamá, para el no-todo, y por eso Pedro consigue de ella lo que quiere. La mamá no puede hacer valer su autoridad, no puede dar un orden que le indique al niño lo que es bueno y lo que es malo, que permita así acotar desde lo simbólico algo de lo pulsional del niño. Pedro no hace más que responder ante ese pedido de incondicionalidad del Otro, sabe que pidiendo y llorando, consigue que la mamá le sirva, le compre cosas. Así, el responde al “manipulador”, el “inconformista”, el “superado”, el “agrandado”, que son los significantes que lo representan en el discurso del Otro que proviene de la madre.

Desde el deseo del Otro, deseo de la Madre, se le otorga un lugar a Pedro, diciendo: “éramos como un matrimonio”, en función de lo cual, Pedro responde quedando ubicado más bien en el lugar de un marido que en el de un hijo. Y durmiendo mucho tiempo juntos, han reposado en la ilusión de completud de un mundo imaginario, en el registro (a-a’), donde Pedro y su madre se satisfacen.

Allí, el niño tiene la función de completar eso que se presenta como falla del lado del Otro, del lado de la pareja de los padres, de la estructura familiar, cuya escritura aquí establece que: no hay en Beatriz una mujer que entre como objeto

causa del deseo de un hombre, y no hay un hombre que haga de esa mujer la causa de su deseo y que soporte la función paterna. Este es el texto que provee el Edipo en este caso, donde Pedro se hace ser el falo para la madre, jugando a engañar el deseo del Otro, y responde completando esa inconsistencia en el lugar de marido: Pedro pelea con el novio de la madre, por un único lugar, y quisiera que ella no estuviese con él.

La falla de Beatriz como mujer, deja al niño en la ilusión de que es posible la completud con su madre.

En el momento en que la madre consulta, es cuando se ha quebrado algo de ese equilibrio en que se sostenía la relación imaginaria entre ella y su hijo. Esta ruptura se debe a la entrada en escena del bebé que la madre va a tener, lo que genera la molestia y la agresividad en Pedro, porque perturba ese lugar único que la madre le pide ocupar, desde el cual se hace desear y amar por ella, porque Beatriz ahora tendrá que mirar a su otro hijo para que viva.

En este caso, es por la vía de otro, como lugar tercero que viene a separar, por el cual se produce la división en el Otro materno y la emergencia de la pregunta por su deseo. Se abre por este camino la sustitución del Deseo de la Madre por el Nombre-del-Padre, y la posibilidad para Pedro de elegir ubicarse en otra posición que no sea la de saturar el deseo materno. Es por la entrada otro hijo, que también puede causar el deseo de la madre, por el que Pedro puede ser restado de ese lugar de brillo fálico, lo que permite poner en circulación el falo.

Esto no significa que el Nombre-del-Padre no haya operado en la estructura, porque de las entrevistas, se puede inferir que se trata de un niño neurótico, que presenta un síntoma. Se observa que para nada se trata allí del padre biológico, ese papá que no estableció ningún tipo de vínculo con el niño, a quien Pedro no quiere ver.

Lo que Pedro expresa mediante su rebeldía en el ámbito escolar, es algo de la angustia que ha producido en él este ser desalojado de ese lugar único para la madre, y enfrentarse con el límite que finalmente vino a poner el futuro hermanito.

Cuando dice de Pedro que está molesto porque ella está embarazada, éste es el discurso de la madre que habita en el Otro que le ha hablado a él, por lo que se

entiende que a quien le molesta principalmente este otro hijo por nacer es a la mamá, porque a ella le resulta difícil ubicarse como mujer.

3º Caso

“A los padres que consultan por Mario, de seis años, les preocupan episodios en los que el chico “se enreda y se cae”. El último de estos accidentes, incluso revistió riesgos para su seguridad física: viajando en el auto con sus padres, al querer tirar el envoltorio de una golosina, abrió la puerta y se cayó en medio de la calle. El año anterior a la consulta, el padre fue despedido de la empresa donde trabajaba desde hacía muchos años. Para él fue inesperado: “Yo todavía no puedo entender el cómo y el porqué”, dice. Hasta ese momento había ocupado el lugar de un padre de familia tradicional, acaparando en sí la suma de la autoridad y del respeto dentro del hogar. La familia debió reacomodarse económicamente después de esta situación y la madre se vio obligada a buscar un trabajo. Así, ella debió sobreponerse a lo que llama “estados depresivos”, con los que asocia el malestar de Mario: “Me parece que sufrió con mi depresión”.

En las primeras entrevistas, con muñequitos o desempeñando él mismo el rol de futbolista, Mario se dedica a jugar partidos: los futbolistas por él encarnados tienen un carácter temperamental, hacen jugadas osadas, despreocupados de su integridad corporal. En la cuarta entrevista se produce un acontecimiento que resultará importante en el tratamiento. Al inicio de esta sesión mete, como distraído, sus dedos en una lámpara, que afortunadamente está desenchufada. Ante mi grito de alarma se queda callado. Luego, comenzamos a jugar y, siguiendo y a la vez variando la línea de los juegos anteriores, arma una escena en la que él es un jugador de fútbol que se lesiona. Yo soy del equipo médico y debo asistirlo. En una de sus lesiones el jugador no reacciona, a sí que hay que llevarlo en la ambulancia al hospital. En la entrevista siguiente, se pega accidentalmente en la cabeza contra el piso: hago entrar ese real en el juego. “Van a tener que hacerle una radiografía de cráneo”, digo y, en el marco del juego, lo “llevo al hospital”.

Esta puesta en escena de accidentes, enfermedades, hospitalizaciones y muertes, que el juego posibilita, se va consolidando el tratamiento. Sólo varios meses después de iniciados los encuentros con Mario, en una entrevista con los padres, me

relatan los problemas de salud del padre, como si hasta ese momento hubiesen sido olvidados. En la misma época en que fue echado del trabajo, tuvo que someterse a una intervención quirúrgica por una enfermedad grave. “Después de eso ya no fue lo mismo; antes era todo alegría”, dice ahora el padre. En los encuentros posteriores con Mario, el juego sigue desplegándose en la misma línea: una vez, cuando representa que se lesiona y se lo lleva en ambulancia al hospital, propone: “Hacemos que me caigo”; se abre la puerta del vehículo imaginario y él cae en medio de la calle. Esta escena será luego representada en numerosas ocasiones. Las caídas, la caída...”

Análisis

En este caso, se observa que ambos padres consultan a propósito de su hijo. Esto describe el movimiento inicial del análisis de un niño, constituido por una pregunta que los padres se formulan, a partir de lo cual se dirigen a un analista reconociéndole un saber. Los padres se preguntan por el síntoma del niño, porque “se enreda y se cae”, preocupados porque ya en el último incidente puso seriamente en riesgo su vida, al caerse del vehículo en movimiento. Los padres no encuentran allí una respuesta que explique porqué a su hijo le pasa esto, no pueden ya sostener un lugar de saber para su hijo, sintiéndose impotentes en relación a él, por eso acuden al analista para preguntarle.

En este caso, Mario es considerado el paciente, y el trabajo es principalmente con él. Pero el analista hace protagonistas a los padres en el tratamiento de Mario, realizando entrevistas de entrada y de transcurso con ellos, abriendo un espacio de palabra para el trabajo con los padres, porque el padecimiento es tanto de los padres como del niño.

Se puede comprobar en este análisis, la importancia que tiene la realización de entrevistas con los padres, ya que permiten al analista abordar la historificación del niño, el entramado de la historia familiar, de la pareja de los padres, en tanto discurso el Otro que envuelve al niño y le otorga un lugar en la estructura. El analista rescata de ese discurso que proviene del Otro parental aquellos elementos de su historia que le permiten dar un principio explicativo a lo que le sucede a Mario, aquello determina el sentido de su síntoma.

En este caso, el papá y la mamá son los seres significativos que encarnan el lugar del Otro para Mario, desde el cual se puede suponer que estos padres han sido quienes han criado y cuidado al niño, aportado así los significantes que constituyen el inconsciente del niño.

Atendiendo al relato de los padres, es posible pensar que ciertos acontecimientos importantes que hacen a la historia de esta familia, el despido del padre del trabajo y su operación quirúrgica debido a una enfermedad grave, dispararon un cambio, una disrupción en la situación familiar, algo emergió como déficit en esa estructura. Es por ese camino que se pueden encontrar las huellas que determinan el síntoma de Mario, su respuesta particular a lo que surge en ese discurso familiar que proviene del Otro.

Se podría deducir una cierta situación familiar anterior a esos acontecimientos, donde Mario podía ser sostenido por sus padres, en tanto el papá trabajaba, era el sustento económico, y así ocupaba un lugar de autoridad y respeto en la familia. Mientras el padre tenía salud, esto le permitía mantener ese lugar de potencia y sostén en su familia, de manera que ocupaba allí un lugar de valor para el Otro.

Es posible pensar, que si la mamá sufría de lo que llama “estados depresivos” ya antes del episodio de la pérdida del trabajo del padre y de su operación, el papá sería quien habría ocupado mayormente el lugar de sostén para Mario, en tanto él se habría ocupado realmente del niño, y no sólo de él, sino también de la mamá.

Esto se podría plantear como parte del orden familiar simbólico que rodeaba al niño, donde en el lugar del Otro había alguien, sobre todo el papá, que podía responder al niño.

La ocurrencia de esos acontecimientos: la pérdida del trabajo de padre y su enfermedad y operación quirúrgica, pusieron a prueba la capacidad subjetiva de los padres para responder a ellos y elaborarlos, lo que permite develar la posición subjetiva de cada uno frente a la castración, frente al deseo del Otro, que tiene consecuencias para el niño.

En la primera entrevista, el padre relata que hace un año fue echado del trabajo, y refiere que no sabe cómo ni porqué sucedió esto. Abertura de un agujero en lo real para este hombre y para esta familia, que se presentifica a través de una situación de pérdida. El padre pierde un objeto valorado, y así se ve enfrentado a la falta, ante lo cual se observa, que aún un año después, parece no haber podido simbolizar allí donde aparece el agujero, tramar un saber que le permita calmar el dolor que le produjo este hecho significativo.

Esta nueva posición del padre, afectó la situación familiar, y la mamá es quien debió salir a trabajar, a pesar de sus “estados depresivos”. Este nuevo orden de cosas, implicó para estos padres enfrentarse al límite que supone la castración, donde se puede pensar que hay algo que falla del lado de ellos para afrontar la falta, dado que no pudieron armar alguna respuesta que les permita elaborar la pérdida.

Cuando en la primera entrevista, los padres relatan este suceso del padre y la depresión de la madre, parecen atribuirle a eso la causa del padecer de su hijo, tratando de dar desde allí una explicación, encontrar algún sentido, desde lo consciente. Sin embargo, la existencia del inconsciente, permite comprender que no se trata de eso: estos argumentos se presentifican sobre otra cosa, vienen al lugar de otro suceso significativo, que por representar un insoportable, fue sustituido y reprimido, apareciendo en el discurso de los padres sólo varios meses después de haber comenzado el análisis con el niño.

Este otro acontecimiento, los padres lo habían olvidado completamente: se trata de la operación quirúrgica a que debió someterse el padre debido a una enfermedad grave, que coincide con la época en que fue echado del trabajo. Este olvido en el discurso del Otro parental, muestra la hiancia por la cual se cuela un saber que sin que lo sepan, saben. La represión que sobrevino sobre este hecho, al no poder ser tramitado, es lo que generó disrupción, malestar y angustia en la familia, y Mario es quien lo denuncia con su padecer.

Se comprende que no se trataría de una evasiva o un ocultamiento por parte de los padres, el que no hayan hablado antes sobre este hecho. En las entrevistas con el analista, ellos no recuerdan en absoluto esto: que se ha temido por la vida del padre. Este temor se halla en el discurso inconsciente que proviene del Otro parental,

siendo esto lo que los padres no toleran, porque los enfrenta a la castración, vacío donde no han podido articular algo.

En ese lugar de la falta en el Otro, de la no respuesta desde los padres, fue colocado Mario, donde lo reprimido en los padres, lo que no se ha podido soportar y decir, ese temor por la salud del padre, retorna en el niño. Lo que los padres han olvidado insiste, pide decirse, en el síntoma de Mario y sus padecimientos. Esto se puede observar en la producción lúdica de Mario en el análisis, donde no deja de insistir en sus juegos sobre vidas en peligro y preocupaciones de salud.

Se observa que hay una estructura familiar en déficit, que determina la respuesta que Mario tiene que dar a eso que no funciona entre los padres. Por eso, el padecimiento del niño se presenta fundamentalmente como un enigma para ellos.

Lo que sucede, es que a esa verdad que se halla cautiva en el síntoma del niño, que compete a los padres, ellos no pueden tener acceso debido a la represión y se presenta como un mensaje cifrado, “donde el emisor recibe del receptor su propio mensaje en forma invertida”. El niño es el portador de este mensaje a través de su síntoma, $s(A)$, que está determinado por el Otro. Es un mensaje dirigido a los padres que habitan en el Otro, y que les dice que hay alguna disfunción, alguna verdad desconocida o negada que ellos mismos no pueden sostener, que esconde algo que les pasa a ellos, y que se está jugando en el síntoma de su hijo.

Mario asume así la falla del Otro parental, se hace heredero de eso que los padres no han podido tramitar desde lo simbólico, la emergencia de un real que irrumpió con el temor por la vida del padre.

De esta manera, Mario se enfrenta a la inconsistencia del Otro, que él debe completar. Eso que los padres no han podido pensar, él lo expresa prestando su cuerpo y ofreciendo un síntoma: “caerse” en la vida poniéndola en riesgo. Es la forma particular que ha encontrado para significar el deseo del Otro que lo interroga, como efecto de la operatoria de la metáfora paterna, donde su síntoma representa “la verdad de la pareja parental”.

El síntoma, la caída de Mario del vehículo, permite dar cuenta de esa verdad que remite a la pareja de los padres, que tiene que ver con lo que esa verdad no alcanza a velar totalmente, y que sólo puede ser enunciada en la forma metafórica del síntoma: la caída del niño viene al lugar de otra cosa, viene a sustituir la caída del

padre de su lugar de potencia, tras su enfermedad y operación quirúrgica. Porque se podría pensar, que si la mamá está deprimida, sería difícil para ella abrir un lugar en su deseo para Mario, atender al niño y ayudarlo a crecer, pues tendría tomada su libido en otra cosa que la preocupa. Entonces, se podría pensar que si frente a los “estados depresivos” de la mamá, el papá actuaba como fuerte sostén para Mario, al quedar sin él, cayó arrojado.

La caída del padre, es lo que va al lugar, en esta particular versión del Edipo, de esa falta que los enfrenta con un real insoportable, un resto indecible que cae de la pareja parental y que a Mario le toca asumir.

Ese acto de arriesgar su propia vida es el recurso que el niño ha podido encontrar, de acuerdo a la cadena significativa en la que se haya inscripto, para hacer consistente al Otro. Se puede pensar en el sacrificio del hijo para cubrir esa falla del padre, para no ver la falta en el Otro.

De esta manera, Mario queda ubicado como respuesta, que en el lugar de objeto en el deseo del Otro, es jugado por el Otro, obturando su falta. El niño que desde ese lugar es hablado, no puede articular significantes allí, que lo representen en su subjetividad. En la respuesta sintomática, la caída del vehículo, Mario es ahí un objeto, que cae de la misma forma que cae el residuo que quiere arrojar, el objeto “a”.

Lo que pide Mario con su síntoma, es restarse de ese goce parental, como intento de separación, que el objeto “a” sea extraído en la estructura, tal como él lo representa en sus caídas, que aparezca la castración del Otro, de manera que pueda devenir objeto causa de deseo y no objeto de goce del Otro. Mario hace un llamado al Otro, llama a que los padres reivindiquen su lugar, a que ocupen el lugar del Otro deseante, lugar sostén, de saber, de autoridad, del que han caído.

En relación al trabajo con el niño a partir del juego, que es la vía para poder acceder a él, se puede observar una secuencia de tres escenas que implican una transmutación: caerse del auto, meter los dedos en el enchufe en la realidad y, por último, jugar a caerse de una ambulancia, representar estar lastimado en la ficción.

En la primera escena, el actuar repetitivo de Mario, las caídas en la vida, implican una satisfacción pulsional, coordinada al encuentro con lo real, que se presenta como algo que va más allá del bienestar del niño, en el intento de velar la

castración. Aquí, Mario caía él mismo como un objeto, como un desecho del que intentaba desprenderse arrojándolo y con el que terminaba identificado.

Se entiende que ese resto inasimilable, ese real, que el juego elaboró metafóricamente, no es la caída de Mario del vehículo, sino la caída del padre de su lugar de potencia. Porque de esto último se trataba en puesta en forma de la realidad del inconsciente, tanto en el texto de los padres como en el del niño, ese era el saber que desconocían, y que retorna mediante el síntoma, que es lo que repite Mario en sesión mediante el actuar lúdico.

El niño despliega la realidad de su inconsciente mediante el juego, que tiene una forma discursiva, y habla allí del Otro. En tanto el inconsciente es un fenómeno transindividual, se puede entender que el texto que despliega el niño, las lesiones en sus juegos y su caída, y el que despliegan los padres, la enfermedad del papá, remiten a la caída del padre. Ambos textos se articulan como anillos constituyendo un único discurso, todos participan el discurso del Otro que es uno.

El niño fue quien trajo con su padecimiento a sus padres a la consulta, como algo que los interroga, como un llamado al Otro. Por eso fue necesario realizar un trabajo paralelo tanto con los padres como con el niño. Porque si síntoma del niño fue provocado por una dificultad que los padres tienen frente a la castración, eso lleva a la necesidad de trabajar con ellos, con la constelación familiar que envuelve al niño, para que puedan pensar, simbolizar en esa historia lo que no pudieron, y así logren recuperar ese lugar de sostén para el niño, ya que esto lo libera de su padecimiento.

CONCLUSIONES

“Lo que determina la biografía infantil, su instancia y su motor, no son más que la manera en que se han presentado en el padre y en la madre el deseo, por consiguiente, esto nos incita a explorar no solamente la historia, sino el modo de presencia bajo el cual cada uno de estos tres términos: saber, goce y objeto a, han sido ofrecidos efectivamente al sujeto niño”.

Jacques Lacan.

(Seminario XVI [21/5/1969])

El motivo de la realización de este trabajo, fue dar cuenta de un tema que en todas las épocas se presentó como un problema difícil de resolver, y una situación con la que cualquier analista se encuentra en la actualidad cuando se inicia en la práctica clínica con niños: **la presencia de los padres**. Por eso, se intentó un acercamiento al problema, desde las teorías de diferentes analistas abocados a esta práctica en la historia del psicoanálisis, sobre todo para mostrar que es un tema complejo.

Frente a este problema se generaron diversas posturas. Se observó que Anna Freud sostuvo la importancia de la relación del niño con los padres, apostando al trabajo con ellos desde una perspectiva educativa y orientadora. En cambio, Klein, decidió no trabajar con los padres, porque se encontró que su presencia interfería en el trabajo con el niño. Por otro lado, Winnicott consideraba importante la participación de los padres en el tratamiento, tomando su discurso como referente, y trabajando principalmente con el niño. También Aberastury, consideró necesaria la inclusión de los padres, pero se encontró con que el trabajo con ellos obstaculizaba el tratamiento, llegando a la conclusión debían realizarse sólo algunas entrevistas con ellos y bien estructuradas. Por último, Doltó consideró que incluirlos en el tratamiento era importante, para que sigan siendo sus educadores. Además observó que muchas veces el síntoma del niño era el reactivo de la neurosis de algunos de sus padres, y que las entrevistas con los padres a veces mejoraban por sí solas la situación del niño.

Todo esto demuestra que la presencia de los padres ha sido tenida muchas veces como un obstáculo para el trabajo con el niño, y el problema del quehacer con ellos, ha sido una cuestión difícil de resolver, donde no se ha logrado acuerdo.

Se puede pensar que el psicoanálisis de un niño no es sin padres, pues siempre son ellos o algún adulto a cargo, quien realiza el pedido de consulta por un niño. Con Freud, se observó que esto ocurre porque el niño se encuentra en una situación de desvalimiento e indefensión que lo obliga a estar en una situación de dependencia lógica respecto de un adulto. Necesita del auxilio de un otro para vivir y su relación con el niño es esencial, porque aporta las marcas que constituyen su psiquismo y su inconsciente. Frente a esta situación, hay una indicación técnica Freud: hay que agregar en el caso de un niño algún trabajo con los padres, trabajo que calificó de “analítico”, porque ellos siguen presentes, en el sentido de su valor de autoridad y omnipotencia. Pensaba que de esa operatoria dependía la posibilidad de llevar a cabo el tratamiento, y hasta llegó a decir que todos los padres deberían analizarse para ayudar mejor a crecer a sus hijos.

A partir de Lacan, desde la teoría, se piensa que se pudo aclarar en algo de qué se trata esa presencia de los padres, de qué padres se trata en psicoanálisis, lo que derivó en una orientación posible respecto de la técnica, en cuanto al trabajo con ellos, en un intento de salvar los obstáculos que su presencia ha generado.

- A partir de los conocimientos obtenidos, se ha podido comprobar la hipótesis planteada al inicio: se llama **PADRES a aquellos sujetos que encarnan el lugar del Otro para un niño**. Y que por lo tanto, no se trata necesariamente de los padres reales o biológicos.

El primer caso analizado en este trabajo, es el que mejor permitió afirmar este supuesto. En él, se abordó un error de la analista que justamente tuvo que ver con haber supuesto que si existen una mamá y un papá reales para el niño, que están presentes en su entorno, entonces a partir de ellos se constituye su subjetividad, y a ellos hay que citar para trabajar. Pero se observó que ellos no eran quienes iban al lugar de los padres, sino la mamá del niño y una tía de la mamá, ellas eran quienes ocupaban el lugar del Gran Otro, y por lo tanto van al lugar de los padres para ese niño.

Entonces, si se propuso aclarar en este trabajo de qué se trata la presencia de los padres, se obtuvo que se trata de su presencia a nivel de la constitución subjetiva para un niño y no de su presencia concreta en el entorno.

Esto significa que se trata de la presencia-ausencia del **Otro**, en tanto dimensión simbólica que preexiste y captura el cuerpo del ser hablante. El Otro se encuentra en el encadenamiento significativo, es el **discurso del Otro**, que constituye el **inconsciente** del sujeto, que tiene así esta estructura de lenguaje, que además conlleva una falta.

Si **el Otro se trata de un lugar significativo, en tanto tal es un lugar a ser ocupado por algún otro semejante**, no importa de quién se trate, porque cobra un estatuto simbólico. Lo importante es que haya alguien que habite ese lugar del Otro, que como agente simbólico que introduzca al niño al orden del lenguaje. Desde ese lugar se habla al niño de forma particular, porque un sujeto es, según haya sido hablado por el Otro. Entonces, a ese lugar del Otro simbólico pueden ir la mamá, una tía, un hermano, ambos padres, como se pudo observar en los casos analizados.

- De esto se dedujo, que **para cada caso es necesario establecer quién ocupa el lugar del Otro para un niño**, estableciendo quiénes aportan las marcas que lo sujetan, porque lo envuelven en una historia familiar particular y muchas veces será necesario escuchar a estos otros en tanto su discurso es discurso del Otro, y en tanto las posiciones subjetivas de estos Otros determinan el lugar del niño en la estructura.

- Se pudo establecer que **a ese sujeto que es llevado a ocupar realmente el lugar del Otro (A), se llama Madre**, y adviene a ese lugar del **Otro simbólico** en función de la prematuración del niño, siendo que por la vía de los cuidados brindados funciona permitiendo su humanización. Por eso, el primer estatuto del Otro es la ilusión de un Otro completo, omnipotente. Pero también del lado de la Madre, Lacan ubica el deseo, por eso habla del **deseo de la Madre**, que es el **deseo del Otro**, porque el primer lugar del niño es el de objeto de deseo de la Madre, debe ser tomado en algún lugar de ese deseo para venir a la vida.

- **Padre**, es lo que Lacan llamó el **Nombre-del-Padre**, no es ningún sujeto, no encarna. Es una función del lenguaje, es **el representante de la autoridad de la ley** cuya operatoria es en relación a la Madre, que introduce que el Otro, la Madre, no es completo sino que es un Otro barrado, deseante, permitiendo así al sujeto encontrarse con el enigma del deseo del Otro, al que dará una respuesta. El NP es aquello que convoca resguardando un espacio de incógnita que preserve el ser del infans. Luego un padre podrá introducirse, en principio como imagen para su hijo, presencia que le

permita amar, rivalizar, confrontarse para identificarse con el ideal de su propio sexo. Tomando a Lacan, “padre es quien une el deseo a la ley”.

- Se ha podido entender que la posición subjetiva se organiza a partir de la una estructura que implica la articulación de cuatro términos de acuerdo a la lógica significante: Madre (M), Padre (P), falo (ϕ) e ideal (I), como se pudo observar en el esquema Rho. Entonces, **Madre y Padre, (M) y (P) son elementos simbólicos, primordiales para todo sujeto, operadores de la lógica del inconsciente**, y la manera en que operan y se conjugan en cada caso define la estructura de un sujeto.

La **metáfora paterna** describe esta operatoria: el **deseo de la Madre (DM)** es un significante que debe ser sustituido por otro significante, el **Nombre-del-Padre (NP)**, que introduce la legalidad del no todo, la falta en el Otro, y produce como efecto la **significación fálica**. La función del NP da la carta de ciudadanía, introduciendo una filiación.

- Hay primero una falta en el Otro que interroga y el niño se ubica del lado de dar una respuesta. Se observa la determinación del sujeto por el Otro, porque **el deseo del niño se constituye a partir del deseo del Otro**, en tanto el deseo le pertenece a Otro, y lo que se desea es ser deseado por el Otro.

Entonces: **la posición subjetiva del niño, su respuesta, estará determinada por cómo se presentó el deseo del Otro en su historia particular**, a partir de los personajes significativos en su vida, a partir de cómo los padres, la tía, la abuela, le han ofrecido el objeto “a” y han determinado una particular manera en el niño de relacionarse con la falta.

- De esto se dedujo que para comprender qué le ocurre a un niño, su síntoma, hay que escuchar el discurso del Otro, y ¿quiénes van al lugar del Otro? Los padres, los otros significativos. Esto llevó a considerar un trabajo posible con ellos. Porque si los padres ocupan el lugar del Otro y la pregunta es por el deseo que es de ese Otro, **se entiende que habrá que ir a ver cómo ellos, los otros significativos, se han posicionado frente al deseo, cómo se han ubicado frente a la castración, cómo se las han arreglado ellos con ese lugar de la falta en el Otro. Porque el niño responderá a esa falla particular que habita en el Otro que le tocó en suerte, y no a cualquier falla.**

- Desde esta perspectiva, se habilita una operatoria posible con los padres, que tiene que ver con la propuesta en este trabajo de una **definición operacional del Edipo**. Se sostiene que hay un trabajo que hacer con el Edipo, pero que no tiene que ver con el mito del Edipo freudiano, donde se trata de que el niño dirige sus deseos incestuosos hacia la mamá, y odia al padre por ser el interdictor esos deseos. Se propuso que el Edipo es un escenario que provee al sujeto de un texto, que viene del Otro, de la pareja de los padres, que se va a presentar como el mito individual del neurótico, la novela familiar. Lo que debe ser escuchado es este relato, el Edipo así entendido, porque muestra la manera en que fue tomado el niño en el deseo del Otro. Y para acceder a eso hay que ir a ver **cómo mamá y papá representaron el lugar del Otro en función del deseo, de acuerdo a su propia posición subjetiva**.

Esto abre una posibilidad de trabajar con los padres, la importancia de revisar la historia a partir de su discurso, de un relato, que pueda explicar lo que le sucede al niño.

- La posición subjetiva de estos otros, que interesa conocer, remite a su posición frente a la castración, frente a la sexualidad, en relación a la significación fálica. En cuanto a esto se pudo observar, a partir del segundo caso analizado, la importancia de tener en cuenta la **sexualidad femenina** y la **versión del padre**, porque entra en relación a lo que acontece con el niño.

Se observó que la división, la barra (represión primaria desde Freud) que atraviesa al Otro pasa por el sujeto que ocupa el lugar del Otro, es decir, la Madre. Esta división es la del sujeto femenino: entre la mujer y la madre. Si la madre puede ubicarse como mujer, es decir, enfrentar la falta y asumir su posición como deseante en relación a un hombre, esto descompleta a la madre. La castración de la madre, la emergencia de la falta en el Otro, habilita a que el niño no quede entrampado en su deseo, para satisfacerla, porque si el hijo es lo único que ella desea, si ella es toda madre, esto tiene graves consecuencias para el niño. Y para que la madre sea no toda, esto requiere que pueda enfrentarse a su feminidad, posicionarse como mujer.

El segundo caso muestra precisamente la dificultad de la mamá para ubicarse como mujer, y a esto remite su malestar, que tiene que ver con su posición subjetiva inconsciente frente a la sexualidad, que tiene efectos en el hijo. Lo que le ocurre a esta mamá es que soluciona el no tener, respecto de la lógica fálica, teniendo niños, como sustitutos del falo que le falta. Así vela su ser femenino, obturando la falta que hay en ella, que le es difícil de tolerar. Esto se pudo ver en el hecho de que de una relación

con un hombre, lo único que ella desea son hijos. Desde el orden imaginario, ella coloca a su hijo como pareja, en el lugar de marido. La llegada de otro hijo es la que rompe este imaginario y permite la entrada del orden simbólico, el lugar de la ley. Y el malestar, la agresividad y las dificultades escolares de su hijo, es lo que manifiesta esta ruptura del mundo imaginario que la madre le propone.

Se trata aquí de las dificultades de la madre para enfrentarse a la falta, que se observa en su falla para ocupar el lugar de mujer.

Se observó que este lugar de mujer se piensa en relación a un hombre, por lo que también es necesario ir a ver la versión masculina, si hay un hombre que pueda tomar a esa mujer como objeto "a" causa de su deseo, su *père-versión*, que soporte así la función del padre, que permite la separación del niño del ideal del valor de goce para la madre.

- Por otro lado, este segundo caso permitió dar cuenta de que en muchas ocasiones, el hijo es colocado por los padres como el portador del problema, cuando en realidad esto oculta una dificultad que compete sobre todo a la neurosis de alguno de los padres. Por eso **se rescata la importancia escuchar al Otro parental**, porque en el caso de la consulta por un niño habrá que decidir **quién será considerado el paciente**, porque puede suceder que sea alguno de sus padres, en tanto agente del síntoma, como lo demostró el caso en cuestión. También puede ser que tanto el niño como alguno de los padres sea tomado en análisis, o bien se realicen algunas entrevistas con ellos, lo que va a depender de la ética del caso por caso. Pero en todo caso, lo que permite tomar estas decisiones es escuchar el discurso de estos Otros que envuelven al niño, y sus emboscadas.

- El tercer caso muestra cómo el síntoma del niño representa la verdad de la pareja parental. Aquello que ha sido reprimido, amordazado, olvidado, retorna en el síntoma del niño.

Se pudo observar que el juego es la posibilidad de simbolización, de poner en ficción, que tiene un niño en el análisis, y del lado de los padres, el trabajo asociativo es lo que abre la posibilidad de operar con ellos, la posibilidad de resignificación que permite la dirección de la cura de un niño.

Entonces, desde la técnica se propone el juego con el niño y el trabajo con los padres, en tanto es trabajo con el inconsciente, que es el discurso del Otro.

BIBLIOGRAFÍA

1. **ABERASTURY**, Arminda, *Teoría y técnica del psicoanálisis con niños*, Ed. Paidós, 1978.
2. **DOLTÓ**, Françoise, *La imagen del cuerpo*, Ed. Paidós, 1994.
3. **EIDELSTEIN**, Alfredo, *Seminario: El padre en psicoanálisis*, El programa de seminarios por internet de Psicomundo, www.edupsi.com
4. **FREUD**, Anna, *El psicoanálisis del niño*, Ed. Hormé, 1978.
5. **FREUD**, Sigmund, *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993.
 - *Tres ensayos de teoría sexual*, Tomo XII.
 - *Pulsiones y destinos de pulsión*, Tomo XIV.
 - *El sepultamiento del Complejo de Edipo*, Tomo XIX.
 - *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, Tomo XIX.
 - *Conferencia 33º. La feminidad*, Tomo XXII.
 - *Proyecto de psicología*, Tomo I.
 - *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, Tomo X.
 - *34º Conferencia. Esclarecimientos, aplicaciones y orientaciones*, Tomo XII.
 - *Introducción de narcisismo*, Tomo XIV.
 - *El interés por el psicoanálisis*, Tomo XIII.
 - *21º Conferencia*, Tomo XVI.
 - *El yo y el ello*, Tomo XIX.
 - *La novela familiar de los neuróticos*, Tomo IX.
 - *Psicología de las masas y análisis del yo*, Tomo XVIII.
 - *Tótem y tabú*, Tomo XIII.
 - *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, Tomo XII.
6. **FUNES**, Marta, *El incesto. La antropología y el psicoanálisis*, Tesis de maestría, Facultad de psicología, UDA.
7. **GIRALDI**, Graciela, *El niño en la encrucijada*, Ed, Homosapiens, 2004.

8. **GOLDEMBERG**, Isabel, *El niño y los discursos*, texto, Facultad de psicología, UDA.
9. **GÓMEZ**, Mabel, *Aporte a la técnica de juego en la clínica con niños*, Tesis de maestría, Facultad de psicología, UDA.
10. **HARTMANN**, Alicia, *En busca del niño en la estructura*, Ed. Manantial, Bs. As, 1993.
11. **HARTMANN**, Alicia, *Aún los niños*, Ed. Letra Viva, 2003.
12. **KLEIN**, Melanie, *El psicoanálisis de niños*, Oras Completas, Tomo I, Ed. Horne, 1987.
13. **LACAN**, Jaques, *La familia* (1938), Editorial Argonauta, Buenos Aires, 1978.
14. **LACAN**, Jacques, *Intervenciones y textos 1*, Ed. Manantial, Buenos Aires.
15. **LACAN**, Jacques, *Escritos II*, Siglo XXI editores, Buenos Aires 1975.
16. **LACAN**, Jacques, *Escritos I*, Siglo XXI editores, Buenos Aires.
17. **LACAN**, Jacques, *Seminario IV: La relación de objeto 1956-1957*, Madrid, Ed. Paidós, 1994.
18. **LACAN**, Jacques, *Seminario V: Las Formaciones del inconsciente 1957-1958*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1999.
19. **LACAN**, Jacques, *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2003.
20. **LACAN**, Jacques, *Seminario XX: Aun (1972-1973)*, Ed. Paidós, Buenos Aires.

21. **LAURENT**, Eric. "Hay un fin de análisis para los niños". Colección Diva, Bs. As, 1999.
22. **MILLER**, Jacques-Alain, *El niño, entre la mujer y la madre*, Revista Carretel.
23. **MILLER**, Jacques- Alain, *De mujeres y semblantes*, Cuadernos del Pasador, Buenos Aires, 1993.
24. **MILLER**, Jacques- Alain, *Desarrollo y estructura en la dirección de la cura*, II Jornadas Nacionales Centro Pequeño Hans, Ed. Atuel, Buenos Aires, 1993.
25. **NOMINÉ**, Bernard, *Mito y estructura en el caso Juanito*, Seminario IV del texto. La relación de objeto, Cuadernos del colegio Freudiano de Córdoba, Nº 16, 1997.
26. **ORTEGA**, Juan Gerardo, *El juego puede permitir al niño asumir su responsabilidad como sujeto, ¿Jugamos a que yo me caigo de la ambulancia?*, Revista Psicoanálisis y el hospital, Nº 25, "La infancia amenazada".
27. **PEUSNER**, Pablo, *Seminario: El sufrimiento de los niños, según Jacques Lacan*, El programa de seminarios por internet de Psicomundo, www.edupsi.com
28. **RABINOVICH**, Diana, *La angustia y el deseo del Otro*, Ed. Manantial, 1995.
29. **RABINOVICH**, Diana, *La significación del falo*, Buenos Aires, Ed. Manantial, 1995.
30. **RABINOVICH**, Diana, *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer*, La experiencia de satisfacción en su articulación con el más allá del principio del placer en los seminarios II y VII, Ed. Manantial.
31. **SLIMOVICH**, José León, *El síntoma en el niño*, Jornada, Biblioteca de Psicoanálisis Eugenia Sokolnicka, San Luis, 1995.
32. **WINNICOTT**, D.W., *Realidad y juego*, Ed. Gedisa, 1999.

